

SACERDOTES

Palabra, caridad, sacramento

Carlos Amigo Vallejo

Cardenal Arzobispo de Sevilla



PPC

SACERDOTES

PALABRA, CARIDAD, SACRAMENTO

Carlos Amigo Vallejo
Cardenal Arzobispo de Sevilla



Vosotros sois mis amigos

Jn 15,14

Vosotros sois mis amigos. Desde niño, en medio de la veneración y respecto que sentía hacia los sacerdotes, veía en ellos unos hombres distintos y privilegiados. Eran los amigos de Dios y también míos. Apreciaba en ellos la persona que acogía, que siempre tenía unas palabras de comprensión y de amabilidad. Que hacían cosas santas y que su vida lo era también.

Ahora, después de tantos años de obispo, no solo no ha cambiado mi opinión, sino que tengo el convencimiento más arraigado y la veneración y el afecto más conscientes y profundos. Los sacerdotes son los amigos de Cristo y también los míos.

He pensado compartir unas reflexiones, nacidas del afecto y de la gratitud, a quienes han sido, en el ministerio episcopal, los mejores y más inmediatos colaboradores y, en muchas cosas, maestros que con admirable paciencia me enseñaron lecciones inolvidables de su propia vida sacerdotal, de su experiencia pastoral, de su entrega sacrificada al servicio de todos.

No es, por tanto, ni podía pretender serlo, un tratado sobre la identidad, vida y ministerio del sacerdote. Son como unos diálogos, en la casa de Cristo, entre el obispo y su presbiterio, entre sacerdotes, entre hermanos y amigos.

Vosotros, sacerdotes, sois mis amigos.

CARLOS, CARDENAL AMIGO VALLEJO
Arzobispo de Sevilla

CANTAR LA MISERICORDIA DEL SEÑOR

Si el Señor nos ha reunido es porque nos conoce. Desde el vientre de nuestra madre. Mucho antes de que pudiéramos decir: «Aquí estoy para hacer tu voluntad». Y con la elección nos da el Espíritu. Y unge nuestras manos con aceite nuevo. Y pone en nuestros labios su palabra, que es buena noticia para los hombres. Su inagotable misericordia llegará como don que repartamos en el sacramento de la penitencia. Su cuerpo y su sangre se harán sacrificio y alimento. Y su vida será nuestra vida, pues es ya imposible vivir sin estar plenamente identificados con el amor de Cristo.

Cantaré eternamente tu misericordia (Salmo 88). ¿Cómo no voy a cantar, Señor, tu misericordia? Tengo que hablar a todos los hombres de tu lealtad, de tu fidelidad. Tu nombre es mi gozo. Tu justicia, mi orgullo. Tú eres mi honor y mi fuerza. Porque me has ungido con óleo sagrado para que tu mano esté siempre conmigo.

Este canto entusiasmado de la misericordia y fidelidad de Dios que hace el sacerdote es reflejo sincero de aquello que constituye la esencia de su identidad sacerdotal: el sacerdote es el hombre que con su vida, con su palabra, con sus obras y acciones todas, anuncia a Dios, hace pensar en Dios, ayuda a que los hombres sientan la presencia y la cercanía de Dios.

Que vean vuestras obras y glorifiquen a Dios. Que sean de tal forma evidentes por la bondad que no haya resquicio alguno por el que pueda entrar la duda. Esto será posible si aquello de lo que hablas no es más que el reflejo de lo que desborda tu corazón. Anunciamos lo que hemos visto y oído. Decimos a nuestros hermanos lo que del Señor hemos escuchado. En la vida y en la muerte somos del Señor. Esa vida, la de nuestro Señor Jesucristo, es la que vivimos y anunciamos.

Antes de hablar fuimos atentos oyentes que escuchaban la palabra de Dios y, como María, la guardábamos en el corazón. Antes que maestros hemos sido discípulos que aprendimos la buena lección de que el llamado por Dios no ha venido sino a servir y dar la vida por los demás. Antes de acercarnos al altar hemos visto cómo Cristo se postraba a nuestros pies y nos decía: «Haced vosotros lo mismo con vuestros hermanos».

Cantaré eternamente tu misericordia y tu lealtad. Un cántico hecho sacrificio permanente de adoración y acción de gracias, un sacrificio en el que altar y

víctima son el mismo Cristo. Pues cada vez que lo realizamos, en memoria suya lo hacemos.

EL SEÑOR ME HA UNGIDO

Ha sido el Señor quien me ha llamado. Has sido Tú quien ha pasado junto a mi lado y me has invitado a seguirte. Con san Agustín, el sacerdote puede decir: «Tú no hubieras puesto en mi corazón estos deseos de servirte si no estuvieras dispuesto a saciarlos», cuánto más a quien no solo deseos, sino toda la existencia quiere entregar al servicio de Jesucristo.

El Señor está contigo. No temas. También estas palabras llegan a nuestros oídos y son como la confirmación de esa continuada presencia de Jesucristo junto al sacerdote. *In persona Christi* eleva sus manos a Dios pidiendo por el pueblo que le ha sido confiado. *In persona Christi* abre sus labios para anunciar la palabra de Dios. *In persona Christi* celebra los sacramentos. *In persona Christi* entrega su existencia en caridad pastoral y cuidado de los pobres.

Soy pastor, pero también viña y rebaño que el mismo Jesucristo cuida, alimenta y dirige. «No os dejaré solos», dijo el Señor. Y su palabra se ha cumplido, ya que, después de la elección, el Espíritu de Dios te ha ungido con óleo santo.

Quien nos ha elegido nos conoce. «Porque no tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino uno probado en todo igual que nosotros, excluido el pecado» (Heb 4,15). Es el Misericordioso quien nos ha elegido en su misericordia. Es el Siervo de Yahvé quien nos llama a su servicio. Es el Elegido de Dios quien ha pasado a nuestro lado. Es el Sumo Sacerdote de la nueva alianza quien nos introduce en el Templo. Es el Cordero de la nueva Pascua quien nos une a él para ofrecer el sacrificio. Es Jesucristo, el Señor resucitado, el que vive y nos llama para reunir, alimentar, santificar, regir y amar al pueblo redimido con su sangre.

No tengas miedo. El Señor está contigo. Él te ha elegido. «Vosotros sois mis amigos. Id a vuestros hermanos y anunciadles la buena noticia. He querido estar con vosotros, para que vosotros estéis siempre conmigo. He mandado que hagáis esto en memoria mía, para que en todo momento anunciéis la muerte y vida de vuestro Señor. He deseado celebrar esta Cena con vosotros, porque sois mis amigos».

Así nos ha hablado nuestro sumo y eterno sacerdote Jesucristo. Así queremos

vivir. La renovación de las promesas sacerdotales sellará de nuevo la alianza, convencidos de que el Espíritu nos acompaña, que nuestro gozo y esperanza es estar con Cristo, que un nuevo y permanente éxodo nos asegura la alegría de la Pascua en la que cantaremos, con toda la Iglesia, el *Magnificat* de nuestra gratitud, celebrando la eucaristía en el nombre del primero, más santo y querido de los sacerdotes: Jesucristo.

Como dice Benedicto XVI en su reciente exhortación apostólica *Sacramentum caritatis*: «Jesús instituyó la eucaristía y fundó al mismo tiempo el sacerdocio de la nueva alianza. Él es sacerdote, víctima y altar: mediador entre Dios Padre y el pueblo (cf. Heb 5,5-10), víctima de expiación (cf. 1 Jn 2,2; 4,10) que se ofrece a sí mismo en el altar de la cruz. Nadie puede decir: “Esto es mi cuerpo y este es el cáliz de mi sangre”, si no es en el nombre y en la persona de Cristo, único sumo sacerdote de la nueva y eterna Alianza» (n. 23).

NOS HA LIBRADO DE NUESTROS PECADOS

Elegido y enviado a los hombres para anunciarles el evangelio, la buena noticia de Dios para la salvación de todos. Ministerio importante el que se nos confía. Hablar de Dios, no de nosotros mismos. Decir a los hombres los pensamientos de Dios, no ideas nuestras. Leer el evangelio en medio del pueblo, como vivencia existencial de una palabra fielmente recibida, meditada, vivida. Esta es la tradición que hemos recibido. Esta es la Palabra que hemos escuchado. Este es el Señor que nos envía.

Soy enviado, no dueño. Soy el servidor, no amo de la viña y del rebaño. Soy discípulo antes que maestro, pecador antes que ministro del perdón, necesitado del don del Espíritu para que la caridad pastoral esté manifestando continuamente el amor con el que Cristo ama y sirve a los hombres.

Llamado a ser compasivo y misericordioso, a ejemplo de su Señor, el sacerdote ha de tener también compasión y misericordia consigo mismo. Aceptarse en debilidad, ofrecer sacrificios por sus propios pecados. Es actitud de humildad que, lejos del narcisismo de la continuada referencia al yo, se siente querido de Dios y proclama la grandeza del Señor, que le ha llamado y ungido.

En nuestros labios ha puesto su palabra. ¿Por qué no se la comunicas a tus hermanos? Tus manos han sido ungidas y consagradas para ofrecer el sacrificio por los pecados del mundo. ¿Por qué no lo ofreces todos los días? El Señor te ha dado el pan de vida. ¿Por qué no alimentas y fortaleces la fe de tus hermanos?

Dios te ha perdonado y hecho ministro del perdón. ¿Por qué no buscas a los pecadores y les muestras la misericordia de Dios?

Estas preguntas, estas interpelaciones que hieren lo más profundo de nuestra sensibilidad sacerdotal, tienen una triste respuesta: el pecado sacerdotal. Pecado de infidelidad a la elección y a la gracia recibida. Pecado de la propia autosuficiencia y de la desconfianza de la salvación, que solamente puede venir de Dios.

Pecado que se ha metido en el corazón. No son actos repetidos de maldad. Es enfermedad interior que carcome e, insensiblemente, va quitando la vida de la gracia recibida, el entusiasmo sacerdotal. Es entonces cuando se piensa, como el hijo pródigo, que para ser feliz hay que alejarse de la casa paterna, hay que buscar otros amigos, hay que vivir otra vida. Dios, el Padre, no es suficiente para calmar las aspiraciones, para llenar su vida.

Se desconfía de la eficacia de su palabra y se acude a otras fuentes de salvación. Se duda de su presencia y se buscan otros compañeros de viaje. Se hacen y gestionan servicios para olvidar el ineludible ministerio de anunciar la buena noticia de Dios. Se piensa que el dinero, el prestigio, el poder son mejores apoyos para el camino que la pobreza, la humildad, el amor sacrificado a todos los hombres.

HOY SE CUMPLE ESTA ESCRITURA

«¿Dónde vamos a ir nosotros, Señor? Solo tú tienes palabra de vida eterna». Unas palabras que para nosotros han resonado con especial intensidad y calor en el día de la víspera de la pasión: yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que sigue conmigo y yo con él, es quien da fruto abundante. Manteneos en el amor que os tengo. Igual que el Padre me amó, os he amado yo. Compartid mi alegría, y así vuestra alegría será completa. No me elegisteis vosotros a mí, fui yo quien os elegí a vosotros... (Jn 15,1-16).

Es la oración de Jesús que intercede por nosotros. Es el pastor que ora por su pueblo. Oración no exenta de sacrificio y de cruz. Oración que solamente será escuchada al tercer día. El día de la resurrección, cuando una vida nueva llegue a todos cuantos han sido redimidos con la sangre del nuevo Cordero pascual, de Cristo, el Señor.

Celebrábamos la Pascua con el Señor. Nos ha lavado los pies. Nos ha sentado a su mesa. Nos ha dado el pan de vida. Haced vosotros lo mismo. Haced esto en

memoria mía. Id a todos los pueblos y decidles lo que habéis visto y oído. Yo estaré siempre con vosotros. Quien se ha sentado con Cristo en la mesa de la eucaristía ha quedado marcado para siempre con el amor de Cristo. Evangelizar es urgencia y deseo. Evangelizar es gozo de poder compartir con todos los hombres el pan de la palabra y el pan de la eucaristía.

En la sinagoga de Nazaret entregaron a Jesús el libro del profeta Isaías para que lo leyera. Y todos los ojos estaban fijos en él (Lc 4,16-1). En la Iglesia, es al sacerdote, al diácono, a quienes se les pone en las manos, en los labios, en el corazón y en la vida la palabra de Dios, para que, a tiempo y destiempo, con ocasión y sin ella, anuncien la buena noticia del Señor (2 Tim 4,3).

Antes de leerla y proclamarla, el sacerdote, el diácono, tendrán que seguir el ejemplo del profeta (Ez 3,1-3) y «comerse» la palabra de Dios. Solamente con estas ansias, con este entusiasmo, con este convencimiento se puede anunciar. El pan con el que nos alimentamos es aquel que ofrecemos.

LO BUENO ES ESTAR JUNTO A DIOS

Quien preside ha de hacerlo con solicitud (Rom 12,8). El que anima y exhorta tendrá que realizar su trabajo con paciencia y doctrina (2 Tim 4,2), y el que acompaña y hace oficio de pastor, que no se canse y persevere en el trabajo hasta lograr que «lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios» (Ef 4,13).

El sacerdote preside la celebración de los misterios del Señor. Y sirve en el amor de Cristo a sus hermanos, para que todos se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad (1 Tim 2,4). Por tanto, si el que preside en la Iglesia ha de ser el servidor de la verdad, ¿qué duda puede haber que acercar los hombres a Jesucristo es la primera y más importante de nuestras ocupaciones? A veces nos empeñamos en buscar lo que ya tenemos y hemos encontrado. Para nosotros, fuera de Jesucristo no hay otro camino, ni otra meta a conseguir, ni otro trabajo mejor que realizar. La identidad y razón de la existencia sacerdotal no puede tener otra explicación que esta unión con Cristo. Solamente en la luz de Jesucristo se puede ver todo lo demás. Si falta esa luz, caminaremos entre el desconcierto, la incertidumbre, la incomodidad de la duda, la tristeza y desesperanza que produce la oscuridad.

Para mí, el sacerdote puede decir con el salmista que lo bueno es estar junto Dios (Sal 73,28). Que su palabra sea como fuego ardiente prendido en mis huesos

(Jr 20,9). Y si todas las obras de Dios son buenas y cumplen su función a su tiempo, el sacerdote habrá de mantenerse en fidelidad, para que en la caridad pastoral refleje siempre la bondadosa misericordia de Dios, que cuida de su pueblo y envía el Espíritu para poder anunciar el año de gracia a los más desfavorecidos, para que nadie quede excluido de la oración del sacerdote, para que su caridad pastoral llegue a todos.

Programa pastoral admirable es este, pero no habrá que olvidarse de que en el evangelizador abundarán los sufrimientos de Cristo (2 Cor 1,5), que han de soportarse ayudados por la fuerza de Dios (2 Tim 1,8). Pero, con frecuencia, más que aceptar los sufrimientos que puede acarrear el vivir y predicar el evangelio, buscamos la manera de evadirnos de esa cruz con pretextos y excusas para no implicarnos y comprometernos en una decidida y valiente entrega a Jesucristo y a su Iglesia.

Benedicto XVI nos lo ha recordado: la Iglesia tiene que mostrar su cara original, sin complejos ni arrogancias, pues la Iglesia no es de ella ni para ella. Es de Cristo y habla de Cristo. Una Iglesia que mira con serenidad al pasado y no tiene miedo al futuro. Una Iglesia que no vive tanto para adaptarse al mundo, sino para evangelizar el mundo (*Mensaje* 20 de abril de 2005). Igual podríamos decir aplicádoselo al sacerdote: ni acomplexado ni arrogante; es de Cristo y habla de Cristo; vive con fidelidad lo que ha recibido en su vocación y ministerio; mira con esperanza al futuro y confía en las promesas de quien le ha llamado a presidir en la caridad a la comunidad, ofreciendo el ejemplo de Cristo sacerdote.

LA DEUDA DEL AMOR

El Espíritu del Señor está sobre mí. También dice estas palabras la Iglesia, que es misterio, comunión y testimonio. Presencia y gracia del Espíritu de Dios. Misterio, como realidad actualizada en el tiempo y en un lugar, de la vida, la palabra y las acciones salvadoras de Jesucristo. Comunión, pues es el Señor quien nos llama y reúne para formar un solo pueblo. Testimonio, que es diaconía de servicio en la caridad y de compromiso para recorrer entre los hombres el camino de las bienaventuranzas y practicar el mandamiento nuevo del amor.

El Espíritu del Señor está en la Iglesia, también en esa parte del pueblo de Dios que se nos ha confiado. La Iglesia, no es tuya, es de Jesucristo, y él la ha puesto en tus manos para que, en nombre suyo y con su palabra y sacramentos, la instruyas y alimentes en la medida y proporción que a tu ministerio corresponde. Casa y familia, heredad y viña es la Iglesia para el sacerdote. Esa parte concreta de la Iglesia, compuesta por hombres y mujeres, pero convocada, reunida y llena de vida por el Espíritu de Dios.

Si alguna potestad tenemos, que ese poder nos lleve al amor y al servicio fraterno de aquellos a los que en nombre de Dios cuidamos. Muy distintas y variadas son las personas que componen la comunidad a la que servimos, a todos ha de llegar el mismo amor, aunque distinta la ayuda que necesiten. Quien les ha reunido en torno a nosotros ha sido el amor de Cristo. Que no sea tu desamor quien los defraude y aleje. Que resplandezca en ti el amor de Cristo.

ENGENDRADOS EN LA FE

Han llegado hasta ti, porque Dios los ha reunido y te los ha confiado. Tendrás que darles el alimento adecuado, que no es otro que la palabra de Dios y los sacramentos. Tendrás que encenderlos en el amor a Cristo y a sus hermanos, haciendo de tu caridad el mejor ejemplo. Tendrás que hacerles sentir la seguridad de que alcanzarán lo que se les promete viéndote a ti colmado de esperanza.

«Yo os engendré en la fe», dice san Pablo (1 Cor 4,15). También lo puede decir el sacerdote, que ha buscado y reunido, que ha traído a este pueblo que es

la Iglesia a un hombre nuevo, renacido por el bautismo. Pecado grande sería matar a quien se ha dado vida según el evangelio. Aborto espiritual que es dejar morir a quien se ha concebido en la fe de Jesucristo.

Mucho es lo que hemos recibido y mucho lo que debemos. Pero, como nos advierte el mismo san Pablo, con nadie tengáis más deuda que la del amor (Rom 13,18). Que tu propia vida sea el mejor aval de la sabiduría de la lección que anuncias con la palabra. Si no ves el fruto del trabajo, advierte que lo tuyo es sembrar, y es a Dios a quien le corresponde dar la fuerza y la eficacia de la cosecha. Si grande es tu debilidad, piensa que Cristo te ha elegido así y que el te dará su gracia.

Habla, pues, a Dios de tu pueblo. Igual que lo hacía Moisés. Y Dios será quien te ilumine y confíe lo que tú debes decir a la Iglesia que se te ha confiado. Mucho es lo que tengo todavía que aprender, pero mucho más lo que debo amar. Grandes son los misterios que debo anunciar y la caridad con la que he de vivir. *Ubi caritas et amor, Deus ibi est.* El Espíritu del Señor está sobre mí, porque amo a mis hermanos y doy la vida por ellos.

SERVIDOR DE LA MISERICORDIA DE DIOS

Dios, rico en misericordia por el gran amor con el que nos amó, estando muertos a causa de nuestros delitos, nos vivificó juntamente con Cristo y con él nos resucitó (Ef 2,6). Y en el segundo libro de Samuel leemos: «¿Queda alguien todavía en la casa de Saúl para que yo tenga con él una misericordia?» (2 Sam 9,3).

El sacerdote es servidor de la misericordia de Dios. El que acoge y perdona, el testigo del Señor compasivo y misericordioso. San Pablo repetía: «Por la gracia de Dios soy lo que soy» (1 Cor 15,10). Y esa gracia de Dios nos llama y envía a una misión de misericordia. Si falta la misericordia, puede ser indicio de que nos hayamos olvidado de Dios.

La misericordia es dolerse en el alma con el sufrimiento, con la miseria de los demás. Es sentida compasión que obliga a salir de uno mismo y meterse e identificarse en la realidad sufriente del otro. El sacerdote no puede exhibir otras credenciales de esa identidad y ministerio sino aquellas que presenta el mismo Cristo: «El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de

gracia del Señor (Lc 4,18-19). «Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia a los pobres la Buena Nueva» (Lc 7,22).

Que esa luz encendida de la misericordia que Dios ha puesto en el ministerio sacerdotal no se apague con el celemín de la pereza o de la indiferencia. En tus manos se ha puesto la gracia y el poder del sacramento de la misericordia, del perdón, de la penitencia. Los hombres necesitan que les des aquello que has recibido. Ministro del perdón y de la misericordia ha de ser el sacerdote. No puedes enterrar tan valioso talento. Ofrece la gracia del perdón que has recibido. Busca a los pecadores para reconciliarlos con Dios.

DEUDORES DE DIOS

«La Iglesia es en Cristo como un sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano» (*Lumen gentium* 1). En alguna manera también podemos decir que el sacerdote es como un «sacramento» del reino de Dios, pues con la palabra, con la celebración de los sacramentos, con el testimonio de su propia vida está señalando la presencia de ese reino nuevo de la justicia, la paz, de la ayuda a los empobrecidos de este mundo.

Por la palabra del Señor se hizo el cielo. Por la palabra del sacerdote se perdonan los pecados, se hace la eucaristía, se llama a los pueblos a la salvación. El Dios de todos los hombres y de la creación entera, el que está por encima de acontecimientos y circunstancias, el que guía y dirige el curso de la historia, ha elegido al sacerdote para servir a su pueblo.

Que haya luz, y la luz se hizo. Que este pan y este vino se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Nueva y sublime creación es esta en la que el sacerdote, con la gracia del Espíritu, realiza tan admirable y eficaz ministerio.

Todas las obras las ha hecho Dios con maestría (Sal 104,24). En este convencimiento vive y actúa el sacerdote, buscando en su ministerio descubrir esta huella maestra de Dios. Goce el Señor con sus obras (Sal 104,3). Aun en medio de tantas dificultades, las obras de Señor son todas buenas y cumplen su función a su tiempo (Eclo 39,16).

Que no se empeñe nunca el sacerdote en buscar la identidad y la razón de su ser y de su vida y ministerio lejos de Dios. No hay otro Dios fuera de él. No existen otras razones para vivir y para esperar sino aquellas que se relacionan

con la presencia de Dios en todo. Solamente en la luz de Dios se puede ver la luz.

Espiritualidad y santidad definen también la existencia sacerdotal. Igual que Cristo es sacramento de Dios y la Iglesia lo es de Cristo, podríamos decir que el sacerdote lo es de la Iglesia. Llamado y ungido, Dios lo ha reservado para sí. Le ha consagrado y hecho santo en la medida en que su existencia está por completo dedicada a Dios. Como el sumo sacerdote, tomado de entre los hombres, está puesto en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios para ofrecer dones y sacrificios por los pecados (Heb 5,1).

Esa santidad, que es unión y dedicación por completo a Dios, requiere una existencia sacerdotal con señas de identidad inconfundibles. Una vida marcada por la identificación sin fisuras entre el contenido y la apariencia, entre el signo y el significado, entre la fe y la conducta, entre el hombre consagrado y Dios. Si el sacerdote es como un sacramento de la Iglesia, la unión con Dios ha de resplandecer en todas y cada una de las acciones sacerdotales.

«En todo caso, las palabras “sacerdote tomado de entre los hombres” tienen un sentido muy amplio. Al meditar hoy sobre la institución del sacerdocio de Cristo, en lo íntimo de nuestro ser, incluso antes de haberlo recibido por la imposición de manos del obispo, hemos de vivir este día como deudores. ¡Sí, hermanos, nosotros somos deudores! Como deudores de la inescrutable gracia de Dios, nosotros nacemos al sacerdocio; nacemos del corazón del Redentor mismo en el sacrificio de la cruz. Y, al mismo tiempo, nacemos del seno de la Iglesia, pueblo sacerdotal» (Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 1989).

MINISTROS DEL SEÑOR

Presidente, animador, acompañante y pastor... ¡Siempre sacerdote de Jesucristo! Del sacerdote puede decirse lo mismo que san Agustín afirma del mártir san Vicente: «Él sufría y era el Espíritu quien hablaba» (*Sermón 276*). Dura y pesada puede ser la cruz del sacerdote cuando llega a la incompreensión, el desafecto, la indiferencia e incluso la agresividad hacia su persona y su ministerio. Pero siempre en él ha de «hablar el Espíritu» y manifestar el amor de Cristo que le sostiene.

Tiene que saber y vivir el sacerdote esa existencia escondida con Cristo en Dios (Col 3,3). Y como a una persona atrapada por el amor de Dios, que es fuego ardiente, al decir del profeta, le quema las entrañas y le hace arder en

deseos de evangelizar. La explicación de su vida es Cristo y el evangelio, y sin esa motivación tan radical y santa no encuentra el sacerdote justificación alguna para su identidad, su vocación y su ministerio.

Este amor de Dios Padre, manifestado en Cristo y gracias al don del Espíritu, es señal espléndida que llena de luz del misterio y hace comprender lo sublime de una vida entregada al servicio de la Iglesia. Ahora bien, como dice san Juan de Capistrano,

los que han sido llamados a ministrar en la mesa del Señor deben brillar por el ejemplo de una vida loable y recta, en la que no se halle mancha ni suciedad alguna de pecado. Viviendo honorablemente como sal de la tierra, para sí mismos y para los demás, e iluminando a todos con el resplandor de su conducta como luz que son del mundo, deben tener presente la solemne advertencia del sublime maestro Cristo Jesús, dirigida no solo a los apóstoles y discípulos, sino también a todos sus sucesores, presbíteros y clérigos: «Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente». (...) Pues, así como la luz no se ilumina a sí misma, sino que con sus rayos llena de resplandor todo lo que está a su alrededor, así también la vida luminosa de los clérigos virtuosos y justos ilumina y serena, con el fulgor de su santidad, a todos los que la conocen. Por consiguiente, el que está puesto al cuidado de los demás debe mostrar en sí mismo cómo deben conducirse los otros en la casa de Dios (*Espejo de clérigos* I, 2).

Benedicto XVI, en unos comentarios a los salmos, recuerda que algunas veces aflora la memoria de un pasado angustioso, de amargura, de infelicidad. Pero Dios siempre ha permanecido fiel (*Catequesis* del 25 de mayo de 2005). En la vida del sacerdote también pueden llegar estos momentos de dificultad, la esperanza «no desfallece ni siquiera ante el fracaso aparente, y con la humildad, que reconoce el misterio de Dios y se fía de él incluso en la oscuridad. La fe nos muestra a Dios, que nos ha dado a su Hijo y así suscita en nosotros la firme certeza de que realmente es verdad que Dios es amor» (*Deus caritas est* 39).

EL SACERDOTE, HOMBRE DE DIOS

«Ayúdanos a ser en el mundo testigos fieles de la redención que ofreces a los hombres». De esta forma suplicamos a Dios la gracia de vivir y de anunciar a todos los hombres la redención operada en Cristo Jesús (Rom 3,4). Al cual hizo Dios para nosotros sabiduría de origen divino, justicia, santificación y redención (1 Cor 1,30). En el que tenemos, por medio de su sangre, la redención y el perdón de los pecados (Ef 1,7).

Llamados por el Padre a sentarnos con su Hijo en la mesa de la palabra y de la eucaristía, recibimos la gracia del Espíritu que necesitamos para ser en verdad sacerdotes de la nueva alianza, del nuevo pueblo de Dios, del mandamiento nuevo del amor fraterno.

Elegidos por Dios en Jesucristo y colmados con la gracia del Espíritu, somos sacerdotes del Señor, «ministros de nuestro Dios» (Is 61,6). Pero los profetas se quejan de que los sacerdotes no hablan de Dios ni dicen dónde está Dios (Jr 2,8). ¿Somos testigos auténticos del Dios vivo? ¿Qué imagen de Dios es la que ofrecemos?

EN ÉL VIVIMOS

El sacerdote, siempre fiel en lo que toca a Dios (Heb 2,7), tomado de entre los hombres y puesto en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios (Heb 5,1). Dios en la vida del sacerdote. Y el sacerdote en la vida de Dios por esa maravillosa inhabitación trinitaria: vendremos al sacerdote y haremos morada en él. Inhabitación que es presencia del misterio trinitario en todos los fieles, pero de una manera particular vivido por el sacerdote, que, en el sacramento del orden y por gracia del Espíritu, ha quedado especialmente unido a Dios en Jesucristo. El sacerdote queda poseído por Dios y vive en Dios mismo.

Dios es fiel no solo por inmutabilidad esencial, sino por mantenerse siempre él mismo en un amor sin reservas por todo lo creado. La fidelidad del sacerdote a la gracia recibida se hace señal evidente de una vida marcada por la dedicación a las cosas de Dios. Así se le dice al sacerdote en el sacramento del orden: «Recibe el evangelio de Cristo, del cual has sido constituido mensajero; conviérte en fe

viva lo que lees, y lo que has hecho fe viva enséñalo, y cumple aquello que has enseñado... Recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor» (*Ritual de Órdenes*). La respuesta del sacerdote podía ser la del profeta Jeremías: cuando recibía tus palabras, las devoraba; tu palabra era mi gozo y mi alegría íntima. La sentía dentro como fuego ardiente (Jr 15,16; 20,9).

Como Dios está muy cerca de todas las cosas, de todos los acontecimientos, oficio del sacerdote es hacer ver a los hombres la presencia de un Dios santo, providente y salvador. Señor de la muerte y de la vida. Que no es el ministerio del sacerdote para hacer muchas cosas, sino para hacer que los hombres conozcan, amen a Dios y se salven. Que esto es bueno y agradable a Dios, nuestro Salvador, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1 Tim 2,4).

La vida del sacerdote se hace admiración por un Dios grande y glorioso, admirable en poder e insuperable (Jdt 16,13), se entrega a la contemplación de un Dios que llena la tierra de estupores (Sal 49,9). Cuando contempla todo lo creado, y tanto como de ello puso en sus manos, no puede menos que exclamar: ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él y le hagas sacerdote? Anunciaré tu nombre a mis hermanos, les llevaré la buena noticia, mi tarea será la de evangelizar. Y recuerda las palabras que san Pedro dirige a todos los fieles: os han reengendrado a una esperanza viva, a una herencia incorruptible, inmaculada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, a quienes el poder de Dios, por medio de la fe, protege para la salvación... Les fue revelado a los profetas, que no administraban en beneficio propio, sino en favor vuestro, este mensaje que ahora os anuncian quienes os predicán el evangelio, en el Espíritu Santo enviado desde el cielo; mensaje que los ángeles ansían contemplar. Por lo tanto, ceñíos los lomos de vuestro espíritu, sed sobrios, poned toda vuestra esperanza en la gracia que se os procurará mediante la revelación de Jesucristo (1 Pe 1,3-13).

Dios, Señor y Creador, es quien da consistencia y sustentamiento a todo cuanto existe, el que está en los pensamientos más íntimos y en las acciones más visibles de los hombres. En él hay que buscar las más hondas y certeras razones del ser y del vivir, del estar y del hacer. «Dios no se encuentra lejos de cada uno de nosotros, pues en él vivimos, nos movemos y existimos. Somos de su linaje» (Hch 17,27-28).

La experiencia de Dios llena la vida del sacerdote de un gozo personal

indecible y hace del ministerio sacerdotal un manantial inagotable de buena noticia y salvación para todos. Pero advierte san Agustín: «Cuidado, no sea que, comiendo hierba limpia y bebiendo un agua pura, pisoteemos los pastos de Dios y las ovejas más débiles tengan que comer una hierba pisoteada y beber un agua enturbiada» (*Serm.* 47,14).

Siempre ha sido necesario hablar de Dios con humildad y confianza. Siempre se han encontrado los hombres al intentarlo con sus propios límites y, a la vez, con su propia grandeza, es decir, con la profundidad insondable del ser humano, que es como el reverso del misterio del Dios. Pero la eterna exigencia de no tomar el nombre de Dios en vano resulta, si cabe, más urgente todavía al finalizar este siglo y este milenio. El nombre de Dios ha llegado con frecuencia a nosotros maltratado y maltrecho. Tanto que para algunos de nuestros contemporáneos la palabra «Dios» resulta amenazadora y aborrecible, o simplemente una palabra sin sentido e indiferente para la vida. ¿Qué ha sucedido para ello? ¿No habremos abusado a veces los creyentes del nombre santo de Dios? ¿No lo habrán empleado de un modo equivocado también quienes lo rechazan o lo ignoran? (Conferencia Episcopal Española, *Dios es amor* 3. Asamblea Plenaria, 27 de noviembre de 1998).

Se enturbia la experiencia de Dios cuando no se deja ver en las obras el auténtico rostro del Señor, cuando las palabras no corresponden a la vida, ni el testimonio de las obras concuerda con el sermón que se proclama. Cuando se idolatran las propias ideas, los propios proyectos, las propias realizaciones, prescindiendo de la comunidad, de la Iglesia. Cuando se hace del altar refugio y alejamiento del servicio de la caridad. Cuando se capitaliza la palabra como argumento de las propias razones y no como anuncio de salvación que viene de Dios. Cuando el interés por los programas supera la decidida entrega a la evangelización. Cuando el pequeño grupo se arroga categoría de Iglesia universal. Cuando el hombre se absolutiza y quiere hacerse como Dios.

Si al mirar tus manos las encuentras vacías y tu vida sin ilusión y sin ánimo para seguir adelante, no lo dudes un momento: te has olvidado de este Dios vivo que te quiere y te acompaña. Sin Dios nada tiene consistencia ni sentido, porque es él quien da fundamento y razón a todo. Habrá que volver a Dios y dejarse querer, y que él sea quien guíe y llene de amor pastoral la vida del sacerdote. Vosotros sois sacerdotes de Dios. De él habéis recibido el poder y es Dios quien examina las obras y las intenciones (Sab 6,3). Habrá, pues, que reavivar

permanentemente el sentimiento de que, en la propia existencia sacerdotal y en las acciones ministeriales, estamos sirviendo a Dios.

DISPENSADOR DE LOS MISTERIOS DE DIOS

Dirán de vosotros: «Ministros de nuestro Dios» (Is 61,6). Dios es el Señor Altísimo que escucha y atiende la oración, por los vivos y por los difuntos, que el sacerdote hace en nombre de la Iglesia y, en particular, de la comunidad que se le ha confiado; es el Señor, que habla en la palabra que el sacerdote hace oír a los fieles; el que ha puesto en las manos del sacerdote la gracia del perdón y de la misericordia cuando acoge al pecador en el sacramento de la penitencia; es el misericordioso que llena el alma de caridad pastoral para atender a los pobres y a los enfermos. Es Dios el que un día quiso llamar al sacerdote para que saliera de su casa y de su tierra y se entregara al oficio de servir en la caridad, de alimentar en la fe, de santificar a un pueblo numeroso. Es el Dios siempre fiel que acompaña y señala el camino de la verdad. Por eso la espiritualidad sacerdotal consiste en vivir permanentemente esa unión íntima con Dios en todas y cada una de las acciones ministeriales.

LOS PASTOS DE DIOS

El cielo pertenece al Señor, la tierra se la ha dado a los hombres (Sal 115). Así que la tierra está en nuestras manos, pero no como posesión, sino con la obligación de cuidarla. Todo lo que nos llega es de Dios: los pobres, los enfermos, los pecadores, los que han perdido la esperanza, los que quieren fortalecer su fe, los que desean escuchar la palabra de Dios, los que nos desprecian y ofenden, los que nos persiguen y odian, los que nos ayudan y quieren... Todos son de Dios, y él los ha puesto en el camino por donde ha de pasar el sacerdote para que se los cuide, atienda y ame.

Dios, al que buscas y deseas, es el Padre y Señor de todas las cosas y personas. El Dios de mi gente, puede decir el sacerdote, pues esa parte del pueblo de Dios que se ha encomendado a su ministerio es el lote y la heredad que te ha dado Dios.

Dios ha hecho una alianza: vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios. La providencia, la misericordia y la fidelidad de Dios son la mejor garantía en

este pacto. Por parte del pueblo, buen aval es el de aceptar al hermano como ayuda para el acercamiento: el que quiera amar a Dios, que sirva a su hermano. Este ministerio de la caridad que se ha de realizar conforme al mandamiento nuevo: con el mismo amor con el que Cristo entregó su vida por la salvación de todos.

Nuestro Dios es un Dios vivo, que oye los gemidos de su pueblo y acude con el remedio del ministerio de los profetas y de los sacerdotes. Dios quiere salvar y liberar al hombre de la esclavitud del pecado, y por ello pone en las manos del sacerdote la fuerza de su amor misericordioso.

Tu palabra me quemaba hasta los huesos, dice el profeta. Es el fuego de una caridad que no conoce límite. ¡Ay de mí si no evangelizo! Así exclama el apóstol Pablo. No es lamento de temor, sino el deseo de una caridad evangelizadora.

Dios ama a todos los hombres. Ninguno queda excluido de su bondad y de su misericordia. Los más pobres y desvalidos tendrán preferencia, ninguno exclusión. El sacerdote vive este amor universal. Nadie puede estar lejos de su caridad pastoral, de su oración, de su ministerio evangelizador. es el Dios de mi pueblo. De todos cuantos ha puesto Dios en mi camino.

Todas las obras de Dios son buenas y cumplen su función a su tiempo (Eclo 39,16). La caridad es paciente, persevera y aguarda, se mantiene en fidelidad. En el ejercicio de la caridad pastoral, el sacerdote está convencido de esa bondad de las obras de Dios, y por eso sabe muy bien que su oficio es el de sembrar amor, justicia, paz, misericordia... Podrá caer una parte en tierra infecunda, pero el ciento por uno está asegurado.

Gozaré haciendo el bien (Jr 32,41). Sin reservas ni pidiendo anticipos ni condiciones: gozar haciendo el bien. ¿Cómo podré olvidar a los pobres, a los pecadores, a los que buscan a Dios? Me da un vuelco el corazón y se me conmueven las entrañas (Os 11,8). El amor todo lo puede y supera.

Ha sido el Misericordioso quien nos ha llamado a la práctica de la misericordia. Dios es compasivo y clemente, paciente, misericordioso y fiel (Ex 34,6). Para mí, dice el sacerdote, lo bueno es estar junto a Dios (Sal 73,27). Y como Dios es amor, el sacerdote no puede por menos que ser ministro y servidor de la caridad que Dios ha derramado en su corazón sacerdotal.

LA EXPERIENCIA DE DIOS

Nuestro caminar por este mundo es como una maravillosa peregrinación desde las fuentes del amor de Dios hasta el encuentro definitivo con el Señor en la vida eterna. Todo comienza y todo tiene su fin y tiempo en Dios. Para no perder el paso ni errar en el camino, seguimos las huellas que el Señor Jesucristo dejó al pasar por nuestra tierra. Es su palabra, su ejemplo y su vida los que nos dirigen y alimentan. De la luz que necesitamos para ver lo que es justo y nos llena el Espíritu Santo.

Dios ha salido a nuestro encuentro. Se nos ha revelado tal como es él mismo: Padre lleno de amor y de misericordia. No ha querido ofrecer algo de cuanto es y tiene, sino que se nos ha dado a sí mismo. Los hombres miraban a Dios y le pedían la salvación. El Todopoderoso escucha el grito de su pueblo y se pone en el camino de los hombres, se encarna en nuestra naturaleza para hacernos partícipes de su misma vida divina. Cristo es la palabra definitiva de Dios a los hombres. Cristo es Dios con nosotros.

Desde antiguo hubo hombres y mujeres que desearon hacer de toda su vida una dedicación permanente a Dios: *Vacare Deo*. Contemplar el rostro de Dios y hacer de la propia existencia un signo inconfundible de la unión con el Señor. Todo era posible, pues Jesucristo facilitaba el encuentro. Unirse, por tanto, lo más estrechamente posible con Cristo, seguirle de cerca, imitar su vida, identificarse con él. El Espíritu suscitaba el deseo.

Dios Padre es el dador de todo bien que nos envió a su Hijo Jesucristo. «“Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo» (Jn 17,3). Toda la vida cristiana es como una gran peregrinación hacia la casa del Padre, del cual se descubre cada día su amor incondicionado por toda criatura humana, y en particular por el hijo pródigo. (...) Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo” (Ef 1,3)» (*Tertio millennio ineunte* 49).

¿DÓNDE ESTÁ SU DIOS?

Creen en Dios, pero viven como si Dios no existiera. Parece como si muchos hombres se hubieran conformado con vivir en un permanente estado de indiferencia, sin preguntarse nunca por el origen y el destino de cada uno, sin tener en el horizonte una vida sin término, sin hacer en la existencia un sitio para Dios.

Más como recursos para el autoengaño que como verdaderas razones, se atribuye el descreimiento a la irresistible presencia del mal, de la injusticia, del sufrimiento de los más débiles, del antitestimonio de unos y de otros, del ritualismo de unas obras aparentemente piadosas, pero sin el espíritu y la verdad de la fe. La alabanza de los labios y el sacrilegio de la vida, como denuncian sabios y profetas. Los hombres se avergüenzan de hablar de Dios, de referirse a su nombre, a su providente presencia en el mundo. Se truecan y cambian títulos, signos, nombres, leyes y costumbres, para que nada «hable» explícitamente de Dios.

La carcoma de la indiferencia también incide en no pocas actitudes y comportamientos del sacerdote. No se margina a Dios de una forma explícita, pero se crea un ambiente propicio para el secularismo, la visión horizontalista de los intereses, proyectos y organización de la vida, para que en las motivaciones de la conducta no haya referencia alguna a lo religioso, a Dios. No es extraño que las gentes se pregunten dónde está su Dios (Sal 113B,2).

Si los hombres necesitan sentir la presencia de Dios, confiar en su providencia y en la vida eterna, no cabe duda de que este debe ser uno de los grandes objetivos evangélicos de vida del sacerdote: dar un claro y convincente testimonio de Dios con obras y con palabras. Sabiendo bien que solamente se puede hablar correctamente de Dios si a las palabras se une el amor sincero a Dios y al prójimo. Porque Dios no es una idea, sino una realidad personal que lo trasciende todo y que se hace presente en la existencia de los hombres. Como Padre que se cuida de sus hijos y con ternura los protege, los educa y reprende, los perdona y salva. Dios es rico en piedad y en misericordia. Al que se puede llegar por muchos caminos –la razón es uno de entre ellos–, pero solamente cuando ha hablado de sí mismo en la revelación, cuando lo hemos contemplado y escuchado en Jesucristo, es cuando podemos decir que hemos visto el verdadero rostro de Dios.

La oración se une al deseo de estar cerca de un Dios que es la totalidad y la grandeza, que se hace presente en lo más íntimo del individuo y en las realidades más universales. Quien ve a Dios se quema con el fuego de su amor y ya no puede vivir sin hablar, sin dar testimonio de Dios, sin hacer de la propia

existencia una alabanza permanente del Altísimo. En Dios se espera, a Dios se busca. Él es providencia y aliento para el afán de cada día. Lo llena todo con una luz nueva y hace que en cada hombre y mujer se halle una presencia suya que urge un amor comprometido y fraterno. El misterio de Dios no es ocultamiento y evasión, sino luz y compromiso responsable.

LO QUE AGUARDAMOS DE TU MISERICORDIA

Esperamos nuevos cielos y nueva tierra en los que habite la justicia (2 Pe 3,13). En esa esperanza vivimos, pero necesitando continuamente del aliento de unos hombres que hagan de su vida una dedicación a Dios, y de cada una de sus obras una generosa e inconfundible misión evangelizadora que pretende llenar la tierra de la justicia y la misericordia de Dios.

El sacerdote debe contribuir a que el pueblo purifique la imagen que tiene de Dios, acercándole al Señor, mostrándole su verdadero rostro, encendiendo el ánimo en el amor y la alabanza de quien es rico en misericordia, ayudando a sentir la providencia de un Dios que todo lo crea, conserva, cuida y llena de vida. Que el sacerdote hable de Dios y que, al hacerlo, en la humildad de las palabras, en el brillo de la luz de las obras y en la entusiasmada alabanza del amor al bendito nombre de Dios, el pueblo lo reciba con veneración y ya nunca pueda proferirlo en vano, como palabra vacía, sino como la invocación más confiada en el «guardián que no duerme», en el que es nuestra «roca y baluarte».

Que todos vean en la vida del sacerdote un claro e inequívoco testimonio del honor de Dios, como valor supremo que guardar en esta vida y prenda para la esperanza de vivir para siempre con él en una eternidad sin término. Que en palabras y acciones todo nos recuerde a Dios, todo hable de Dios. Si la vida sacerdotal es alabanza a Dios, que aprendamos en ella a bendecir a Dios. Si vuestra vocación quiere ser una continua acción de gracias al Padre, por Jesucristo y en el Espíritu Santo, que ese misterio trinitario llene de una nueva luz nuestra fe y encienda las lámparas de un verdadero testimonio cristiano en medio del mundo, aceptando a todos los hombres y mujeres con la dignidad de hijos de Dios, y a todas las criaturas como obra de Dios, y que merecen buen gobierno y cuidado.

Lámpara es tu palabra para mis pasos y luz para mis senderos, cantamos con el salmo. Tu luz nos hace ver la luz. Unas palabras de la Escritura referidas al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, pero que también pueden aplicarse a

la vida sacerdotal: vosotros sois luz y sal, lámpara y camino.

La creación entera pregon a la gloria de Dios. Una forma de «crear» son las obras de bien que puede realizar el sacerdote: la celebración de la eucaristía y de los sacramentos, el amor a Cristo y a los pobres, el cuidado de los enfermos y menesterosos, la oración y la predicación del evangelio se hacen presencia de la misericordia de Dios Padre en medio del mundo y ante los ojos de los hombres.

Si Dios es amor y él fue quien amó primero, nada extraño es que la vida sacerdotal consagrada se haga amor y caridad fraterna. Pues todas las cosas hemos de amar por amor a Dios, y a él mismo sobre todas las cosas. La Ley y los Profetas están en quien ama a Dios y a su hermano. La caridad todo lo avala, todo lo explica, todo lo motiva y trasciende. Da sabor a cuanta virtud se realiza y sin ella nada tiene consistencia ni mérito. El mandamiento es nuevo, no solo por lo insólito de un amor que llega incluso a los enemigos, sino por toda la fuerza del ejemplo de Cristo, que amó hasta el extremo, sin medida, para siempre. Es que con el amor fraterno se participa en el mismo amor de Dios. Quien desee amar a Dios, que busque a su hermano y lo sirva.

QUE TE CONOZCAN A TI, SEÑOR

La vida sacerdotal se ofrece a la Iglesia y al mundo como voz y presencia, como signo y profecía, como ser y testimonio, como dedicación y camino para el conocimiento de un Dios que todo lo llena y todo lo trasciende. Con su hacer y con el testimonio de su misma existencia, todo unido y bien ajustado, puede ofrecer una imagen fascinante y, al mismo tiempo, humilde y misericordiosa del Señor y Padre de todas las cosas.

Pero solamente quien tiene el Espíritu puede hablar correctamente de Dios y hacer que los ojos se abran y contemplan la presencia en el tiempo del Invisible y Eterno, que llama amorosamente al encuentro con él y al de todos los hombres entre sí. El sacerdote es mediación y puente para acercar lo que pudiera creerse distante e imposible de unir. Pero Dios, en el misterio de la encarnación del Verbo, ha unido lo divino con la humanidad, por eso es misión del ministro de Dios juntar lo palpable y visible de la misericordia, en tantas formas practicada, con el amor de lo que no se puede ver. El resultado de tan maravilloso encuentro trae la paz al espíritu interior y el ardiente deseo de hacer de la práctica del amor fraterno una señal inequívoca de la vida escondida en Dios y presente en las realidades más dolorosas de este mundo.

La vocación no es día lejano, sino momento siempre presente en el deseo permanente de seguir a Cristo dondequiera que él vaya. Lo humano encuentra una fuente inagotable de motivos para entregarse sin reservas al querer de Dios. De esta manera, la vida discurre como una espléndida liturgia en la que todo es alabanza, gratitud y súplica a Dios. Todo viene de lo alto, como deudores nos reconocemos, y como necesitamos pedimos. Nada encierra en uno mismo, porque el amor urge, y quema, y envía, impulsados por el Espíritu, a realizar la misma misión que el Hijo de Dios: «Me ha ungido para proclamar un año de gracia del Señor» (Lc 4,18-19).

Como Dios, en Jesucristo, se ha puesto en nuestro camino, ya no hace falta más que contemplar su bendito rostro y seguir sus huellas y palabra para encontrar al Padre y Señor de todas las cosas. «Y ahora, Señor, mi Dios, enseña a mi corazón dónde y cómo buscarte, dónde y cómo encontrarte... Enséñame a buscarte y muéstrate a quien te busca; porque no puedo ir en tu busca a menos que tú me enseñes, y no puedo encontrarte si tú no te manifiestas. Deseando te buscaré, buscando te desearé, amando te hallaré y hallándote te amaré» (San Anselmo, *Proslogion*).

CONVERSIÓN A DIOS

El Espíritu del Señor ha llegado hasta mí. Me ha llamado para realizar una misión grande, admirable, que salva y libera a los hombres y les llena de esperanza. Sin embargo, toda la noche trabajando... y nuestras manos están vacías. Hemos predicado durante muchas horas la palabra de Dios, pero los hombres no se han convertido al Señor. Hemos repartido bienes y entregado años de nuestra vida, pero el fruto de tanto sacrificio ha sido escaso. Hemos dejado casa y familia, y no hemos encontrado el ciento por uno. Toda la noche trabajando...

De esta forma nos habla Juan Pablo II:

Todos debemos convertirnos cada día. Sabemos que esta es una exigencia fundamental del evangelio, dirigida a todos los hombres, y tanto más debemos considerarla como dirigida a nosotros. Si tenemos el deber de ayudar a los demás a convertirse, lo mismo debemos hacer continuamente en nuestra vida... Convertirse significa retornar a la gracia misma de nuestra vocación, meditar sobre la inmensa bondad y el amor infinito de Cristo, que se ha dirigido a cada uno de nosotros y, llamándonos por nuestro nombre, ha dicho: «Sígueme». Convertirse quiere decir dar cuenta en todo momento de nuestro servicio, de nuestro celo, de nuestra fidelidad, ante el Señor de nuestros corazones, para que seamos ministros de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Convertirse significa dar cuenta también de nuestras negligencias y pecados, de la cobardía, de la falta de fe y esperanza, de pensar únicamente de modo humano, y no divino. Recordemos a este propósito la advertencia hecha por Cristo al mismo Pedro. Convertirse quiere decir para nosotros buscar de nuevo el perdón y la fuerza de Dios en el sacramento de la reconciliación, y así volver a empezar siempre, avanzar cada día, dominarnos, realizar conquistas espirituales y dar alegremente, porque Dios ama al que da con alegría (*Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 1979).

De nuevo echaremos las redes, porque así nos lo pide Cristo. Y llegará la abundancia. Creíamos que era nuestro esfuerzo, que eran nuestras manos, que eran nuestros proyectos, que eran nuestras ideas, que eran nuestros planes lo que iba a salvar a los hombres.

EL CORAZÓN NO SE CONVERTÍA A DIOS

Ese ha sido nuestro pecado: pensar que éramos nosotros mismos los que nos autoenviábamos, los que salvábamos. Que eran nuestros planes y nuestros proyectos, nuestras utopías y nuestras ideas. Habíamos cambiado el reinado de

Dios por las añadiduras de unos objetivos tan falsamente humanos que nunca podían salvar al hombre.

El Espíritu del Señor está sobre mí. Pero no siempre ha sido ese Espíritu el que ha guiado nuestros pasos. No nos hemos dejado conducir y llevar por Dios. Faltaba la oración, y el corazón no se convertía a Dios. Faltaba el recogimiento interior, y la vocación iba perdiendo ilusiones evangelizadoras. Faltaba sacrificio y desprendimiento, y el amor se iba alejando de los pobres. Faltaba la confianza y el encuentro con los hermanos, y la fraternidad sacerdotal no se encontraba. Faltaba afecto sensible a la Iglesia, y por ello tampoco había un amor efectivo y sincero.

«Si reparo en mi miseria –decía san Agustín– es para amar más tu misericordia». Ha sido Cristo el que nos ha llamado por nuestro propio nombre (Is 41,18s). Porque, como dice la Escritura, eras precioso a mis ojos (Os 11,1-9).

Este ha sido nuestro pecado. Así lo reconocemos y nos volvemos a Cristo confesando: ¡soy pecador! Mas las esperadas palabras de Cristo no son de recriminación, sino de esperanza: desde ahora serás pescador de hombres (Lc 5,1-11). Yo te elijo y te envío. Yo te consagro y te pongo en medio de tus hermanos.

Todo lo que he recibido del Padre os lo he dado a vosotros, dice el Señor. Nos ha dado el conocimiento y el amor de Dios. Nos ha dado el Espíritu. El poder de reunir a la comunidad y «devorar» con ellos la Escritura, celebrar los sacramentos, perdonar los pecados y consagrar el pan.

Todo ello es favor de Dios que hace sentirnos plenamente acogidos y queridos por el Padre en Jesucristo. Cristo es el Hijo predilecto de Dios. Y el sacerdote, como elegido y consagrado, para realizar entre los hermanos las mismas acciones salvadoras de Jesucristo.

MÁS FUERTE QUE NUESTROS PECADOS

En la invitación de Jesucristo está el origen de nuestra vocación. En el amor de Cristo radica nuestra tarea. Nos sentimos, sí, pecadores. Pero también hemos oído las palabras de perdón y de consuelo de Jesucristo y la reafirmación de su confianza en nosotros. Igual que a Pedro, también nos dice, reafirmando la elección: apacienta mis ovejas, cuida del rebaño, sirve a tus hermanos. Ha sido ese amor de Jesucristo, lleno de misericordia, el que nos envía de nuevo.

Somos bien conscientes de nuestra debilidad. Pero más fuerte que nuestros pecados es la misericordia de Dios, que está pidiendo una respuesta de amor

apasionado por su reino. Para eso se nos ha dado el Espíritu, para ser hombres nuevos y hacer de todos los hombres un solo pueblo: el pueblo nuevo de Dios.

Vamos a ser testigos de Jesucristo. Hacernos presencia de Cristo en medio de los hombres. Hablaremos de Cristo con los labios. Pondremos su palabra en nuestra boca. Haremos con nuestras manos las mismas acciones que de él aprendimos. Pero solamente si el corazón está unido a los sentimientos de Cristo podremos ser verdaderos y eficaces testigos y ministros del Señor, y dar razón ante los hombres de nuestra esperanza, que no es otra sino la del Señor muerto y resucitado.

Solo puede ser testigo de una persona o de un acontecimiento aquel que lo ha visto, que lo ha escuchado. Es la experiencia del amor de Cristo la que nos lleva a ser sus testigos. Hemos visto al Señor. Hemos oído sus palabras. Nos hemos sentado con él en la mesa de la cena pascual. Lo que hemos visto y oído es lo que comunicamos a nuestros hermanos.

También le hemos contemplado sufriendo muerte de cruz. El sufrimiento nos identificará con el Crucificado, y en la cruz de nuestros hermanos hallaremos la cruz de Cristo. Ayudándoles a llevarla seremos los mejores cireneos y los más fieles discípulos del Señor.

Si el discípulo no va a ser distinto del Maestro, la humillación del Señor será nuestra gloria. No queremos gloriarnos sino en su cruz y en sus padecimientos, que hacemos nuestros por el amor fraterno. Unión de vid y de sarmiento. Unión de vocación y de gracia. Somos testigos del testigo fiel (Ap 1,5).

Para esto ha llegado el Espíritu a nosotros: para anunciar la buena noticia a los pobres. Solamente podemos ser testigos creíbles si nuestras obras llevan vida a tantas situaciones amenazadas de muerte por la injusticia y el pecado de los hombres. Es vano y presuntuoso intento el de profesar fidelidad a Cristo, sin emprender aquellas acciones por las que Cristo libera a los hombres de toda injusticia, de todo pecado.

Si Dios nos ha perdonado y elegido es para que ayudemos a Dios en la obra amorosa de reconciliación entre todos los hombres y de todos los hombres con Dios. Si Dios nos ha consolado es para consolar a los que están en tribulación. Si Dios ha tenido misericordia es para que seamos misericordiosos (2 Cor 4,1-2). Si Dios nos ha reconciliado en Jesucristo es para que sirvamos en el ministerio de la reconciliación (2 Cor 5,14 ss).

El grano de trigo tiene que morir como condición para dar fruto. Y que el discípulo, si quiere seguir con fidelidad al Maestro, tiene que llevar la cruz. Sabiduría que promete la ganancia de la vida al que la pierda por amor a sus

hermanos (Mc 8,35). Es la marca y sello del Espíritu, que nos quema en el amor a Cristo.

VIDA Y MINISTERIO

«Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él. Dios es Amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4,16). «Porque el amor de Cristo nos apremia al pensar que, si uno murió por todos, todos por tanto murieron. Y murió por todos para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Cor 5,14-15). Esta es la razón, el fundamento de nuestra vida, vocación y ministerio.

El Espíritu del Señor está sobre mí (Lc 4,18), dice el sacerdote convencido del don que ha recibido en el sacramento del orden. Ha sido llamado y consagrado, y enviado en misión evangelizadora. «En virtud del Espíritu, Jesús pertenece total y exclusivamente a Dios, participa de la infinita santidad de Dios, que lo llama, elige y envía. Así, el Espíritu del Señor se manifiesta como fuente de santidad y llamada a la santificación» (*Pastores dabo vobis* 19). El Espíritu nos conforma con Cristo Jesús y nos hace partícipes de su vida. Es la vida espiritual, el camino hacia la santidad (*ibid.*, 20).

La vida sacerdotal exige un particular desapropio: el mismo de Cristo, que no vino sino a servir y entregarse como rescate por muchos (Mt 20,28). El sacerdote no debe preguntarse tanto por su propia identidad cuanto por cómo sirve a los demás. No es un hombre para sí mismo, sino entregado en ayuda de sus hermanos. Lo importante no es saber responder a la cuestión de para qué sirve un sacerdote, sino a quién sirve el sacerdote. La respuesta no puede ser otra sino que el sacerdote sirve a Jesucristo, a la Iglesia, a los hombres necesitados del pan de la palabra, del pan de los sacramentos y del pan de la caridad.

Es fuerza y sabiduría de Dios que le llega al sacerdote desde el mismo corazón de Cristo. El amor de Cristo me quema, diría san Pablo. El amor de Cristo nos apremia (2 Cor 5,14). Es el fuego de la caridad. ¡Tu amor me quemaba hasta los huesos! «Había en mi corazón algo así como fuego ardiente, prendido en mis huesos, y aunque yo trabajaba por ahogarlo, no podía». Así lo expresa Jeremías (Jr 20,9). En la vida sacerdotal está siempre presente la lógica de la cruz: «Jesús, Señor nuestro, quien fue entregado por nuestros pecados y fue resucitado para nuestra justificación» (Rom 4,25).

El Espíritu está sobre mí. Señal de riqueza espiritual es nuestro mismo vacío:

soledad, celibato, pobreza, disponibilidad, caridad pastoral, ascesis y vida escondida en el misterio de la cruz de Cristo. Predicamos a un Cristo crucificado: «Escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios» (1 Cor 1,23-24).

Recibe el sacerdote el pan de la palabra, el pan de la caridad y el pan del sacramento. La palabra sin caridad es evasión. La caridad sin sacramento, filantropía. El sacramento sin devoción, rutina que carcome la fe. La palabra sin sacramento, predicación fallida que no lleva a los hombres a las fuentes de la gracia.

Contemplamos la vida y ministerio del sacerdote. También aquí podríamos decir las palabras de nuestra oración de súplica ante el hermano que desapareciera de nuestros ojos: «¡Cuya fe solo tú conociste!». Solamente Dios conoce la fe y el espíritu del sacerdote. Pero lo que a nosotros se nos da a conocer de la vida sacerdotal es que se trata de una existencia *heroica*, teniendo que resistir no poca marginación social, cultural, simplemente humana; *pobre*, por las limitaciones económicas y la entrega al servicio de los necesitados; *laboriosa*, sin horarios de trabajo, sin limitación de días y de personas; *testimonial*, en un mundo secularizado, ajeno la trascendencia; *fraterna*, haciéndose cercano de los que llegan y buscando a los alejados...

Pero, con la gracia del Señor que ha recibido el sacerdote, las posibilidades espirituales, apostólicas, evangelizadoras, de bien hacer, son ilimitadas en el sacerdote. Actúa *in persona Christi*. Y en Cristo están recapituladas todas las cosas.

Ahora bien, no pocas veces constatamos que se comprende, valora y busca al sacerdote como a un funcionario eficaz, que realiza gestiones, que resuelve problemas y situaciones de conflicto. También podía decir el sacerdote: «Vosotros me buscáis no porque habéis visto señales, sino porque habéis comido de los panes y os habéis saciado» (Jn 6,26). La solución no es otra que ofrecer el misterio de Cristo: el pan de la vida. «El que venga a mí no tendrá hambre, y el que crea en mí no tendrá nunca sed» (Jn 6,35).

En el ministerio del sacerdote está la respuesta: hay que multiplicar el pan, servir a los demás y acudir a Cristo como pan de vida. No se trata únicamente de dar testimonio de algo que se conoce, sino de manifestar aquello que se vive: ¡mi vivir es Cristo! La vida del sacerdote, más que un tratado de estudio es una forma de vivir: la que hemos visto y oído, la de Cristo, único y eterno sacerdote.

San Juan de Ávila, maestro, guía y patrono de clero español, decía a los sacerdotes: «Sois pastores y criadores, ojos y faz de la Iglesia, misión de Cristo, honra y contentamiento de Dios» (*Plática 2*). De esta forma, el Maestro Ávila descubre, con encendidas palabras, lo que podríamos llamar la identidad, misión y testimonio del sacerdote. Vocación, ministerio y vida, porque el sacerdote ha de ser «siervo de todos para ganarlos a todos» y débil con los débiles, según expresión de san Pablo (1 Cor 9,20). Pero todo con el único deseo de ser fiel al evangelio. El sacerdote se ha sentido herido por el grito de quienes estaban desalentados y sin pastor (Mt 9,26), y también llamado para apacentar «en los pastos de ciencia y de doctrina, aunque sea con derramar sangre y dar la vida, como hizo Cristo y dijo este tal es el buen pastor» (*Plática 1*).

Tomado de entre los hombres para el servicio de los hombres (Heb 5,1). No podía ser de otra manera. Jesucristo es el camino hacia cada hombre (*Redemptor hominis* 13), y si todos los caminos de la Iglesia conducen al hombre, el hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer (*ibid.*, 14). Nada, pues, es de extrañar que el sacerdote esté revestido de humanidad.

La identidad del sacerdote ha de verse en una vida rebosante de misericordia. Lleno de misericordia según el corazón de quien es el Misericordioso. Tendrá, pues, el sacerdote que contemplar la misericordia; sentirse atrapado por la misericordia; hacerse administrador y repartidor de la misericordia.

Si «relicarios somos de Dios, casas de Dios y, a modo de decir, criados de Dios», también «somos diputados para la honra y contentamiento de Dios y guardas de las leyes» (*Plática 1, 2*). Por eso, mucho se ha de contemplar la primera ley que hay en la casa de Dios, que es la del amor. Mirar mucho a Dios y poco a uno mismo, no siendo que, mirándose uno a sí mismo, desmaye (*Sermón 48*). Es mejor sentirse atrapado por la misericordia de Cristo, pues somos representación de su persona, propagación de su acción apostólica e imitación de su misma vida. Una representación tan auténtica que el sacerdote se transforme en Cristo, porque está todo entero consagrado al Señor.

Si administrador y repartidor de misericordia, el sacerdote ha de ser como los ojos para llorar los males, como abogado por el pueblo de Dios, ofreciéndose para buscarle cobijo ante el tribunal del Padre y muy propio es el camino a seguir, pues no ha de ser otro que el de Cristo, contemplando en él el misterio del Padre misericordioso y del Espíritu que nos llama y nos envía.

El secreto de tan admirable programa está en «mirar a los demás como Cristo

te mira a ti», pues quien ofrece a Cristo está llamado a ofrecerse con él y poner los ojos en Cristo, porque si se han de «ganar a las ánimas enajenadas, solo podrá hacerse desde la compasión, que es mirar el dolor de Dios en sus hijos. Y hacerse pan para Cristo, manjar que él comiere, vestidos que él vistiere, casa donde él morase (*Sermón 48*).

Por ello, habrá que ocuparse de Dios dejándose acompañar de la oración. Y asidas las manos a los pies del crucifijo. El conocimiento de Cristo llenará de alegría, si se sabe pasar de uno mismo a la contemplación del saber de Dios. El Maestro Ávila recuerda que la «conversación con Dios no tiene amargura». «Es buen discípulo el que ora y se le pega a las entrañas del que oye» y es sensible a los intereses de Dios y a los problemas de los hombres. Pues, como Dios es amor, «solo de amor se deja cazar» (*Sermón 49*).

«Buen convite hizo Dios, pero Eva le envió mala hierba» (*Sermón 44*). Son las raíces amargas del pecado, que tuercen el camino en el que el hombre se encuentra con su propia humanidad. Por otra parte, «sembrar espinas en el prójimo y querer coger trigo de Dios no es razón». Ese desamor al prójimo desfigura la verdadera imagen del que quiere ser verdadero discípulo del Hijo de Dios. Llega el agua viva, pero los aljibes en los que debía recibirse y guardarse están agrietados (Jr 2,12). La falta de misericordia ha endurecido y agrietado el corazón.

Mal oficio es el de aquel que, en lugar de acercar el hombre a Cristo, lo aleja, porque se ha puesto él mismo como modelo y «roba a Cristo los ojos de sus cristianos». Que lo vean a él, no a ti. Por tu parte, «nunca te has de hartar de mirar a Cristo. Si uno se mira a sí mismo, surge la desconfianza» (*Sermón 48*).

AMIGOS DE DIOS

Al acercarse la celebración anual de la Pascua se repiten las consoladoras y comprometidas palabras de Jesús: vosotros sois mis amigos (Jn 15,14), yo os he elegido (Jn 15,16), he pedido al Padre por vosotros para que ninguno perezca (Jn 17,9).

Palabras y señales de predilección de Cristo hacia sus elegidos, hacia sus sacerdotes. Unas palabras y unos gestos que llenan de gratitud y de fortaleza para continuar con mayor fidelidad en el ministerio recibido. Pero el Señor también nos lo recordaba en aquellos mismos días: el espíritu está pronto, pero cada día experimentamos la debilidad de la arcilla.

Igual que Moisés, también nos gustaría decir : Señor, si de veras hemos encontrado gracia ante tus ojos, si soy tu elegido y tu amigo, si en verdad me quieres, indícame el camino para conocerte, enséñame tu rostro, hazme ver a Dios (Ex 33,13.20).

Tenemos a nuestra disposición las inagotables riquezas del misterio de Cristo. A través de la Iglesia, que es su cuerpo, él está siempre presente entre los hombres. Todos nosotros estamos llamados por la fe y los sacramentos a vivir en plenitud la comunión con Dios. En cuanto comunión con Dios vivo, Padre, Hijo y Espíritu Santo, la Iglesia es en Cristo misterio del amor de Dios. Presente en la historia de los hombres.

Pero lo que se ha recibido hay que ponerlo a disposición de quien tanto lo necesita. «En el hoy y aquí de nuestra sociedad falta pan, trabajo, cultura y empieza a faltar familia. Pero, con hambre de pan y por encima del pan, hay muchos hermanos con hambre de sentido para sus vidas. Hay también quien se ha constituido a sí mismo razón de vivir. Y hay quienes desesperan ya de encontrar razones por las que luchar y para las que vivir. Creemos que evangelizar hoy y aquí pasa por compartir entero nuestro pan hasta donde alcance y por ofrecer gozosamente nuestra razón de vivir, que no es otra que Cristo Jesús» (*Mensaje del Congreso «Evangelización y hombre de hoy», Madrid, 14 de septiembre de 1985*).

EN DIOS ESTÁ LA SALVACIÓN

Los pobres aguardan de nosotros la buena noticia de la esperanza; los cautivos y oprimidos, la libertad; los ciegos esperan una luz inextinguible y segura. Y todos esperan que decididamente proclamemos el año de gracia del Señor (Is 61,1ss), el anuncio del reinado de Dios.

Pero bien pudiera ser que apareciera ante nosotros esa sutil tentación que induce a la sospecha de que anunciar a Dios, hablar de Dios, referirse a Dios es alejamiento y evasión del mundo real, huida de los pobres y de los oprimidos, desatención al mundo que grita en ansias de justicia, insensibilidad ante el que sufre y espera ese año de Dios que no llega. Y Dios no es ayuda, sino potencial enemigo cuyo nombre y recuerdo induce al espiritualismo subjetivo y a la alienación del falso evangelizador que huye y que se evade de un compromiso de salvación efectiva.

Dios no es el enemigo del hombre, sino su salvación. Y a nosotros se nos ha dado el Espíritu para poder llenar de fe en Dios el alma y la vida de los hombres. Si en los labios del sacerdote está el nombre de Dios, su palabra se convertirá en esa lámpara que es luz para el sendero que guía los pasos de los hombres; será espada de doble filo que hiere, convierte y hace cambiar el pecado en justicia. Si tu vida de sacerdote está llena de Dios, por allí por donde pases irás dejando la huella de la esperanza y del amor sacrificado y fraterno. Pero si tus labios no hablan de Dios, si tu hacer no es prueba constante de una vida según Dios, el sacerdote dejará tras él una estela de tristeza, de amargura, de vacío...

Solo Dios es Dios. Ni por sacralizarlas fervorosamente las cosas se hacen Dios, ni las ideas, por muy absolutas que se pretendan, llegarán a ser Dios. Ni el mismo hombre, tan importante y querido, puede ser Dios. Y lo absoluto, lo único absoluto, es Dios: no las cosas, ni las ideas, ni los hombres. Aunque bien sabemos que no puede haber pretensión de amor sincero a Dios sin vivir para los demás, construyendo con esperanza un mundo y unos hombres por los que murió Jesucristo. Por eso, evangelizar es, ante todo, vivir como Jesús, pero no solo en lo escondido, sino a plena luz. Confesarle ante el mundo sencillamente y sin otro poder que el suyo: el de servir desinteresadamente a lo todo ser humano. Con preferencia indiscutible a los pobres. Solo amar así revela plenamente a Dios (*Mensaje del Congreso «Evangelización y hombre de hoy»*).

¿QUIERES CURARTE?

Aquejados de tantos dolores del alma, somos nosotros, sacerdotes, quienes hoy están bajo los soportales de la piscina milagrosa (Jn 5,2s). ¿Quieres curarte?, dice Cristo. Él ha tomado la iniciativa. Él es quien nos vuelve a llamar, quien repite una y otra vez la elección, la preferencia y el envío.

No le preguntemos a Dios la razón de esta preferencia, porque al amor le resulta siempre difícil dar explicaciones. De lo que podemos estar seguros es de que no fueron nuestras grandezas personales de inteligencia y valía, sino la seguridad y la confianza de Dios en nosotros.

El primer fruto a conseguir es aquel que señaló Cristo como razón de su venida: para que los hombres crean en Dios y se salven. Ver a Cristo es contemplar a Dios; quien me ve a mí a ha visto al Padre (Jn 14,9). La vida, los gestos y las palabras de Jesús son revelación del Padre, son un sacramento de Dios. Y cualquier signo de Dios no puede menos que ser una señal de un amor eficaz. Dios es amor. Y nuestro oficio y ministerio no es otro que el de trabajar incansablemente por la presencia en el mundo de ese amor. Ministerio admirable de estar en permanente disposición de dar la vida por los demás. Y darla en silencio, para que la presunción del servicio clamoroso no lleve a la vanidad, o humille y mate la alegría del que recibe, sino que honre al pobre y le ayude a vivir en su posibilidad de esperanza.

Este oficio del sacerdote exige capacidad para soportar la prueba, el sacrificio y la cruz. Los integristas formalistas te acusarán de profanar el sábado; los tristes y sinrazón pueden llegar a decir que estás endemoniado; las gentes hablarán de ti y hasta la conciencia te argüirá de pecado. Pero el Señor será tu liberación y tu gozo. Porque ser sacerdote es participar en la función de Cristo como único Mediador, como Redentor de la humanidad. Aquí está nuestra identidad sacerdotal, en Cristo y solo en Cristo está la hondura de nuestro ser. Ni hay otra fuente ni otro paradigma, ni otro criterio de identidad que no sea el de Cristo, sumo, eterno y único sacerdote.

De esta unión radical en Cristo dimana esa razón de afecto especial que debe existir entre los que fuimos llamados por él a participar en su misma obra: una caridad sacerdotal que, uniéndonos más y más en torno a Cristo, no solo no disminuye la relación con los demás hombres, sino que hace más viva y urgente la práctica de la caridad pastoral, que nos hace gustar constantemente lo que es el ansia de nuestra vida: evangelizar

¿Distintos modelos de Iglesia? ¿Diversas concepciones de la eclesiología? ¿Planteamientos y opciones opuestos? ¿Yo soy de Apolo y yo de Cefas? El servicio a los demás y la bondad del corazón saben muy poco de todas esas

cuestiones. Nadie «puede eximirse de esta apasionante y urgente tarea. Ni pretender vivirla por libre. Sino en el esfuerzo diario de comunión con toda la Iglesia, poniendo la causa de Jesús por encima de todas sus particulares traducciones de la causa de Jesús... Esta comunión es difícil, pero posible. Y, desde luego, indispensable para que el mundo crea» (*Mensaje del Congreso «Evangelización y hombre de hoy»*).

ENVIADOS PARA DAR LA BUENA NOTICIA

Mal pastor es aquel que se apacienta a sí mismo en vez de estar atento a su rebaño. Quien, en lugar de ser apoyo y esperanza, es desilusión y tristeza; el que aparta y desune en vez de atraer y congregar; quien, lejos de ser como Jesús, camino, verdad y vida, es entorpecimiento, confusión y desgracia para los que quieren acercarse a Dios.

El Espíritu del Señor nos ha enviado para dar la buena noticia a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad y a los ciegos la vista (Lc 4,10). Como el Padre me ha enviado, nos dice Jesucristo, así os envió yo (Jn 20,21); para ser dispensadores de los misterios de Dios (1 Cor 4,1); para estar entre vuestros hermanos como el que sirve; para perdonar los pecados y celebrar el memorial del Señor.

Como sacerdotes, somos un signo de la presencia de Jesús. Una epifanía que trasluce ante los hombres la generosidad, el perdón, la misericordia, la presencia de Dios. Como sacramento de Jesucristo, porque significamos y repetimos en el tiempo las acciones del Señor Jesús.

Por esta razón te recuerdo que reavives el don que de Dios has recibido en la imposición de manos. Dios no nos ha dado un espíritu de cobardía, sino de fortaleza, de amor y de dominio propio. No te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor. Al contrario: sufre por el evangelio, con la fuerza de Dios. Él nos salvó y nos llamó a una vida consagrada no por méritos nuestros, sino por la gracia que nos concedió en Cristo Jesús (2 Tim 1,3-10).

PARA VIVIR, ORAR

De todo cuanto venimos diciendo se deduce que resulta no solo imprescindible para el ejercicio de la caridad pastoral, sino vital para la misma existencia

sacerdotal, la contemplación ininterrumpida del ministro de Dios. Cuando el espíritu de oración se debilita, se aleja de los ojos y de la vida una motivación sostenida por la fe. Jesucristo ya no es el centro de la vida. Se cae en la autocomplacencia y cualquier dificultad es suficiente para sentir el peso de una carga que no tiene el alivio de las manos del Señor. Sin oración disminuye la capacidad de juzgar, la aptitud para reflexionar y analizar los acontecimientos a la luz de Dios. «Cuando el espíritu de oración decae, no quedan más que los gestos puramente externos para simular la relación con Dios y con los demás. Las actividades y las preocupaciones lo invaden todo...» (*Obispos de Madagascar a los sacerdotes*, 9 de febrero de 2005).

Que no se empeñe nunca el sacerdote en buscar la identidad y la razón de su ser y de su vida y ministerio lejos de Dios. No hay otro Dios fuera de él. No existen otras razones para vivir y para esperar sino aquellas que se relacionan con la presencia de Dios en todo. Solamente en la luz de Dios se puede ver la luz.

Quando hacemos oración, que el Padre reconozca las palabras de su propio Hijo; el mismo que habita dentro del corazón sea el que resuene en la voz, y, puesto que lo tenemos como abogado por nuestros pecados ante el Padre, al pedir por nuestros delitos, como pecadores que somos, empleemos las mismas palabras de nuestro defensor. Pues, si dice que hará lo que pidamos al Padre en su nombre, ¿cuánto más eficaz no será nuestra oración en nombre de Cristo si la hacemos además con sus propias palabras? (San Cipriano, *Sobre el Padrenuestro* 1-3).

VOCACIÓN

Cuando llegó la hora, se recostó Jesús a la mesa y los apóstoles con él; y les dijo: «Cuánto he deseado cenar con vosotros esta Pascua antes de mi pasión» (Lc 22,14-15). Cristo tenía que completar la obra. No podía dejar con hambre a los que con tanta fidelidad habían de seguirle, y que llevarían a cabo en el mundo la misión que él mismo les iba a confiar. Estábamos allí con él. Listos para ser enviados. Pero esta disposición no podía comprenderse si antes no se hubiera estado cerca de Jesús, sin haberse dejado seducir por sus palabras.

Él pasó a nuestro lado cuando estábamos metidos en el pensamiento de otras ocupaciones. Tuvimos que dejar las redes, porque ya el único trabajo había de ser el de escuchar a Cristo, el de contemplar sus gestos, el de imitar su vida. Antes de hacer teníamos que contemplar. Antes de recibir el envío buscaríamos amar ardientemente a quien nos enviaba. Antes de comenzar la misión nos identificaríamos con quien había sido enviado por el Padre para la salvación de todos.

¡Con cuánto deseo! ¡Ardientemente he deseado estar con vosotros! Este es su deseo y el de todos cuantos le siguen. Porque el llamado ya no vivirá para sí, sino para hacer la voluntad de quien le ha invitado a seguirle, para compartir idéntica misión que su Señor: que los hombres tengan vida.

Está claro, pues, que en el ámbito más amplio de la vocación cristiana, la sacerdotal es una llamada específica. Esto coincide generalmente con nuestra experiencia personal de sacerdotes: hemos recibido el bautismo y la confirmación; hemos participado en la catequesis, en las celebraciones litúrgicas y, sobre todo, en la eucaristía. Nuestra vocación al sacerdocio ha surgido en el contexto de la vida cristiana. Toda vocación al sacerdocio tiene, sin embargo, una historia personal, relacionada con momentos muy concretos de la vida de cada uno (Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 1996).

FUEGO METIDO EN LOS HUESOS

«Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir; me has agarrado y me has podido» (Jr 20,7). Dios se ha presentado en mi camino. Y he quedado desalumbrado por el misterio de Dios. En él estaba la verdad y la luz. Sus palabras eran palabras de salvación. Su mensaje llenaba la tierra y anunciaba días de paz. Me daba su

Espíritu y podía gritar a las gentes que ha llegado la buena noticia para los que sufren. Que los corazones desgarrados van a encontrar remedio, que llega la amnistía para los cautivos y la libertad para los oprimidos, que anuncia el año de gracia del Señor (Lc 4,18-19). Me ha hecho testigo del Dios vivo en medio de su pueblo.

Pero cuando iba dejando caer tus palabras sobre la tierra del corazón de mis hermanos, los ojos se volvieron contra mí. Me veían hombre como los hombres: «¿No es este el hijo del carpintero?» (Mt 13,55). Reparaban en mi debilidad: «¡Médico, cúrate a ti mismo!» (Lc 4,23). Tú me habías llamado, elegido, consagrado y enviado, pero ellos no te veían a ti, sino la fragilidad de aquel al que enviabas.

El sacerdote siente el peso de la vocación y del ministerio. E incluso puede llegar a decir con el profeta: he sido el hazmerreír, todos se burlaron de mí. La palabra del Señor se me volvió burla y escarnio, así que ya no me acordaré más de Dios, ni hablaré más en su nombre (Jr 20,7ss).

En la tensión entre la conciencia de sentirse llamado y la dificultad del trabajo puede aparecer la carcoma de una resignación negativista que corroe el ánimo y no deja espacio para nuevas iniciativas, para buscar caminos de rejuvenecida esperanza, para llamar con espíritu renovado a los alejados, para suscitar y animar acciones pastorales que provoquen, como levadura fecunda, una revitalización de la comunidad a la que se sirve.

En el momento de la debilidad y del cansancio pueden dejarse oír, también en la vida del sacerdote, aquellas palabras del profeta: no quiero recordar más el nombre de Dios ante mis hermanos. Mas enseguida resuena con más fuerza la experiencia profunda de Dios en la vocación sacerdotal: pero había en mi corazón algo así como fuego ardiente metido en mis huesos (Jr 20,9).

TESTIGOS DEL RESUCITADO

La llamada de Dios está en el camino que el hombre debe recorrer en la vida: esta es la dimensión primera y fundamental de la vocación, pero no la única. En efecto, con la ordenación sacerdotal inicia un camino que dura hasta la muerte y que es todo un itinerario vocacional. El Señor llama a los presbíteros para varios cometidos y servicios derivados de esta vocación. Pero hay un nivel aún más profundo. Además de las tareas que son la expresión del ministerio sacerdotal, queda siempre, en el fondo de todo, la realidad misma del ser sacerdote. Las situaciones y circunstancias de la vida invitan incesantemente al sacerdote a ratificar su opción originaria, a responder siempre y de nuevo a la llamada de Dios. Nuestra vida sacerdotal, como toda vida cristiana auténtica, es una sucesión de respuestas a Dios que nos llama (Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves*

Santo, 1996).

Después de ser llamados y de oír su palabra, también lo contemplamos muerto en la cruz. Pero fuimos al sepulcro y estaba vacío. Cristo ha resucitado. Cristo vive. Nosotros somos testigos de su resurrección. Testigos del Dios vivo. Y se lo anunciaremos a nuestros hermanos. Pero, como hemos de ir bien dispuestos, no debemos olvidarnos de recoger la cruz que Jesucristo dejó vacía en el Calvario. Esa cruz es como la señal y el testigo que colocan sobre los hombros de su propia vida los que quieren ser testigos del Señor resucitado. Él es nuestra sabiduría y nuestra fortaleza, pero nunca olvidemos que, más allá de los signos y de los saberes que unos y otros nos piden, nosotros predicamos el escándalo de la cruz de Cristo (1 Cor 1,22-23).

El miedo al escándalo de la cruz puede matar el espíritu misionero. La palabra de Dios es hiriente, y el primer herido es el predicador que la dice. También los signos y sacramentos del Señor son gracia del Espíritu que quema a quien los celebra y administra, y la urgencia del mandamiento nuevo es deseo que penetra las entrañas del que ha contemplado lo dilatado y lo profundo del corazón de Cristo.

Con Pedro, el fiel apóstol, hemos confesado que Cristo es el Hijo de Dios, que solamente él tiene palabras de vida eterna, que en su nombre echaremos una y otra vez las redes. Con Pedro también hemos visto a Cristo transfigurado primero y tan abatido después, que ni aspecto de hombre tenía. Con Pedro, una y hasta tres veces hemos renegado de Cristo. Pero él nunca se ha olvidado de nosotros y nos ha hecho confesar lo que sentimos en lo más profundo de nuestra existencia sacerdotal: a pesar de todo, tú sabes, Señor, que quiero seguirte a donde quiera que vayas. Y, una vez más, Cristo nos impondrá las manos y nos dará su gracia para ser pastores del rebaño que él mismo guía y con el que estará hasta el final de los tiempos.

De nuevo Juan Pablo II a los sacerdotes:

La vocación no es una realidad estática: tiene su propia dinámica. Queridos hermanos en el sacerdocio: nosotros confirmamos y realizamos cada vez más nuestra vocación en la medida en que vivimos fielmente el *mysterium* de la alianza de Dios con el hombre y, particularmente, el *mysterium* de la eucaristía; la realizamos en la medida en que con mayor intensidad amamos el sacerdocio y el ministerio sacerdotal, que estamos llamados a desempeñar. Entonces descubrimos que en el ser sacerdotes nos realizamos nosotros mismos, ratificando la autenticidad de nuestra vocación, según el singular y eterno designio de Dios sobre cada uno de nosotros. Este proyecto divino se realiza en la medida en que es descubierto y acogido por nosotros como nuestro proyecto y programa de vida (*Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 1996).

VOCACIÓN Y VOCACIONES

La vocación sacerdotal es gozo para quien la recibe, pero también fuego que quema, y que solamente puede sufrirse encendiendo cada día, en el corazón de los hombres a los que el sacerdote ha sido enviado, el deseo de servir a Dios.

Esa fecundidad de la vocación sacerdotal tiene una exigencia particular en la animación de nuevas vocaciones. Si hemos recibido una vocación y un ministerio por la imposición de manos del obispo, no olvidemos que es a nosotros a los que primordialmente corresponde el deber de buscar, preparar y disponer nuevas vocaciones sacerdotales para que reciban la gracia del sacramento. La transmisión apostólica, que por la imposición de manos representamos, quedaría en alguna forma como interrumpida y bloqueada en nosotros mismos, y sentiríamos el alma reseca por la esterilidad.

Por el contrario, cuando el sacerdote busca vocaciones sacerdotales, hace más fecundo su propio ministerio. Es la misma vida del sacerdote, su entusiasmo pastoral, su entrega, su caridad fraterna y su servido abnegado a la comunidad lo que hará el apostolado más eficaz en este campo de las vocaciones sacerdotales. Esas mismas vocaciones serán una de las más claras y convincentes señales de la vitalidad cristiana y apostólica de una comunidad parroquial.

Si gratis hemos de dar lo que en gratuidad hemos recibido, solamente en una actitud abnegada de servicio en la caridad podremos llevar a los demás el don del ministerio que hemos recibido. Cristo es el que sirve. Sus actitudes son las que manifestamos. Su amor es el que vivimos.

El Espíritu del Señor me ha llamado para anunciar la esperanza y el año nuevo de la bendición de Dios. Desde esa experiencia de Dios, desde ese profundo convencimiento del anuncio de salvación, es como podremos hacer eficaz la palabra que, aunque no sea nuestra, nosotros somos quienes la decimos; de esos gestos que, aunque no sean nuestros, nosotros somos quienes los celebramos; de ese amor que, aunque no sea nuestro, nosotros somos quienes lo vivimos.

NUEVO ÉXODO

Las palabras que el Señor te ha dicho no son aquellas antiguas de «sal de tu casa y de tu tierra», sino las de «déjalo todo y sígueme». Nuevo éxodo del sacerdote que supondrá salir de la soledad de uno mismo y buscar sinceramente la

compañía de Dios; querer conocer más de cerca a Cristo para unirse incondicionalmente a él; abandonar el espacio del egoísmo para entrar en la tierra prometida de la generosidad del Señor, que se entrega hasta dar la propia vida; alejarse definitivamente de la soberbia para llegar a la humildad de corazón; partir definitivamente de viejos sentimientos afectivos para vivir con fidelidad y gozo el celibato prometido; retirarse de la amargura de los supuestos agravios comparativos y marginaciones para sentir el honor de estar cerca del Abandonado; huir de la autoflagelación y del victimismo para vivir un auténtico testimonio martirial...

Como buen pastor, lo primero que se ha de pedir al sacerdote es el amor, que fue lo que Cristo exigió a Pedro para entregarle el cuidado del rebaño. Después la vigilancia, pues tendrá que estar atento a las necesidades de las ovejas. Y si quiere alimentar bien a sus fieles tendrá que disponer de una sólida doctrina. Y todo ello con santidad e integridad de vida.

El verdadero pastor da su vida por las ovejas, las conoce y ellas lo conocen a él. Pero también tiene que saber reunir las para que se forme un solo rebaño, el de Jesucristo. (Este servicio a la unidad, para que el mundo crea, es lo que nos ha llevado a poner en marcha la Asamblea diocesana de laicos.)

Hemos sido llamados en Jesucristo para formar una familia, un solo pueblo, una Iglesia a la que hemos de servir, cada uno con las gracias y cualidades que de Dios ha recibido. Una Iglesia, la comunidad de los que siguen a Cristo, que camina por este mundo entre las dificultades que ponemos los hombres y las gracias que Dios nos da. Una Iglesia que «mira con serenidad al pasado y no tiene miedo del futuro» (Benedicto XVI, *A los cardenales*, 20 de abril de 2005).

Si muy amplio y heterogéneo es el campo donde tenemos que trabajar, no son menos los enormes retos que debe afrontar la Iglesia en su misión evangelizadora. Por tanto, grande y entusiasmado ha de ser el empeño de todos para asumir nuestra responsabilidad como bautizados, y seguir con gozo la llamada de Cristo a trabajar en la viña y rebaño que él cuida.

La parroquia puede revivir esta experiencia y crecer en el entendimiento y en la cohesión fraterna si ora incesantemente, si permanece a la escucha de la palabra de Dios y, sobre todo, si participa con fe en la celebración de la eucaristía presidida por el sacerdote (...). La anhelada renovación de la parroquia no puede ser resultado solo de oportunas iniciativas pastorales, por más útiles que sean, ni de programas elaborados en despachos. Inspirándose en el modelo apostólico, tal y como aparece en los Hechos de los Apóstoles, la parroquia se redescubre en el encuentro con Cristo, especialmente en la eucaristía... De la unión constante con Cristo, la parroquia saca vigor para comprometerse sin cesar al servicio de los hermanos, especialmente de los pobres, para quienes representa de hecho el primer punto de referencia (Benedicto XVI, *Asamblea del Consejo de laicos*,

22 de septiembre de 2006).

«Cuanto más viva es la fe eucarística en el pueblo de Dios, más profunda es su participación en la vida eclesial a través de la adhesión consciente a la misión que Cristo ha confiado a sus discípulos» (*Sacramentum caritatis* 6).

EL SEÑOR ES MI PASTOR

Así que, si deseas, hermano sacerdote, que Cristo sea en verdad tu Pastor, acepta que sea tu servidor. Recibe su palabra, sigue su ejemplo y déjate lavar los pies con el agua de su misericordia, como él lo hizo con los discípulos. Deja que Jesucristo sea para ti la vara y el cayado que te den seguridad. Que en su banquete te alimentes y veas con gusto la compañía de su bondad. ¡El Señor es mi pastor, nada me falta!

Esta misma aclamación de seguridad deben decir de ti los fieles que se te han confiado: tú eres nuestro pastor, nos conduces por el camino verdadero, nos guías por las sendas del bien, nos defiendes en la dificultad, nos preparas el banquete de la Palabra y de la eucaristía, tu amor y tu bondad nos acompañan todos los días.

Que en todo resplandezca el deseo de servir, el *amoris officium*, la caridad pastoral.

Sin fingimiento; detestando el mal, adhiriéndoos al bien; amándoos cordialmente los unos a los otros; estimando en más cada uno a los otros; con un celo sin negligencia; con espíritu fervoroso; sirviendo al Señor; con la alegría de la esperanza; constantes en la tribulación; perseverantes en la oración; compartiendo las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad. Bendecid a los que os persiguen, no maldigáis. Alegraos con los que se alegran; llorad con los que lloran. Tened un mismo sentir los unos para con los otros; sin complaceros en la altivez; atraídos más bien por lo humilde; no os complazcáis en vuestra propia sabiduría. Sin devolver a nadie mal por mal; procurando el bien ante todos los hombres: en lo posible, y en cuanto de vosotros dependa, en paz con todos los hombres; no tomando la justicia por cuenta vuestra, queridos míos, dejad lugar a la cólera, pues dice la Escritura: «Mía es la venganza: yo daré el pago merecido –dice el Señor–». Antes al contrario: si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; y si tiene sed, dale de beber; haciéndolo así, amontonarás ascuas sobre su cabeza. No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien (Rom 12,9-21).

A pesar de tanta dedicación y buen deseo, puede llegar el amargo sentimiento de la frustración y del desencanto. Así lo dice Jeremías: «Me has seducido, Yahvé, y me dejé seducir; me has agarrado y me has podido. He sido la irrisión cotidiana: todos me remedaban. Pues cada vez que hablo es para clamar: ¡Atropello!, y para gritar: ¡Expolio! La palabra de Yahvé ha sido para mí oprobio

y befa cotidiana. Yo decía: ¡No volveré a recordarlo, ni hablaré más en su nombre! Pero había en mi corazón algo así como fuego ardiente, prendido en mis huesos, y aunque yo trabajada por ahogarlo, no podía» (Jr 20,7-9).

No te olvides nunca de las recomendaciones de san Pablo: bendeciremos siempre y responderemos con bondad. Que no nos escuchan, que no nos aceptan, que no nos siguen, que no perseveran... Pues, por nuestra parte, más oración, más entrega, más humildad, más unión con todos, más súplica a Dios...

ACEPTAR LO QUE SOMOS Y TENEMOS

¿Estás dispuesto a desempeñar el ministerio apacentando el rebaño del Señor y dejándote guiar por el Espíritu Santo? ¿Celebrarás fielmente los misterios de Cristo? ¿Anunciarás el evangelio con dedicación y sabiduría? ¿Quieres unirme cada día más a Cristo y consagrarte con él para la salvación de los hombres? ¡Así lo haré!, responde el que fuera elegido por el Señor para el ministerio.

Lo primero que se puso en nuestras manos fue el libro de los evangelios. Después, el pan y el vino. Antes, y por la imposición de las manos y la oración de la Iglesia, se nos confería el oficio de predicar y de servir, de santificar y de ofrecer a Dios el sacrificio.

Y se nos fueron llenando las manos de los bienes del Espíritu, y el alma de responsabilidades. Pero así lo habíamos pedido. Ahora se abre el camino de aceptar cada día, en renovado deseo, lo que habíamos solicitado. Es el primer mandato del Espíritu que se nos ha dado: aceptar plena y conscientemente nuestra condición de llamados, elegidos y consagrados al servicio del pueblo nuevo de Dios.

SIGNO DE CONTRADICCIÓN

El sendero es difícil y el caminante se hace piedra de escándalo y signo de contradicción. Pero la gracia recibida ha sido grande. Y si el ministro tiene que gritar: «¡Ay de mí si no llevo la buena noticia a mis hermanos!» (1 Cor 9,16), no lo hace como queja ni temor, sino como súplica ardiente: ¡qué sería de mí sin anunciar el evangelio!, porque me abraso en el deseo de llevar a mis hermanos el conocimiento del Señor Jesucristo.

¿Qué tienes que no hayas recibido?, dice el Apóstol (1 Cor 4,7). Y si lo has recibido de Dios, ¿por qué no lo aceptas con gratitud y reconocimiento? ¿Es que la carga ya no se puede llevar, o que el yugo es demasiado pesado? Que no llegue a ti la tentación del escapismo, de querer tirar la carga, de cambiar el Reino por las añadiduras.

Recuerda lo que eres, a quién sirves y cuál es el Espíritu que se te ha dado. Y acéptalo con agradecimiento y generosidad. Que lo duro se hará llevadero y el

peso agradable para los hombros. Pues nuestro yugo y nuestra carga es el Señor. Porque ninguno de nosotros vive para sí mismo: si vivimos, vivimos para el Señor, y si morimos, morimos para el Señor (Rom 14,8).

Los parientes de Jesús le instaban a presentarse en la ciudad, para que todos pudieran ver el prodigio de las obras que realizaba. Porque entre la gente había sus comentarios. Unos decían: es buena persona. Pero otros afirmaban que engañaba a la gente (Jn 7,1ss). El contraste de opinión continúa. Ayer fue la persona y el mensaje de Cristo. Hoy, el sacerdote, el evangelizador, la persona consagrada, los elegidos de Dios...

Se nos puede acusar de querer imponer a los demás una forma de vida distinta a la que practicamos. De dirigir nuestros discursos a los demás, pero sin comprometernos en su servicio. De inmovilismo y apego a tradiciones para mantener privilegios, de miedo a lo nuevo, pereza al cambio, monopolio de la verdad o hipocresía de la prudencia. De manipular el evangelio para hacer de la ley un capricho, discriminar personas, olvidar el trabajo que otros realizaron...

¿Qué queríamos, entonces, del sacerdote? Nosotros esperábamos que fuera el liberador del pueblo, pero con todas estas cosas... Era la desilusión de los discípulos de Emaús (Lc 24,21). El sacerdote tiene que aceptar el riesgo que su vida de consagración le exige. Desafío para su buen nombre, pues será objeto de crítica y denuncia. Riesgo de su vida, pues tendrá que aceptar el martirio de la soledad, lo amargo de la marginación, el peso de trabajar durante todo el día para llegar a la noche con las manos vacías, la pobreza de no tener a quién dar, la sensación punzante de inutilidad...

Ante lo difícil, sobre todo en el ámbito de la acción pastoral, se presentará la tentación del silencio. Silencio de los labios, que no interpelan ni anuncian la palabra de Dios. Silencio de las manos, que no sirven en la caridad ni se comprometen con la justicia.

LA ESPERANZA QUE SE NOS HA DADO

El sacerdote ha sido elegido de entre los hombres y vive en medio de ellos (Heb 5,1). Débil como los hombres, pero fuerte en la esperanza que se le ha dado. En el proyecto de hacer el bien no pretendamos facilidades, no exijamos condiciones ni solicitemos anticipos. Hemos elegido el camino de la pobreza, que es debilidad, para que se vea mejor que nuestra fuerza viene de Dios (1 Cor 1,26).

Todos los fieles están unidos al sacerdocio de Cristo. Somos un pueblo

sacerdotal, ya que toda obra buena tiene el carácter de sacrificio a Dios Padre. Sin embargo, en este cuerpo que es la Iglesia no todos los miembros desempeñan la misma función. Algunos han sido particularmente llamados por el Espíritu para desempeñar públicamente el oficio sacerdotal, para ofrecer el sacrificio y perdonar los pecados. Cristo llamó a los Doce y les encomendó unas funciones que no eran comunes a todos los fieles. Los apóstoles se preocuparon de transmitir a algunos hombres, tomados de entre los varones, el ministerio sacerdotal en sus distintos grados: diácono, presbítero, obispo.

Todo bautizado participa, en unión con la Iglesia, en el sacrificio de Cristo. Es el sacerdocio bautismal común a todos los fieles. Pero hay unos hombres especialmente elegidos como ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios. El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico, aunque diferentes esencialmente y no solo en grado, se ordenan, sin embargo, el uno al otro, pues ambos participan a su manera del único sacerdocio de Cristo. El sacerdocio ministerial, por la potestad sagrada de que goza, forma y dirige al pueblo sacerdotal, confecciona el sacrificio eucarístico en la persona de Cristo y lo ofrece en nombre de todo el pueblo a Dios (*LG 10*).

No elegimos nosotros a Cristo, sino que él nos buscó para que, abandonando otra preocupación, nos entreguemos al trabajo constante de predicar el reino de Dios tal como lo enseñó Jesús. Los sacerdotes tendrán que ser luz para el mundo y sal de la tierra. No tendrán que llevar alforja ni preocupación por el dinero. Irán como ovejas entre lobos. Y serán sencillos y cautos. No estarán por encima del Maestro. Y si al Señor le han llamado Belzebú, cuánto más a sus discípulos. Pero no temáis, porque Jesús reza ante al Padre por vosotros.

Ser discípulo de Cristo no solo implica el aceptar una doctrina, sino que exige la total adhesión a la persona del Maestro. El sacerdote tendrá que hablar con la palabra de Cristo, tendrá que iluminar con la luz de Cristo, tendrá que santificar con la gracia de Cristo. Pero, sobre todo, tendrá que vivir plenamente identificado con la persona de Cristo: ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí.

Nuestra acción evangelizadora no puede estar supeditada a la esclavitud de las circunstancias. Cambiarán las formas concretas de trabajo pastoral. Estaremos rodeados de muchos o de pocos. Aceptarán o se tomarán en burla nuestro ministerio. Pero te pido encarecidamente en el nombre de Jesucristo: proclama el mensaje, insiste a tiempo y a destiempo, usando la prueba, el reproche, la exhortación (2 Tim 4,1-3), la soledad, el silencio, la presencia, la oración...

¿Es un hombre bueno? ¿Es un embaucador? ¿Es una persona inútil? Jesús va

a dar la solución en estas palabras: «Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado» (Jn 7,16). El sacerdote tiene que decir lo mismo: no nos predicamos a nosotros, predicamos que Jesucristo es Señor y nosotros siervos vuestros por Jesús (2 Cor 4,5-6). Las mismas censuras, las críticas, la interpelación de los hombres al sacerdote, son una prueba más de lo mucho que el pueblo creyente espera de nosotros. Esperan generosidad y perseverancia como respuesta a una vocación con estilo de entrega total y sacrificada.

SIERVO VUESTRO POR JESÚS

Después del exilio, la situación del pueblo era precaria y dolorosa. Llega el profeta, ungido del Señor, para dar la buena noticia a los que sufren, consolar, ayudar, servir... Para comunicar el evangelio y entusiasmar a los hombres con Jesucristo se requiere que tú vivas ese gozo de sentirte lleno de Jesucristo. No hay otra forma de comunicar el evangelio que no sea la de llevar al otro la propia experiencia de la fe (*Evangelii nuntiandi* 46). Debemos construir o reconstruir la Iglesia en nosotros antes de construirla fuera (Pablo VI, *A los sacerdotes de Roma*, 15 de marzo de 1976).

El sacerdote ha sido escogido por la misericordia del Buen Pastor, a pesar de nuestra insuficiencia, para proclamar con autoridad la palabra de Dios; para reunir al pueblo de Dios que estaba disperso; para alimentar a ese pueblo con los signos de la acción de Cristo que son los sacramentos; para ponerlo en el camino de la salvación; para mantenerlo en esa unidad de la que nosotros somos, en diferentes niveles, instrumentos activos y vivos; para animar sin cesar a esta comunidad reunida en torno a Cristo, siguiendo la línea de su vocación más íntima. Y cuando en la medida de nuestros límites humanos, y secundando la gracia de Dios, cumplimos todo esto, realizamos una labor de evangelización (*Evangelii nuntiandi* 68).

Muy altas son las exigencias que lleva consigo el oficio sacerdotal. Aunque tantas veces el sacerdote queda muy distante del ideal al que ha sido llamado. Los profetas reprochan a los sacerdotes que contaminan el templo con un culto extraño, con alteraciones caprichosas de la ley, con intereses personales, con falta de entusiasmo en el servicio del Señor.

NO TE AVERGÜENCES DE DAR LO QUE HAS RECIBIDO

La presunción ofende y desacredita. Al que presumió de lo que no tenía le ocurre como al necio de la fábula, que, al irse el manto precioso que le cubría, volvió a mostrar no su modesta condición, sino la estupidez del afán presuntuoso. El presumido quedó desacreditado, y los demás ofendidos por el fraude de la apariencia, que les hizo inclinar la cabeza del respeto hacia una dignidad que no existía. San Pablo se lo advierte a Timoteo: no te avergüences de dar lo que tienes, de testimoniar lo que has recibido del Señor (2 Tim 1,8ss). Y podría añadir: pero ruborízate de arrogarte unos laureles de triunfo que no te corresponden.

El triunfalismo es presunción. Pero gozar con la presencia eficaz de la buena noticia no es vanidad, sino gratitud. Que el recoger la espiga no es simple complacencia en el fruto, sino evidencia de que el grano de trigo que cayó en la tierra se ha roto bajo el surco. Y si no hubiere sido así, no se tendría la espiga en la mano. Que si llega el ciento por uno no será sin que antes quedaran atrás casas y afectos, provechos e ilusiones.

Para curarse de triunfalismo no hay mejor camino que el amor a la verdad, pues lo verdadero abre el espacio a la libertad. Si la verdad resplandece como la luz, ¿por qué colocarla bajo el celemín? Que alumbré y alegre a los de la casa. Que vean lo grande y maravilloso que Dios ha sido con ellos.

Tener envidia corroe las entrañas, amarga la vida, oscurece la mirada y ya nada puede verse limpio. Tener envidia a Dios es hincharse de soberbia y padecer, porque Dios realiza sus obras con sabiduría y amor. La humildad no apaga el bien, sino que lo pone en sólido cimiento. La modestia no disimula la bondad, sino que la dice con lenguaje de discreción. ¿Que ha triunfado el bien? Para eso hemos trabajado. Ni nos avergonzamos de ser obreros, ni de que el evangelio sea buena noticia de salvación. El triunfalismo llega cuando se confunde trigo y cizaña, y el poderío se tapa bajo capa de virtud, la comodidad con pobreza, el egoísmo con autorrealización, la inconstancia con el experimento, la pasividad con la contemplación, la evasión con la prudencia...

Es el triunfo de la confusión, de la apariencia, de la máscara, de la ambigüedad. El reconocer, con objetividad y sin alharacas, que la semilla ha dado fruto no puede llevar al triunfalismo, pero mucho menos al sentimiento miserabilista que trata de ocultar, con refinado orgullo, la acción de la gracia, pues no vaya a ser, dice la humildad del soberbio, que el protagonismo de Dios pueda oscurecer el mío.

Si el vivir para dar y favorecer se cambia en afán de posesión y de servirse de

los demás como estribo de medro y aprovechamiento, si la autoridad no ayuda a fomentar y conseguir mayor colaboración solidaria, si el perfeccionamiento vanidoso y autosuficiente anula la capacidad misionera que en hacer el bien no descansa, si la debilidad es disculpa para no sentirse llamado a la necesidad de la participación, si por creerse más santo se es menos fraterno, entonces sí que cualquier laurel no solo es efímero, sino pecaminoso. Que si alguno presume, que presuma del Señor (2 Cor 10,17). Y también que si al Señor se debe la gloria y el honor, que nadie pretenda escatimársela con hipócritas actitudes de austeridad y recato.

¡Mucho es lo que has puesto en nuestras manos, Señor! Pero este tesoro lo llevamos en el vaso de nuestra fragilidad. Hemos salido y continuamos entre los hombres, pero con las manos unguadas y con la virtud del Espíritu Santo que se nos ha infundido. Somos de barro y llevamos el fuego del Espíritu: pecadores, y administramos el perdón; siervos inútiles, pero comunicando la gracia de Dios. Y cada uno es lo que es en la medida de la gracia que ha recibido.

SAL Y LUZ

A los apóstoles, a los sacerdotes –como dice san Pablo–, Dios nos ha puesto a modo de espectáculo para el mundo, los ángeles y los hombres. Necios por seguir a Cristo. Débiles y despreciados. Si nos insultan, bendecimos. Si nos persiguen, lo soportamos. Si nos difaman, respondemos con bondad (1 Cor 4,9-13).

Pero, una vez más, resuenan unas palabras llenas de consuelo: misericordiosamente investidos de este ministerio, no desfallecemos, pues no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo como Señor, y a nosotros como siervos por Jesús. Pues Dios ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en el rostro de Cristo (2 Cor 4,4-6).

Somos ministros y servidores de Cristo teniendo que soportar no pocos riesgos y peligros. Con mucho trabajo y fatiga, y la responsabilidad diaria de la preocupación por la Iglesia. Si hay que gloriarse, en mi flaqueza me gloriaré (2 Cor 11,23-30). En manera alguna estas palabras deben llevarnos a sentimientos de victimismo, sino que todo ello hace resaltar más, en la misma debilidad humana, la fuerza del Señor, que nos ha llamado y nos envía.

Vosotros sois la sal de la tierra. Vosotros sois la luz del mundo. Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y

glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos (Mt 5,13-16). Sal y luz para poder recibir las promesas anunciadas en las bienaventuranzas a los pobres, a los humildes, a los misericordiosos, a los perseguidos por causa de la justicia, a los que trabajan por la paz...

Como sal que no se aprecia con la vista, pero que da sabor al alimento, así es nuestra vida: escondida con Cristo en Dios. Solo cuando aparezca Cristo, vosotros apareceréis gloriosos con él (Col 3,3-4).

Sal de la tierra y luz del mundo. El mejor aval para estos títulos es la relación con el misterio de Cristo: vosotros sois testigos de estas cosas, les dice Jesús al recordarles la Escritura, que anunciaba que Cristo había de padecer y que al tercer día resucitaría de entre los muertos. Vosotros sois testigos de estas cosas (Lc 24,48).

Si en otro tiempo fuisteis tinieblas, ahora sois luz en el Señor. Vivid como hijos de la luz. El fruto de la luz será la bondad, la justicia y la verdad (Ef 5,8-9). Mas ser luz y sal exige vigilancia y estar vestidos y pertrechados con «la coraza de la fe y de la caridad, con el yelmo de la esperanza de salvación» (1 Tes 5,8).

Vosotros sois linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz. Sois una carta de Cristo, redactada por ministerio nuestro, escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne, en los corazones. Esta es la confianza que tenemos delante de Dios por Cristo. No que por nosotros mismos seamos capaces de atribuirnos cosa alguna, como propia nuestra, sino que nuestra capacidad viene de Dios (2 Cor 3,3-5).

Este cometido, de tanta importancia y responsabilidad, le viene dado al sacerdote en razón de su identificación vocacional con Jesucristo y de la gracia que ha recibido del Espíritu para desempeñar este ministerio en la Iglesia. Solamente, pues, desde la luz y la contemplación del misterio de Dios Padre se puede comprender y valorar cometido tan importante como el que tiene que desarrollar el sacerdote, y que hunde razones y motivos en el mismo misterio trinitario. A la hora, pues, de revisar la vida y ministerio del sacerdote en nuestra Iglesia, no podemos alejarnos, en manera alguna, de esta visión contemplativa en la fe.

TOMADO DE ENTRE LOS HOMBRES

Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón (*Gaudium et spes* 1). Si el sacerdote ha sido tomado de entre los hombres, nunca podrá olvidar que este origen es campo obligado de acción sacerdotal.

Gozos y esperanzas que son un desafío para el evangelizador. Es un nuevo mandato del Espíritu que se nos ha dado. Que no hemos sido enviados para condenar al mundo, sino para salvarlo (Jn 3,17), encarnando la verdad del evangelio en las realidades temporales, asumiendo al hombre y haciéndose solidario de sus preocupaciones, trabajando, ardiente y positivamente, en favor de una cultura nueva para un hombre completamente nuevo; haciendo que el hombre se encuentre consigo mismo y se reconcilie con su propia humanidad. Hombres, pues, elegidos de entre los hombres y llamados por gracia de Dios para la salvación de sus hermanos.

Hay un solo camino: es el camino experimentado desde hace siglos, y es, al mismo tiempo, el camino del futuro. Cristo Señor ha señalado el camino: «Mediante la encarnación, el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a todo hombre». La Iglesia desea servir a este único fin: que todo hombre pueda encontrar a Cristo, para que Cristo pueda recorrer con cada uno el camino de la vida, con la potencia de la verdad acerca del mundo y del hombre contenida en el misterio de la encarnación y de la redención, con la potencia de amor que irradia de ella (*Redemptor hominis* 13).

DESAFÍOS Y RESPUESTAS

Una situación difícil amenaza al hombre y constituye un desafío, un descarado y enorme reto para quienes, como cristianos, nos decimos portadores de la buena noticia de salvación. Asumir al hombre en su realidad existencial. Es el primero de los desafíos.

El evangelio no va a destruir lo humano, sino a salvarlo. Pero hay necesidad

de dar a este hombre unas razones para vivir y para esperar, una verdad sobre él mismo como hombre creado a imagen de Dios y redimido por Jesucristo y, por tanto, el primer camino que la Iglesia debe recorrer, pues en forma alguna puede permanecer ajena al bien y a las amenazas del hombre (*Redemptor hominis* 13).

En Cristo está la salvación que predica la Iglesia, y en su misterio pascual nace la verdadera reconciliación, tanto del hombre con Dios como de los hombres entre sí. El misterio de Cristo es garantía de autenticidad y de eficacia. Pues la reconciliación lleva a la novedad de vida que produce en el hombre la gracia del Espíritu. No son nuestras fuerzas las que purifican y enderezan lo torcido, sino el Espíritu de Dios. Si cada día los hombres están más unidos y reconciliados, no es simplemente porque se hayan conocido mejor y hayan arreglado sus diferencias, sino porque Dios, en Jesucristo, les ha concedido la gracia de ser más hermanos.

Hemos de reaccionar valiente y positivamente ante la contracultura del fatalismo, del materialismo en todas sus formas, del sustitucionismo religioso, del agnosticismo, de la secularización de la vida, etc., con un testimonio cristiano de inequívoca proclamación de la fe en el evangelio y en una conducta de austeridad.

El diálogo entre fe y cultura no supone en forma alguna claudicación de la propia fe, sino apertura para el enriquecimiento de esa misma fe con los valores que Dios descubre a los hombres de cada época. Pero el mayor desafío es el de aceptar el evangelio como salvación-solución, en la seguridad testimoniante de que la buena noticia es el único camino para conseguir un hombre y una ciudad enteramente nuevos.

¿QUÉ ES EL HOMBRE PARA QUE TE ACUERDES DE ÉL?

No solo es insuficiente, sino injusto, el negativismo que detecta el mal y se complace, con sutil morbosidad, en la ausencia del bien. Hay que llegar hasta la raíz, hasta el fondo del hombre. Lo que ocurre en el mundo no es sino reflejo de la profunda tensión que en el interior del hombre ha producido el pecado. El hombre, que es autor del pecado y sujeto de la culpa. Pero esta conclusión, tan evidente desde lo revelado, hay que explicársela al hombre de hoy, y sobre todo señalarle caminos que lleven a una liberación total del pecado.

Secularización, falta de sentido de pecado, olvido de Dios y de la dimensión religiosa del hombre conducen a la irresponsabilidad moral en la que el hombre, envuelto en un ambiente donde las coordenadas morales que lo regulan no

dependen de su decisión personal, sino que le son impuestas por una sociedad en la que debe vivir, se ve limitado y fuertemente condicionado en el libre ejercicio de su libertad personal. No es de extrañar, pues, que continuamente se presenten interrogantes acerca de la conciencia de la libertad humana y cristiana, de la conciencia psicológica y de la conciencia moral, de la relación entre el antivalor religioso y social del pecado, el sentido de autonomía de la conciencia del hombre contemporáneo y la vinculación entre el pecado estructural y las responsabilidades personales.

No basta con detectar el mal y condenarlo, dejando al hombre, indefenso y deshumanizado, en la angustia continua de vivir en un medio hostil. Mucho peor todavía caer en la presuntuosa tentación del ateísmo humanizante. Hay que acercarse al hombre y ayudarlo a sacar de lo profundo de su corazón el deseo de renunciar a la alienación que el pecado ha provocado en él.

La cultura actual no comprende las razones de la fe. Se impone un proceso de reconciliación: que la fe sea vivida en el mismo corazón de cada pueblo. Los hombres buscan razones para vivir y para esperar (*Gaudium et spes* 3). La reconciliación, para que sea creíble, tiene que presentarse como una teología de la vida feliz. Teología de la vida reconciliada en Cristo.

Pero, como don de Dios, la reconciliación no puede reducirse a la conciliación. Dios toma la iniciativa y ofrece la misericordia para restablecer la comunión entre él y los hombres. Cristo la realiza históricamente, cumpliendo la misión del Padre, y la comunica a la Iglesia en forma visible y sacramental.

RECONCILIAR AL HOMBRE CON SU PROPIA HUMANIDAD

El primer paso es la reconciliación del hombre con su mismo «ser hombre». Aceptar la propia esencialidad. Incomprensible para sí mismo, pero con una fuerza interior capaz de autosuperación y de transformación, de conversión moral y de acercamiento trascendental. En otras palabras: aceptarse como hombre pecador y redimido; como vaso de arcilla, pero lleno de gracia santificante. Que puede reconciliarse con su propia humanidad, con su «ser hombre», en la medida en que se acepte como remodelado a imagen de Cristo.

No es una parte más entre lo creado. El hombre es el centro, el que da sentido a la creación. Para él fueron creadas todas las cosas. Para que dominara el universo y sirviera a Dios. La creación ha sido como un regalo, un don de Dios para el hombre. Al aceptarse como criatura encuentra el sentido de su propia

corporeidad dentro de los seres visibles, pero con la conciencia de «ser distinto», de interioridad, de llevar en él algo de la sabiduría creadora de Dios. Pues el Creador no solo dio al hombre un mundo visible, sino que le hizo partícipe de su misma vida divina. Después de la caída y de la redención, y ya hombre nuevo en Cristo, debe trabajar en el tiempo de manera creativa para construir un mundo nuevo que ofrecer al Señor en el día de su retorno.

Un trabajo continuo en el que el hombre tiene miedo a la misma obra de sus manos, de su inteligencia y de su voluntad, pues si bien en el trabajo el hombre puede expresar su mejor capacidad de amar y de vivir, también puede ocurrir que, tentado de apropiación y monopolio del bien y del mal, deje que la técnica domine sobre la ética, las cosas sobre las personas, la materia sobre el espíritu (*Redemptor hominis* 16). Porque el hombre es reflejo de Dios en el mundo y crece y se desarrolla en armonía con cuanto le rodea. El hombre se encuentra con el mundo. Un encuentro vivo, reconciliador, oferta liberadora que va más allá del horizonte visible de las cosas. Ni puede reducirse a la coexistencia ni a la tolerancia de cohabitación en el mismo espacio cósmico. Porque sería autosuficiencia, y la simple coexistencia, limitativa del encuentro, que resulta fallido en el logro de la comunión personal y reduce a lo singular o a la masificación que, anulando la riqueza de la diversidad, no acepta el valor y el derecho a las diferencias.

El encuentro del hombre con el universo es interpelación, llamada para que todo lo creado pueda responder al querer de Dios desde la propia autonomía de cada ser y con una voluntad de perfección esencial, de docilidad interior, al imperativo de la más íntima esencia. La alteridad, los elementos recíprocos, la comunicación, no pueden situarse en niveles idénticos, pues el diálogo del hombre con el universo, más que intercambio es anuncio, profecía.

Habrá que trabajar para liberarse del fatalismo, de la irremediabilidad del mal, del inmovilismo y de la alienación, para meterse en la fidelidad de la existencia con el ser más propio de cada uno, libres ya de cualquier suficiencia que sobrepasa y desfigura la personalidad, la imagen, lo verdadero.

Aquí podíamos hacer una paráfrasis del salmo: «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?» (Sal 8,6). Pero esa explicación ya la ha dado Cristo en su resurrección. Dios se manifiesta en la creación como anticipo de la consumación de todo en Cristo. Adoptar al hombre como criterio, afirmaba Juan Pablo II en Bahía (6 de junio de 1980), quiere decir comprometerse en la transformación de toda situación y realidad injusta para convertirlas en elementos de una sociedad justa.

El Verbo de Dios, al encarnarse, unió indisolublemente lo humano y lo divino. Ahora no se puede separar a Dios de las experiencias humanas. Dios está en lo íntimo de cada realidad histórica. El hombre siente, piensa y se comporta de una manera distinta a como vivía y pensaba ayer. Emerge una cultura nueva. No como acumulación de datos, sino como participación en un contexto existencial distinto en el que el hombre se hace protagonista insustituible.

Nueva cultura que es un reto continuo al hombre. Lo desafía. Sobre todo interpela al sacerdote para que ofrezca una respuesta desde la fe, asumiendo al mismo hombre en su historia, dándole razones para vivir y para esperar, ayudándole a construir y afianzar los valores y derechos indeclinables y fundamentales, abriéndole a una solidaridad más universal y, también, empeñándose en una reacción valiente y positiva ante la contracultura del fatalismo, el subjetivismo moral nihilista, el panculturalismo sustitucionista de lo religioso, la secularización o el materialismo en todas sus formas.

Fe y cultura. El diálogo con los valores humanos y seculares de la ciencia. Urge, ante todo, impregnar a la sociedad moderna con el espíritu del evangelio. Asumir y ofrecer. Aceptar, en postura abierta y crítica, un mundo pluralista en el que se pueda vivir la exigencia cristiana de la fe desarrollando la libertad personal, el valor del hombre y su dignidad, la autonomía de la ciencia, el derecho a construir el reinado de Cristo aceptando las categorías culturales en que se desarrolla la historia de la salvación. La evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el evangelio y la vida concreta, personal y social del hombre (*Evangelii nuntiandi* 29).

Pero nada sería comprensible para nosotros sin el misterio de Cristo, pues Dios buscó al hombre y le dio la posibilidad de participar en la vida divina, pero elegido en la persona de su Hijo Jesucristo. Es Dios quien sale al encuentro. Por el misterio de la encarnación, el hombre es asumido en el hombre nuevo total que es Cristo, y en el cual se va haciendo el camino para la historia del hombre.

SEMBRADOR DE LA PALABRA Y DE LA MISERICORDIA

En un encuentro con sacerdotes de la diócesis de Aosta, Benedicto XVI, en un lenguaje coloquial y muy cercano, se refirió al sacerdote como el «sembrador de la palabra». El que anuncia la palabra de Dios, que predica, pero que le parece que el mundo, su comunidad, no toma cuenta de la predicación. «¿Qué hacer?

La gente da la impresión de no necesitar de nosotros; parece inútil todo lo que hacemos. Y, sin embargo, la palabra del Señor nos enseña que solo esta semilla transforma siempre de nuevo la tierra y la abre a la verdadera vida... A la gente, sobre todo a los responsables del mundo, la Iglesia les parece un tanto anticuada; nuestras propuestas no les parecen necesarias. Se comportan como si pudieran y quisieran vivir sin nuestra palabra, y piensan siempre que no tienen necesidad de nosotros. No buscan nuestra palabra» (Benedicto XVI, Aosta, 25 de julio de 2005).

El sacerdote es portador de la misericordia de Dios. El que acoge y perdona, el testigo del Señor compasivo y misericordioso. San Pablo repetía: por la gracia de Dios soy lo que soy (1 Cor 15,10). Y esa gracia de Dios nos llama y envía en una misión de misericordia. La falta de misericordia puede indicar que nos hemos olvidado de Dios. Que en nuestra vida no hay experiencia de Dios.

El sacerdote es hombre que ha experimentado la misericordia del Padre, y ministro que la ofrece en el sacramento de la reconciliación. Perdonando y necesitado de perdón, administrando el sacramento y recibéndolo, administrando la misericordia del Padre y suplicándola constantemente para sus propios pecados.

CON LA HONRA DE LA FIDELIDAD

El Señor te ha dado su Espíritu. Primero lo hizo para arrancarte el corazón de piedra y darte un corazón de carne (Ez 36,26), para que fueras un hombre enteramente nuevo. Después quiso que llegara el Espíritu de Dios hasta ti para que, ya convertido, elegido y consagrado, salieras al mundo para anunciar la buena noticia y el año de gracia del Señor (Is 61,1-2).

Convertir el corazón a Dios sin volver el rostro y las manos a los hombres es fatiga inútil y falso consuelo de pensar que se puede amar mucho a Dios sin querer y sin servir a nadie. Es como arrancar el corazón de piedra y no dejar más que vacío en el alma. Porque vaciedad es la incoherencia entre una pretendida adoración a Dios y el olvido real de los hermanos; el orgullo magisterial que se complace en la contemplación de la propia ciencia, olvidando la sabiduría de la cruz; el triunfalismo de la identidad angelical con un apostolado decididamente estéril; el perfeccionismo voluntarista que cambia la vasija de arcilla por el jarrón de oro deslumbrante, pero vacío. Y la evangelización se reduce al sentimiento, y la caridad no es más que palabrería. Y los dioses se hacen de oro, pero continuarán siendo ídolos.

Pero sería también infidelidad ver al hermano sin mirar a Dios. El evangelio se convierte en ideología; el ministro de la palabra en líder social; lo sagrado queda secularizado; el culto se hace ritualismo y la celebración de los sacramentos no va más allá de simples administraciones funcionales.

El Espíritu de Dios te ha elegido, te ha cambiado, te ha convertido, y ahora te envía a los hermanos para anunciar la buena noticia y proclamar el año de gracia del Señor. Confirma, pues, la fe de tus hermanos (Lc 22,32), anuncia lo que has visto y oído (Jn 3,11), haz memoria y conmemoración de la cena del Señor (Lc 22,19), administra el poder de la misericordia perdonando los pecados de los hombres (Jn 20,23), acuérdate de que has sido llamado para servir (Mt 20,28), no dejes que se extinga la gracia que has recibido por la imposición de manos (2 Tim 1,6) y, sobre todo, recuerda bien que, más allá de la sabiduría de los hombres y de los ángeles, del hacer profecía y del conocer los misterios, del empobrecerse y quemarse, lo que cuenta es la caridad, el amor paciente, servicial, desinteresado, que cree, y espera, y que todo lo soporta (1 Cor 13).

PARA DAR LA BUENA NOTICIA A LOS POBRES

Primero los pobres, pues él nos ha ungido para dar la buena noticia a los pobres (Is 61,1). No defraudéis a los pobres del Señor que os piden el pan del evangelio. Hemos sido llamados a hacer una opción preferencial por los pobres y no podemos olvidar que hay una pobreza radical allí donde Dios no vive en el corazón del hombre, esclavizado por el poder, el placer, el dinero, la violencia (Juan Pablo II, El Salvador, 6 de marzo de 1983).

El pecado ha dejado un enorme vacío en el hombre, pues, al desaparecer el amor, se fue descubriendo la nada. Pero Cristo se «vacía» de sí mismo para llenar con su gracia a un hombre completamente nuevo. La pobreza, sufrida con tantos nombres –hambre, paro, opresión, incredulidad...–, también ha dejado un inmenso vacío en el hombre que la padece. Pero el hombre nuevo nacido en el misterio pascual de Cristo tiene que realizar esa admirable y sacrificada *kénosis* de romperse y vaciarse de sí mismo para llegar hasta el necesitado y compartir la riqueza insondable que es Cristo (Ef 3,18).

Hemos sido llamados para anunciar el año de gracia del Señor. Y lo haremos con fidelidad y con alegría. Con fidelidad, pues no fuimos nosotros quienes elegimos ni el camino ni la palabra. No me elegisteis vosotros a mí, que yo os elegí a vosotros para que deis fruto abundante (Jn 15,16s). Y con alegría. Como quien está siempre dispuesto a dar razón de la esperanza.

Al enterarse de cuántos son los dones que el Señor puso en nuestras manos, saldrán al camino los enfermos y los pobres, los incrédulos y los desesperados, los ricos que quedaron vacíos y los que viven crucificados sin saber por qué extraño motivo. Y les diremos que nosotros solamente predicamos la cruz de Cristo (1 Cor 1,23), que no tenemos ni oro ni plata (Hch 3,6), que nuestro reino no es de este mundo (Jn 18,36), que el César dé lo que es del César (Mt 22,21), que hemos venido para cuidarnos de otras ovejas (Mt 15,23).

CELIBATO POR EL REINO DE DIOS

¿Por qué utilizas la palabra de Dios? ¿Y por qué llevas esas sentencias a tu boca? ¿Honras con los labios, pero tu corazón está lejos de Dios? ¿Para encubrir la pereza que rehúye el compromiso? ¿Para evitar el riesgo de opción por los pobres? ¿Para olvidar que tus manos fueron consagradas para que pudieran estar más unidas a las de todos los hombres? Esos falsos y acomodaticios

razonamientos para acallar la conciencia quedan desenmascarados en el servicio de los dones y poderes concedidos al sacerdote: la gracia del celibato, el servicio de la reconciliación y el ministerio de la eucaristía.

El celibato –dice Juan Pablo II– no es solo un signo escatológico, sino que tiene un gran sentido social en la vida actual para el servicio del pueblo de Dios. El sacerdote, con su celibato, llega a ser el hombre para los demás, de forma distinta a como lo es uno que, uniéndose conyugalmente con la mujer, llega a ser también él, como esposo y padre, hombre para los demás, especialmente en el área de su familia: para su esposa y, junto con ella, para los hijos, a los que da la vida. El sacerdote, renunciando a esta paternidad que es propia de los esposos, busca otra paternidad y casi otra maternidad, recordando las palabras del Apóstol sobre los hijos, que él engendra en el dolor. Ellos son hijos de su espíritu, hombres encomendados por el Buen Pastor a su solicitud. Estos hombres son muchos, más numerosos de cuantos puede abrazar una simple familia humana. La vocación pastoral de los sacerdotes es grande, y el Concilio enseña que es universal: está dirigida a toda la Iglesia y, en consecuencia, es también misionera. Normalmente ella está unida al servicio de una determinada comunidad del pueblo de Dios, en la que cada uno espera atención, cuidado y amor. El corazón del sacerdote, para estar disponible a este servicio, a esta solicitud y amor, debe estar libre. El celibato es signo de una libertad que es para el servicio. En virtud de este signo, el sacerdocio jerárquico, o sea, ministerial, está –según la tradición de nuestra Iglesia– más estrechamente ordenado al sacerdocio común de los fieles (*Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 1979).

Por el celibato se agranda el amor para poder llegar a todos y para no exigir nada a cambio. Para que no haya otro querer sino el de Dios. Ni otro oficio que no sea el del evangelio. La donación se hizo plena y la disponibilidad absoluta.

Los presbíteros de la Iglesia latina asumen el compromiso de vivir en el celibato. Si la vocación es vigilancia, un aspecto significativo de la misma es ciertamente la fidelidad a este compromiso durante toda la vida. Sin embargo, el celibato es solo una de las dimensiones de la vocación, la cual se realiza a lo largo de la vida en el contexto de un compromiso global ante los múltiples cometidos que derivan del sacerdocio (Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 1996).

No querer a nada ni a nadie. Eso no es tener el corazón limpio, sino muerto. Y el celibato es para tener tanta vida que se pueda querer a todo el mundo y con un amor generoso; que en él tengan cabida todos los hombres y todas las ideas y todos los estilos. Y querer y dar sin pedir nada a cambio. Con ilimitada generosidad. Por eso los sacerdotes... están obligados a guardar continencia perfecta y perpetua por el reino de los cielos: este es el sentido del celibato, don especial de Dios, que los une, con corazón indiviso, más fácilmente a Cristo y los hace dedicarse más libremente al servicio de Dios y de los hombres (*Código de derecho canónico*, c. 277, 1).

Ni el celibato es, fundamentalmente, renuncia negativa –no casarse–, ni obligada soltería. El celibato es dedicación generosa al reinado de Dios. Es muy arriesgado elegir un camino de celibato. Sobre todo si se pretende caminar solo.

Pues enseguida aparecerán los fantasmas de la sensación de infecundidad, de limitación humana, de congelación de afectos, de inmadurez permanente...

Hay que ir bien acompañados en ese camino: con generosidad, con generosidad, con generosidad. El celibato no se ha hecho para los tacaños. Hay que darlo todo. Y darlo gratis. Sin pedir ni anticipos ni recompensa. Así la remuneración será grande y la satisfacción limpia, sin ambigüedades ni hipocresías. Que el Señor os colme y os haga rebosar de amor mutuo y de amor a todos, lo mismo que nosotros os amamos. Y que así os fortalezca internamente, para que, cuando Jesús, nuestro Señor, vuelva acompañado de todos sus santos, os presentéis santos e irreprochables ante Dios, nuestro Padre (1 Tes 3,12).

¡El sacerdote está muy solo! Esta soledad, ¿es una desgracia o una bendición de Dios? La soledad es una de las virtudes clásicas en la historia de la espiritualidad... Se iba al desierto para buscarla. El sacerdote está solo. Y esto no es lo peligroso. Lo realmente malo es sentirse abandonado. Y, con frecuencia, el que se siente abandonado es porque él mismo se ha aislado de los demás. Unas veces por timidez. Otras por orgullo. Y otras por las mil sinrazones que cada uno sabe.

No tenemos por qué ser los sacerdotes como una clase social de hombres en estado permanente de niñez que necesitan siempre a su lado el aya que los proteja, Aceptaremos la soledad como mérito y como fuerza liberadora que impulsa al encuentro con los demás, para vivir, afectiva y efectivamente, la gracia de la comunión fraterna.

Gran enemigo de la virtud de la soledad es el anticlericalismo. Un vicio que tiene diversidad de tendencias y matices. El más peligroso es el anticlericalismo clerical, que se manifiesta desde el «ser pero no ejercer» el ministerio hasta la reducción a una mera apariencia clerical sin contenido sacramental. Es muy peligroso, porque lleva desamor a la vocación, al ministerio, a la Iglesia. Se viste y enmascara con el desencanto eclesial y la mentalidad divorcista.

Una mentalidad, la divorcista, que no solo se refiere al matrimonio, sino a la ausencia de fidelidad en distintos órdenes de la vida: separación fe-vida, fe y práctica religiosa, Iglesia-Jesucristo, Iglesia-sacerdocio, fe-sacramentos, trabajo civil y ministerio sacerdotal, ser y ejercer...

Pero el elegido de Dios tiene otro camino, en el que no está solo: el Señor está cerca, no os agobiéis por nada... Todo lo que sea verdadero, todo lo respetable, todo lo justo, todo lo limpio, todo lo estimable, todo lo de buena fama, cualquier virtud o mérito que haya, eso tenedlo por vuestro... Así el Dios de la paz estará con vosotros (Flp 4,5-9). Y lo que has recibido, compártelo con tus hermanos,

que para eso te lo dado el Señor.

RECONCILIACIÓN Y MINISTERIO

El sacramento de la reconciliación es una señal de la confianza de Dios en el sacerdote. Como pecadores, hemos sido reconciliados con el Padre en Jesucristo y ahora, en la Iglesia, ejercemos el ministerio de la reconciliación. Dios nos ha recibido como pecadores y nos ha perdonado. Ahora nos envía en misión reconciliadora, teniendo como garantía de eficacia la palabra y la sangre de Cristo: salid al mundo y perdonad los pecados; a quienes se los perdonéis, les quedan perdonados... (Jn 20,23). Y la sangre de Cristo purificará nuestra conciencia de las obras de muerte, para que demos culto al Dios vivo (Heb 9,14).

En el misterio pascual se unieron la eucaristía y el sacerdocio. Haced esto en memoria mía, dijo el Señor. Y celebrando el misterio anunciamos la muerte y la resurrección de Cristo. Gracias a la eucaristía existe el sacerdocio. Y el sacerdocio fue instituido para celebrar la eucaristía: memoria del Señor, encuentro de comunión, ofrecimiento permanente a Dios.

La fidelidad a la palabra es, conjuntamente, deber y comprobación de la madurez interior del sacerdote y expresión de su dignidad personal. Esto se manifiesta con toda claridad cuando el mantenimiento de la palabra dada a Cristo, a través de un responsable y libre compromiso celibatario para toda la vida, encuentra dificultades, es puesto a prueba, o bien está expuesto a la tentación. Cosas todas ellas a las que no escapa el sacerdote, como cualquier otro hombre y cristiano. En tal circunstancia, cada uno debe buscar ayuda en la oración más fervorosa. Debe, mediante la oración, encontrar en sí mismo aquella actitud de humildad y de sinceridad respecto a Dios y a la propia conciencia, que es precisamente la fuente de la fuerza para sostener lo que vacila. Es entonces cuando nace una confianza similar a la que san Pablo ha expresado con estas palabras: Todo lo puedo en aquel que me conforta. Estas verdades son confirmadas por la experiencia de numerosos sacerdotes y probadas por la realidad de la vida. La aceptación de las mismas constituye la base de la fidelidad a la palabra dada a Cristo y a la Iglesia, que es al mismo tiempo la comprobación de la auténtica fidelidad a sí mismo, a la propia conciencia, a la propia humanidad y dignidad (Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 1979).

Te recomiendo que reavives el don de Dios que recibiste en la imposición de las manos de tu obispo. Que Dios no nos ha dado un espíritu de cobardía, sino de fortaleza y de caridad. No te avergüences de dar fiel testimonio de Cristo (2 Tim 6,8).

SACRAMENTO DE CRISTO

Si para oficio tan grande se nos ha elegido y para ministerio de santificación tan elevado se nos envía, tendremos que llevar en las alforjas de nuestra propia vida un amor grande, como se le exigió a Pedro: si me amas, cuida de mi rebaño.

Será precisa una vigilancia constante para ver cuáles sean las verdaderas necesidades de aquellos a los que se debe servir y alimentar con la mejor doctrina, que es la de Jesucristo y no la nuestra. Y con santidad e integridad de vida hemos de caminar, haciendo de la oración nuestro pan de cada día y del sacrificio ofrenda cotidiana (Santo Tomás de Villanueva, *Sermón sobre Jn 10*).

«Por tanto, que nos tengan los hombres por servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien, lo que a fin de cuentas se exige de los administradores es que sean fieles» (1 Cor 4,1-2). Pero que nadie se llene de orgullo por ello. Pues lo que tenemos, en gracia y favor de Dios lo hemos recibido.

Las recomendaciones del apóstol Pedro a los presbíteros son bien conocidas: «Apacentad la grey de Dios que os está encomendada, vigilando, no forzados, sino voluntariamente, según Dios; no por mezquino afán de ganancia, sino de corazón; no tiranizando a los que os ha tocado cuidar, sino siendo modelos de la grey» (1 Pe 5,1-3).

En medio de muchas dificultades no habrá que olvidar que «nosotros, los fuertes, debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles y no buscar nuestro propio agrado. Que cada uno de nosotros trate de agradar a su prójimo para el bien, buscando su edificación; pues tampoco Cristo buscó su propio agrado, antes bien, como dice la Escritura: “Los ultrajes de los que te ultrajaron cayeron sobre mí”» (Rom 15,1-3).

Siempre tendremos delante como ejemplo y motivación de conducta la palabra y la vida de nuestro Pastor y Padre, Hermano y Sacerdote, nuestro Señor Jesucristo, que en la víspera de su pasión nos dijo: «Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve» (Lc 22,27).

Como sacerdotes, somos sacramento de Cristo, señal visible de su presencia en el ministerio de la Iglesia. En el que ha sido llamado a ministerio tan admirable se requiere: «Que sea puro de pensamiento, sobresaliente en el actuar, discreto con su silencio, útil al hablar, cercano por la compasión con cada uno, ante todos entregado a la contemplación, compañero por su humildad de los que hacen el bien, firme por el celo de la justicia contra los vicios de los pecadores, sin que la ocupación exterior debilite su atención a lo interior, y sin que la solicitud por lo interior le haga abandonar la atención a lo exterior». Este es el perfil ideal que presenta san Gregorio Magno (*Regla pastoral* 2,1) para aquel que ha sido

llamado en la Iglesia a desempeñar el oficio de pastor.

No hay pastor sin rebaño. Tampoco ha de pensarse que se puede prescindir del sacerdote en la comunidad cristiana, en la parroquia. Pues comunidad eclesial es esta que reúne a los fieles y celebra la eucaristía, que es principio, centro y cumbre de la vida cristiana. Sin sacerdote no hay eucaristía; sin eucaristía, la parroquia se vuelve un espacio estéril (Juan Pablo II, *A la Congregación para el clero*, 23 de septiembre de 2001). El sacerdote, ahora párroco, asume el propio oficio de predicar la palabra, administrar los sacramentos y ser guía pastoral de la comunidad. Noble es la tarea que se le ha confiado al sacerdote. Para poder desempeñarla dignamente se le exige no el empleo de algo de su tiempo, sino la dedicación completa de la vida, de todos y cada uno de los días.

En alguna ocasión, el sacerdote, y en gran parte debido a las circunstancias actuales, puede llegar a pensar que «su ministerio se encuentra en la periferia de la vida, cuando en realidad se encuentra en el corazón mismo de ella, puesto que tiene la capacidad de iluminar, reconciliar y renovar todas las cosas». Hay una experiencia de desinterés y desilusión, incluso de fracaso. Fatiga interior y física por la sobrecarga de trabajo. Desánimos que pueden llevar al aislamiento, a un activismo depresivo, a la burocratización... Se percibe, con cierta amargura, una deficiente formación, falta de fraternidad, aislamiento personal, ausencia de interés y apoyo por parte del obispo, desinterés de la comunidad, problemas personales, limitaciones de salud, tensión interior por no encontrar respuesta ni soluciones, desconfianza, abandono de la vida espiritual, falta de fe... Todos estos son pensamientos y reflexiones que se recogen en el documento de la Congregación para el clero: *El presbítero, pastor y guía de la comunidad parroquial*, 18 de octubre de 2002.

ESPERANZAS Y DESILUSIONES

Hablamos de Jesús Nazareno. Un profeta en obras y en palabras ante Dios y ante todo el mundo. Pero se han cumplido los tres días. Y nosotros esperábamos... (Lc 24,19ss). Así se lamentaban los discípulos del Señor. Abrigábamos otras esperanzas. Confiábamos en la llegada de un tiempo nuevo. Pero nuestras ilusiones quedaron truncadas por una realidad que ni comprendíamos ni nos gustaba. Y, como aquellos hombres, quedamos sumidos en el desencanto y la contrariedad. Se apagaron las ilusiones y los mejores sueños. Desengañados y como tristemente seducidos por la promesa de una utopía que nunca se realizaba. El desinterés y la apatía, la decepción y el desengaño anidaron en el corazón del hombre, y ya no quedaba sitio ni para la esperanza ni para comenzar de nuevo.

¿Y para esto nos sacaste al desierto? ¿Para matarnos? (Nm 16,13). Porque muerte es vivir sin ilusiones, sin esperanza. Sin tener a nadie a quien querer ni por qué trabajar cada día. Porque la evangelización no llega a los pobres ni la liberación a los oprimidos. Porque las bienaventuranzas de la justicia y de la paz no se ven realizadas.

Por el contrario, los hombres viven ajenos al querer de Dios. Los cristianos no se parecen al modelo que presenta el evangelio y que viven las primeras comunidades. Y la corrupción de los mil poderes hizo claudicar en los mejores y más nobles ideales...

LAS CONDICIONES

Cristo mismo es el ideal y modelo más acabado de aquello a lo que debe aspirar el sacerdote. Una identificación lo más completa y cercana con Jesucristo. Para esa relación personal con él, el mismo Señor pone en el camino del sacerdote las ayudas y medios que necesita para vivir fielmente esa vida escondida con Cristo en Dios.

Habrá que aceptar unas condiciones, como tomar la cruz, negarse a sí mismo...; asumir la realidad de lo que somos, hombres entre los hombres y llenos de la gracia del Espíritu; aceptar la condición de hijos de Dios y amigos de Cristo. Generosidad para servir, deseo de conversión permanente, confianza en el

Padre de la misericordia, identificados con Cristo, abiertos a la acción del Espíritu.

También habrá que remover algunos obstáculos, como son empeñarse en seguir poniendo levadura vieja («purificaos de la levadura vieja para ser masa nueva» [1 Cor 5,6-8]); no querer restañar el aljibe («dejaron el manantial de agua viva para hacerse cisternas agrietadas que no retienen» [Jr 2,13]); no conservar la sal («si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará?» [Mt 5,13]); miedo a prescindir del celemín («no se enciende una lámpara y la ponen debajo del celemín» [Mt 5,15]); no aceptar con humildad ser vasija de barro («llevamos este tesoro en recipientes de barro, para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros» [2 Cor 4,5-10]).

Las consecuencias de estos abandonos y descuidos hacen que la vocación se olvide y la misión se prostituya: ¡los profetas ya no hablan de Dios! (Jr 2,8). Y hasta se produce la antievangelización. Se empobrece más a los pobres, se esclaviza a los cautivos y llega el anuncio del año de las desgracias. Todo lo contrario de aquello a lo que debe responder quien ha recibido el Espíritu para anunciar la buena noticia a los pobres y el año de gracia para todos.

Se aducen disculpas y falsas coartadas, que son más autoengaños y pseudojustificaciones que verdaderos eximentes de responsabilidad y claro olvido de las exigencias que dimanan de la gracia recibida. Así, por ejemplo:

- Amparo en las limitaciones: soy un muchacho, no sé hablar (Jr 1,6).
- Estado de inseguridad: no estoy preparado para superar las dudas, para moverme entre opiniones diferentes.
- Cansancio ante lo que se cree un trabajo sin eficacia: toda la noche trabajando y nada hemos conseguido (Lc 5,5).
- Aflicción ante las promesas incumplidas: los discípulos de Emaús pensaban en el fracaso de la resurrección, y el Resucitado estaba a su lado.
- Falta de confianza en la acción del Espíritu: el Espíritu del Señor ya no está sobre mí...

La lógica de la interpelación no puede ser más evidente. ¿Qué has hecho con el talento que has recibido? ¿Dónde está el carisma que se te ha dado? ¿Cómo no se ha reavivado la gracia de la imposición de manos? No podrá decirse que las tenemos vacías porque todo lo hemos empleado en servicio de los demás, sino más bien que se guardó el talento debajo del ladrillo de la indiferencia espiritual, de la apatía apostólica, del pecado.

EN EL DESIERTO

¿Para esto nos sacaste al desierto? ¿Para vivir en esta angustia nos llamaste con una vocación especial? ¿Nos elegiste y consagraste para gustar cada día el desencanto de un reino prometido que no acaba de llegar?

Como el discípulo no va a ser distinto del maestro, también le han de llegar las tentaciones del desierto: el olvido de que vivimos de la fe, la tentación de la violencia como remedio del mal, la tentación de buscar en las ideologías los ídolos que sustituyan al Dios de la promesa y de la alianza, la tentación del individualismo, de la Iglesia de propiedad privada en la que solamente son profetas los propios profetas, el único magisterio que se escucha es el de sus maestros particulares. Se presta atención al que comparte ideas y opciones. Mas, para el no iniciado, desprecio y descalificación. Y la comunidad se parece a una secta y la comunión es un remedo de unidad. Esa Iglesia de propiedad privada crece aquí y allá con diversos nombres y connotaciones laterales, teñida de colores distintos. No es, no puede ser la Iglesia de Jesucristo: único Señor, único Maestro, único Sacerdote.

En todas las tentaciones hay siempre la engañosa pretensión de servirse de Dios en lugar de servir a Dios. ¿Qué salisteis a contemplar en el desierto? (Lc 7,24). ¿Qué es lo que querías encontrarte como sacerdote? ¿Un hombre que no hubiera salido de entre los hombres? ¿Un predicador de un reino meramente temporal con promesas de realizaciones inmediatas? ¿Un anuncio de la salvación que no pasara por la cruz, el sufrimiento y la muerte? ¿Un ángel con garantía de imposibilidad que no estuviera sometido a la tentación?

Si saliste a ver en el sacerdote un profeta, un evangelizador, un discípulo del Señor Jesús, un elegido y enviado por el Espíritu a la Iglesia, entonces, y solamente entonces, comprenderás las admirables y fecundas paradojas del grano que muere en tierra y de la cruz y la muerte que llevan a la vida; de la predicación aquí de un reino que no es de este mundo, de haber sido separado de los hombres para poder estar más cerca de los hombres, a quienes tendrás que servir; de ser testigos, en la debilidad, de la fuerza de Dios, de las bienaventuranzas y de los misterios, de la acción del Espíritu, de la gracia invisible de los sacramentos, de la presencia real del Señor resucitado en la eucaristía.

Pero no te engañes con la apariencia. Y engaño y mentira es pensar que se ama a Dios olvidándose de los hombres a los que Dios ama, como adorar la

ideología con pretensiones de salvar al hombre ignorando la existencia y la acción de Dios.

CRISTO, NUESTRA ESPERANZA

Pues para esto habéis sido llamados, ya que también Cristo sufrió, dejándonos ejemplo para que siguiéramos sus huellas. El que no cometió pecado y en cuya boca no se halló engaño; el que al ser insultado no respondía con insultos; al padecer no amenazaba, sino que se ponía en manos de Aquel que juzga con justicia; el mismo que, sobre el madero, llevó nuestros pecados en su cuerpo, a fin de que, muertos a nuestros pecados, viviéramos para la justicia. Sus heridas nos han curado (1 Pe 2,21-24).

Ejemplo hemos recibido. No pretendas ser distinto a tu Maestro. Tus heridas han de curar la enfermedad del hermano; tu pobreza tendrá que enriquecer; tu soledad servirá de compañía; tu alegría será gozo para los demás. Solamente cuando sientas como propias las heridas de tus hermanos, cuando compartas pan y vida con los más pobres y sientas de cerca el misterio de la cruz, habrás comprendido que fuiste llamado y ungido para ser testigo y profeta de un mundo nuevo.

Si el Señor nos ha elegido y reconciliado es para encargarnos el misterio de la reconciliación. Unir a los hombres con Dios, con el evangelio, con los sacramentos, con la práctica de la justicia y de la caridad fraterna. Reconciliación en una Iglesia misionera, comprometida, empeñada en una seria acción catequética. Reconciliación con la esperanza y el convencimiento de que es posible la paz y la convivencia fraterna reconociendo la dignidad y los derechos de los hombres sin necesidad de recurrir irremediabilmente a las acciones violentas. Reconciliación con la juventud, la cultura, el hombre de hoy en marcha hacia el progreso intelectual y científico.

Nuestras manos y nuestros labios se llenan de pan, vino, agua, aceite, palabra de Dios... y se nos envía para sanar y curar, para llevar alimento y predicar la conversión, para anunciar el año de gracia y la liberación al oprimido, para lavar el pecado y curar, con misericordia, las heridas más sangrantes abiertas en el corazón de la humanidad.

HABLAR EN SU NOMBRE

Para nosotros, presbíteros, el sacerdocio constituye el don supremo, una llamada para participar en el misterio de Cristo, que nos confiere la sublime posibilidad de hablar y actuar en su nombre. Participamos en el misterio de la encarnación del Verbo, Primogénito de toda la creación (Col 1,15), que en la eucaristía devuelve al Padre todo lo creado, el mundo del pasado y del futuro y, ante todo, el mundo contemporáneo, en el cual vive con nosotros, está presente por medio nuestro y precisamente por medio nuestro ofrece al Padre el sacrificio redentor. Participamos en el misterio de Cristo, el Primogénito de entre los muertos (Col 1,18), que en su Pascua transforma incesantemente el mundo haciéndolo caminar hacia la revelación de los hijos de Dios (Rom 8,19). Así pues, la realidad entera, en cualquiera de sus aspectos, se hace presente en nuestro ministerio eucarístico, que se abre a la vez a toda exigencia personal concreta, a todo sufrimiento, esperanza, alegría o tristeza, según las intenciones que los fieles presentan en la santa misa. Nosotros acogemos estas intenciones con espíritu de caridad, insertando así todo problema humano en la dimensión de la redención universal (Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 1994).

Comparte el sacerdote con sus hermanos sufrimientos, alegrías, desilusiones y esperanzas. Siempre mostrando a Dios como el fin último de todo. Al sacerdote se le confían sentimientos y temores, y es esperado por los enfermos, por los ancianos y los moribundos. Testigo siempre de Cristo.

TESTIGO DE LA ESPERANZA

Tras su coloquio con Dios en la montaña y, con rostro radiante, volvió Moisés a su pueblo (Ex 34,9-30). Así, el pastor «iluminado por la luz de la Trinidad, será signo de la bondad misericordiosa del Padre, imagen viva de la caridad del Hijo, transparente hombre del Espíritu, consagrado y enviado para conducir al Pueblo de Dios por las sendas del tiempo en la peregrinación hacia la eternidad» (*Pastores gregis* 12). Pues el pastor «no puede estar al servicio de los hombres sin ser antes siervo de Dios. Y no se puede ser siervo de Dios si antes no se es hombre de Dios» (*ibid.*, 13).

Jesucristo, el Señor, al llamarnos a tan alta vocación y ministerio, nos ha puesto como guías y pastores de su pueblo. A cada uno según el oficio encomendado: diácono, presbítero, obispo. Todos para servir a la Iglesia.

Según nos recuerda santo Tomás de Villanueva: «Cuatro son las condiciones que debe reunir el buen pastor. En primer lugar, el amor: fue precisamente la caridad la única virtud que el Señor exigió a Pedro para entregar el cuidado de su rebaño. Luego, la vigilancia, para estar atento a las necesidades de las ovejas. En tercer lugar, la doctrina, con el fin de poder alimentar a los hombres, hasta llevarlos a la salvación. Y, finalmente, la santidad e integridad de vida. Esta es la principal de todas las virtudes» (*Opera omnia* 324-325).

Tan admirable ministerio tenemos que realizarlo entre los hombres, en este

mundo y momento en el que discurre nuestra historia. Tiempos, se dice, de alejamiento de lo religioso, de aversión a las religiones, de indiferencia y rechazo de Dios y de su Iglesia, de la secularización de todo...

Se presenta el mundo como un campo inmenso y lleno de dificultades. Quizá lo veamos como aquel campo de Ezequiel lleno de huesos secos y de podredumbre (Ez 37,1). Puede ser el mundo de la tentación: todo esto para ti si me adoras (Mt 4,9). ¿Por qué no ha de ser también el campo de los llamados a trabajar (Mt 20,1), en el que se encuentra el tesoro (Mt 13,44) o donde la semilla puede dar el ciento por uno? (Mt 13,8).

Sentimos la llamada de Cristo y el vacío de nuestra debilidad. Pero hemos oído sus palabras en la sinagoga de Nazaret: el Espíritu nos acompaña y envía, nos escucha y fortalece. Los gemidos y esperanzas del salmo salen también de la boca del sacerdote: «Dios mío, sálvame, que me llega el agua al cuello: me estoy hundiendo en un cieno profundo... Dios mío, tú conoces mi ignorancia, no se te ocultan mis delitos. Que por mi causa no queden defraudados los que esperan en ti, Señor. Que por mi causa no se avergüencen los que te buscan. Por ti he aguantado afrentas, la vergüenza cubrió mi rostro. Soy un extraño para mis hermanos... Pero mi oración se dirige a ti, Dios mío, el día de tu favor; que me escuche tu gran bondad, que tu fidelidad me ayude... Respóndeme, Señor, con la bondad de tu gracia» (Salmo 68).

San Agustín, al comentar la parábola de los llamados a trabajar en el campo del Señor, dice: si tú no has recibido todavía el salario del gozo y de la esperanza, es que todavía no has trabajado suficientemente en la viña.

El evangelio de la esperanza, entregado a la Iglesia y asimilado por ella, exige que se anuncie y testimonie cada día. Esta es la vocación propia de la Iglesia en todo tiempo y lugar. Es también la misión de la Iglesia hoy en Europa. Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo en la santa misa, memorial de su muerte y resurrección gloriosa (*Ecclesia in Europa* 45).

ME HAN QUITADO LA CORONA

En virtud de su ministerio, los sacerdotes están llamados a celebrar, enseñar y servir de modo especial el evangelio de la esperanza. Por el sacramento del orden, que los configura a Cristo Cabeza y Pastor, los obispos y sacerdotes tienen que conformar toda su vida y su acción con Jesús; por la predicación de la Palabra, la celebración de los sacramentos y la guía de la comunidad cristiana, hacen presente el misterio de Cristo y, por el ejercicio de su ministerio, están llamados a prolongar la presencia de Cristo, único y supremo Pastor, siguiendo su estilo de vida y siendo como

una transparencia suya en medio del rebaño que les ha sido confiado. Estando «en» el mundo, pero sin ser «del» mundo (cf. Jn 17,15-16), en la actual situación cultural y espiritual del continente europeo, se les pide que sean signo de contradicción y esperanza para una sociedad aquejada de horizontalismo y necesitada de abrirse al Trascendente (*Ecclesia in Europa* 34).

Que sea, pues, el buen Espíritu que «está sobre mí» el que hable, no aquel mal espíritu que se ha escondido tras el pecado, la vanidad o la soberbia. Para vivir según el Espíritu, no hay otra conducta posible sino la de ponerse a los pies de los hermanos y servir con las manos y la actitud de Cristo. Sus gestos y palabras, especialmente en las vísperas de su pasión, comprometen nuestra vida.

Pero en mi comida pusieron ceniza y en mi sed me han abrevado con vinagre. La profecía del salmo se cumplirá Jesucristo y en el sacerdote. Ante el no poco acoso a lo religioso, a la Iglesia, al sacerdote, puede oírse la misma queja de Job: me han quitado la corona. Se olvidó lo justo y surgieron los quebrantos.

Lo peor que puede ocurrir ante la dificultad es andar buscando la ocasión propicia para recibir las treinta monedas de la infidelidad y traicionar a Jesús. Puede ser que se estremezca el corazón del sacerdote «como se estremecen los árboles del bosque por el viento». Pero Dios hace llegar el mensaje: «Ten calma, no temas ni desmaye tu corazón. Dios te dará una señal» (Is 7,2ss).

Cuanto hemos recibido es al favor de Dios a quien se lo debemos. Sin embargo, a la hora de la dificultad, poco menos que le echamos en cara a Dios lo mucho que hemos dejado: ¿que nos vas a dar a nosotros que hemos dejado todo y te hemos seguido? (Mt 19,27).

El que quiera venir conmigo tendrá el ciento por uno de lo que ha dejado (Mt 19,29), pero ya sabe que su camino por este mundo será el de la cruz: «Si alguno quiere venir conmigo, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mt 16,24). Pongamos, pues, cuidado en que «nadie se vea privado de la gracia de Dios; en que ninguna raíz amarga retoñe ni os turbe y por ella llegue a inficionarse la comunidad» (Heb 12,15).

TU BRAZO ME SOSTIENE

Es importante, por nuestra parte, llevar una vida digna del evangelio. Y, si es necesario, padecer con buen ánimo por Cristo (Flp 1,27.30). Sin dar a nadie ocasión alguna de tropiezo, para que no se haga mofa del ministerio. Aunque más de una vez tengamos que pasar «por impostores, siendo veraces; como desconocidos, aunque bien conocidos; como quienes están a la muerte, pero vivos;

como castigados, aunque no condenados a muerte; como tristes, pero siempre alegres; como pobres, aunque enriquecemos a muchos; como quienes nada tienen, aunque todo lo poseemos» (2 Cor 6,8-10).

Con el peso del trabajo de cada día, la debilidad de nuestras fuerzas y la amargura que genera la carga de los pecados, el sacerdote puede sentir hasta una extraña compasión de sí mismo e infravalorar no solo el ministerio, sino la propia identidad y existencia sacerdotal. No se quiere lo que no se valora. Y puede ser que el acoso exterior haya causado mella de desafecto en la propia vida y ministerio.

En realidad, y en estos casos, el sacerdote ha confundido un tanto la dirección en la escucha y en la mirada. Tenía que ver a Cristo y se fijaba en otros modelos. Tenía que escuchar las palabras del Maestro, y eran otras voces las que le seducían. Tenía que dar razones de su esperanza, con humilde y práctico ofrecimiento de su ministerio, y se avergonzaba de Cristo.

Sin razones ya para vivir y para esperar, puede llegarse a una especie de desfundamiento personal tal que genera esa incapacidad de poder retener cualquier motivación que le ayude a recuperar la esperanza.

En medio de tanta oscuridad, el sacerdote clama a Dios y el Señor le escucha. La gracia redentora de Cristo llega en ayuda suya por el camino de la misericordia. Como la humildad es casa donde vive la caridad y, con el amor de Dios, todo es posible. Sin olvidar nunca que la más profunda razón de nuestra esperanza está en la infinita misericordia de Cristo.

Mi Señor me ayuda. Él me da palabras de aliento. San Juan Crisóstomo (*Hom.*, PG 49, 263-264) nos señala los caminos para el retorno y la conversión:

- Reconocer y acusarse los pecados. «Condena, pues, tú mismo aquello en lo que pecaste, y esta confesión te obtendrá el perdón ante el Señor, pues quien condena aquello en lo que faltó, con más dificultad volverá a cometerlo; haz que tu conciencia esté siempre despierta y sea como tu acusador doméstico, y así no tendrás quien te acuse ante el tribunal de Dios».

- Perdonar las ofensas que has recibido, para que quede atrás la ira y se nos perdonen como perdonamos. Acude a la oración ferviente y continuada, y que brote de lo íntimo del corazón. Con la limosna se crece en la caridad y se ayuda al prójimo.

- En fin, «si eres humilde y obras con modestia, en este proceder encontrarás, no menos que en cuanto hemos dicho hasta aquí, un modo de destruir el pecado (...) Ya que ya has aprendido con estas palabras a sanar tus heridas, decídetes a

usar de estas medicinas, y así, recuperada ya tu salud, podrás acercarte confiado a la mesa santa y salir con gran gloria al encuentro del Señor, rey de la gloria, y alcanzar los bienes eternos por la gracia, la misericordia y la benignidad de nuestro Señor Jesucristo» (*ibid.*).

LAS TRAICIONES

Uno de vosotros me entregará (Jn 13,21). El reino de los cielos se parece a la levadura y a la sal. La levadura hace crecer, da vida. La sal purifica y da sabor. Pero la levadura puede envejecer. Y la sal hacerse sosa. Es la traición esencial: dejar de ser lo que uno es.

Uno de vosotros me entregará. La traición está cerca. La levadura ha envejecido. Traicionar el sacerdocio es vivir para uno mismo y no para los demás. Quejarse de la soledad libremente asumida en el compromiso del celibato. Aislarse de la comunión fraterna pretextando incompatibilidades para eludir el trabajo de la participación en acciones comunes. Traicionar el sacerdocio es olvidar el compromiso de estar cerca de los pobres, de los enfermos, de los necesitados, de los que nada tienen, solo lo que Dios les da por tu mano. Evadirse de la responsabilidad de edificar este mundo cada día, refugiándose en un espiritualismo complaciente. Ampararse en las proporciones inabarcables del mal que hay que vencer, para autojustificar la pereza y la falta de celo apostólico. Traicionar el sacerdocio es desamar el momento presente, huyendo hacia el pretérito mejor, o a un esperar vacío sin esfuerzo por construir el futuro. Secularizar en tal forma la existencia que Dios no esté presente ni en los criterios ni en los objetivos de las actividades que se emprenden. Olvidarse de la misión universal reduciendo la vida y el ministerio al pequeño grupo de selectos e inmediatos. Ensoberbecerse con el puesto alcanzado o el prestigio adquirido. Traicionar el sacerdocio es hacer dejación de las responsabilidades ministeriales que corresponden. Tratar con desdén las cosas santas. Olvidar la obligación de sacrificarse y orar por el pueblo encomendado. Negarse a la alabanza de Dios y de la gratitud a la Iglesia. Dejarse carcomer el corazón por la avaricia, la comodidad, el bienestar. Traicionar el sacerdocio es abandonar el rebaño, servirse de él en lugar de servirlo, hacerse maestro en lugar de discípulo, hablar de la propia ciencia en lugar de la sabiduría de Dios...

TENTACIÓN DE LA INUTILIDAD

Nos decía Juan Pablo II:

Esto es también muy importante para nosotros, a fin de que no nos entre la tentación de la inutilidad, es decir, la de sentirnos no necesarios. Porque no es verdad. Somos más necesarios que nunca, porque Cristo es más necesario que nunca. El Buen Pastor es necesario más que nunca. Nosotros tenemos en la mano –precisamente en nuestras manos vacías– la fuerza de los medios de acción que nos ha dado el Señor. Pensad en la Palabra de Dios, más tajante que una espada de doble filo (cf. Heb 4,12); pensad en la oración litúrgica, particularmente en la de las Horas, en la que Cristo mismo pide con nosotros y por nosotros; y pensad en los sacramentos, en particular en el de la penitencia, verdadera tabla de salvación para tantas conciencias, meta hacia la que tienden tantos hombres de nuestro tiempo. Conviene que los sacerdotes den nuevamente gran importancia a este sacramento, para la propia vida espiritual y para la de los fieles (*Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 1984).

Pero de todas nuestras traiciones nos salvará el amor. Porque ante nuestra falta de fidelidad está el amor de Cristo entregado por nosotros. Y Cristo es el testigo fiel (Ap 1,5). El mandamiento nuevo, que se nos dio aquella tarde, ha fortalecido nuestra debilidad y queremos emprender nuevo camino de incondicional amor sacerdotal a Cristo sacerdote. Un amor de fidelidad, henchido de unión personal a Cristo. Amor eclesial, en comunión con Pedro, con los apóstoles, con nuestros hermanos. Amor orante, que es permanente contemplación del misterio de amor realizado en Jesucristo. Y amor solidario, pues solamente el que ama a su hermano puede amar a Dios. Y en esto sabemos que hemos sido elegidos: en el amor que entregamos a nuestros hermanos.

El brillo y lustre del amor es la esperanza. Esperanza que está abierta al misterio, que agranda los horizontes del mundo, que comparte con alegría, que da con generosidad, que espera lo que ama.

SUJETOS A LA TENTACIÓN

Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida en que amamos a los hermanos (1 Jn 3,14). Y la caridad no simpatiza con la injusticia. Y sabe muy bien que, aunque el hombre se queme vivo, de nada le aprovecha si no tiene amor (1 Cor 13). El gozo, pues, es fruto del amor efectivo. Y Dios nos ha llamado a ser testigos del amor con que Dios ama a los hombres. Ni hay otro mundo ni existen otros hombres a los que se debe servir, sino aquellos por los que murió y ha resucitado el Señor Jesucristo.

Cuántos artilugios inventan los profetas para escaparse de la voz de Dios que les llama a cumplir una misión en el pueblo. Moisés dice que quién es él para liberar al pueblo (Ex 3,11). Isaías se queja de que es hombre de labios impuros (Is 6,5). Jeremías arguye que es un muchacho y, encima, tartamudo (Jr 1,6).

Jonás quiere huir lo más lejos posible de Dios... (Jon 1,3).

La crisis ha sido profunda. Y la fe se ha debilitado. Ya no son criterios evangélicos los que guían a muchos hombres. La agresividad a lo religioso – mucho más a lo eclesiástico– es casi un símbolo de la pretendida nueva cultura. Lo laico tiene más credibilidad que lo sagrado. ¿A quién voy a predicar, si no son más que un montón de huesos secos? (Ez 37).

Qué difícil es que en un mundo secularizado se pueda percibir un mensaje no verificable con los criterios de una mentalidad positivista, donde los proyectos de existencia no solamente olvidan, sino que niegan la trascendencia. ¿A quién predicar? Tengo el evangelio en la mano, ¿quién está dispuesto a recibirlo?

He aquí nuestra dignidad y nuestra servidumbre. Sujetos constantemente a la tentación. Una incitación sutil a contemplar el honor más que el ministerio; a gozar con la posesión más que con el servicio; a buscar la seguridad personal más que el compromiso con el evangelio.

Recordemos algunas de las tentaciones que con mayor facilidad pueden llegarnos a los sacerdotes. Y la primera es el fariseísmo del gozo fatuo en el encumbramiento. Consagrados, elegidos, pastores, maestros... Signos que pueden reducirse a una palabra desprovista de contenido real. Es la tentación de creer haber llegado a la meta, de enseñar sin aprender, de dirigir sin estudiar, de administrar la palabra de Dios con propia sabiduría. El afán orgulloso del perfeccionamiento moral, o del culturalismo como especialista profano y desprecio de la pasión misionera.

La tentación del número y la cantidad, con el conformismo de la Iglesia llena y la justicia escarnecida, con la superficialidad de la fe y el olvido de la caridad. La ilusión del reducido grupo de los selectos, con los marginados más lejos, el orgullo de los buenos, la soledad de los pecadores...

Un afán de compromiso sin fe o la evasión de querer vivir una creencia espiritualizada sin inserción en el mundo por el que murió Jesucristo. La tentación del egoísmo en la soledad, de la compensación y el anticipo efectivos, de la seguridad material en la teórica pobreza. Sacralización y bautizo de todo lo profano o secularización indiscriminada de todo lo santo. Burocratización del ministerio. Profesionalización de la vocación. Olvido de la diaconía.

Ante la magnitud del problema surge la tentación del descorazonamiento y de la falsa excusa. Si el problema es complejo, la pereza aconseja no complicarse en él. Si es lejano, el egoísmo arguye que no te corresponde. Huida a la comodidad de la contemplación por la contemplación, cuando duele la agresividad y el peso del trabajo de cada día entre los hombres. Huida a la actividad desenfrenada,

cuando la conciencia no aguanta la interpelación de la palabra de Dios hacia una entrega más justa y menos caprichosa.

Tentación del mesianismo fácil en aquel que reivindica para sí el derecho de presumir de que todo lo bueno comienza con él y ahora, olvidando el trabajo de los que le precedieron. Gozo en el caudillaje de la innovación o en el esnobismo de la forma contestataria, manipulando el evangelio y la Iglesia en favor de una opción personal. Entrega al poderoso o demagogia del pobre, orgullo de la superioridad y de la prudencia o desprecio del comprometido.

Amarga sensación de esterilidad. De haber perdido inútilmente la vida. De no esperar recompensa de una semilla que se puso en el surco sin ilusión.

Pero, quizá, la tentación más grande sea la de querer inventarnos un Cristo que no es el verdadero, que no es el Cristo del evangelio, y querer transmitirlo así, falsificado, a los hombres. Es fácil caer en la tentación de dar gusto a los hombres, de transigir con la injusticia de los protectores, de colaborar con la prudencia de la carne, de olvidar la obligación de la desagradable denuncia profética o la incomodidad de la corrección fraterna. Unos nos pedirán señales, otros sabiduría, pero nosotros tenemos que predicar un Cristo crucificado, escándalo para unos y necedad para otros; mas para los llamados, un Cristo que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque lo que en Dios parece locura es más sabio que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres (1 Cor 1,22-25).

No es, pues, camino de evasión, sino conciencia de que las armas con las que debemos estar pertrechados son los escritos inspirados por Dios (2 Tim 3,16), actuar en la luz (Rom 13,12), la verdad, la honradez, la paz, la fe, la palabra de Dios... (Ef 6,13-17).

Hicimos promesa de dejarnos guiar por el Espíritu Santo. Así pues, reconozcamos lo que somos y hagamos profesión de ello, más con obras que con palabras, para que el hombre corresponda a la acción. No vaya a ocurrir que la palabra quede vacía y el pecado sea grande; que el honor sea sublime y la vida deplorable (San Ambrosio, *De dignit. sacerdot.*, cap. 3).

Unos nos piden señales maravillosas y otros fantásticos prodigios, pero nosotros predicamos la cruz (1 Cor 1,22). El encantamiento hace que el hombre permanezca inmóvil ante la contemplación de algo insólito y que se hace por arte de magia, sin razón. Nosotros tenemos buenas razones para la esperanza: vivir con Cristo para resucitar con él. La cruz, signo de iniquidad y tristeza, quedó convertida en señal de gloria y de salvación. No por arte mágico, sino porque Cristo dio su vida en ella. De la cruz viene la luz. No hay por qué maravillarse,

lo había dicho el profeta: vuestros hijos verán visiones (Joel 3,1-5). Algo increíble. Pero para Dios nada hay imposible.

LA CORRUPCIÓN DEL MINISTERIO

Mal trabajo y corrupción del ministerio y de la tarea evangelizadora encomendada sería:

– Apropiarse la palabra de Dios y hacerse dueño de aquello de lo que uno ha de ser nada más que fiel servidor. La evangelización es «una clara proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios» (*Evangelii nuntiandi* 27).

– Cambiar la sabiduría de la fe por la dictadura de las ideas partidistas, totalitarias, excluyentes... Cambiar el esfuerzo por la liberación del hombre en un proyecto meramente temporal, reducir sus objetivos a una dimensión limitada a lo político o social. «Si eso fuera así, la Iglesia perdería su significación más profunda. Su mensaje de liberación no tendría ninguna originalidad y se prestaría a ser acaparado y manipulado por los sistemas ideológicos y los partidos políticos. No tendría autoridad para anunciar, de parte de Dios, la liberación» (*Evangelii nuntiandi* 32).

– Evadirse de la responsabilidad y compromiso de transformar el mundo en reino de Dios. «Por eso, al predicar la liberación y al asociarse a aquellos que actúan y sufren por ella, «la Iglesia no admite circunscribir su misión al solo terreno religioso, desinteresándose de los problemas temporales del hombre; sino que reafirma la primacía de su vocación espiritual, rechaza la sustitución del anuncio del reino por la proclamación de las liberaciones humanas y proclama también que su contribución a la liberación no sería completa si descuidara anunciar la salvación en Jesucristo» (*Evangelii nuntiandi* 34).

– Descuidar la conversión personal y dejar que rebroten antiguas raíces de amarguras y de pecados que producen tristeza en uno mismo y desilusión en los demás. «Lo que constituye la singularidad de nuestro servicio sacerdotal, lo que da unidad profunda a la infinidad de tareas que nos solicitan a lo largo de la jornada y de la vida, lo que confiere a nuestras actividades una nota específica es precisamente esta finalidad presente en toda acción nuestra: anunciar el evangelio de Dios» (*Evangelii nuntiandi* 68).

– Poner en la masa la levadura envejecida de los prejuicios, los resentimientos, las frustraciones personales... Cuando «evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad» (*Evangelii nuntiandi* 18).

– Sembrar el terreno de espinas, añadiendo dificultades imaginarias, recelos y sospecha, creando la desconfianza de los fieles, de los pastores, de la Iglesia toda. La Iglesia sabe muy bien que, por la sola fuerza divina del Mensaje que proclama, puede cambiar la conciencia personal y colectiva de los hombres (*Evangelii nuntiandi* 18).

– Estar con la mano amenazante y siempre levantada en disposición de echar ceniza en el plato donde se gusta la esperanza, el sentido de Providencia, la asistencia del Espíritu, que es el agente principal de la evangelización. «Es él quien impulsa a cada uno a anunciar el evangelio y quien, en lo hondo de las conciencias, hace aceptar y comprender la Palabra de salvación» (*Evangelii nuntiandi* 75).

– Enrolarse en la extraña campaña del desamor, empeñándose en ver un mundo imposible de evangelizar. Signos de amor sacerdotal y de caridad pastoral son ofrecer la verdad y conducir a la unidad, dedicarse sin reservas y sin mirar atrás al anuncio de Jesucristo, el respeto a la situación religiosa y espiritual de la persona que se evangeliza. «Será también una señal de amor el esfuerzo desplegado para transmitir a los cristianos certezas sólidas basadas en la Palabra de Dios, y no dudas o incertidumbres nacidas de una erudición mal asimilada. Los fieles tienen necesidad de esas certezas en su vida cristiana; tienen derecho a ellas en cuanto hijos de Dios que, poniéndose en sus brazos, se abandonan totalmente a las exigencias del amor» (*Evangelii nuntiandi* 79).

– Robar a Cristo los ojos de sus cristianos –según expresión de san Juan de Ávila– haciendo que las gentes olviden el evangelio como si enemigo fuera de la eficacia y el bienestar del hombre. «La Iglesia tiene el deber de anunciar la liberación de millones de seres humanos, entre los cuales hay muchos hijos suyos; el deber de ayudar a que nazca esta liberación, de dar testimonio de la misma, de hacer que sea total. Todo esto no es extraño a la evangelización». «Evangelizar es, ante todo, dar testimonio, de una manera sencilla y directa, de Dios revelado por Jesucristo mediante el Espíritu Santo» (*Evangelii nuntiandi* 26).

– Cambiar el pan de la palabra y de los sacramentos por las piedras de la indiferencia. La Iglesia quiere «alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicios, los valores determinantes, los puntos de interés,

las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación» (*Evangelii nuntiandi* 19).

– Vivir como si Dios no existiera, como si Cristo no nos hubiere salvado, como si el Espíritu Santo no estuviera presente en la vida de la Iglesia. «La evangelización lleva consigo un mensaje explícito, adaptado a las diversas situaciones y constantemente actualizado, sobre los derechos y deberes de toda persona humana, sobre la vida familiar, sin la cual apenas es posible el progreso personal, sobre la vida comunitaria de la sociedad, sobre la vida internacional, la paz, la justicia, el desarrollo; un mensaje, especialmente vigoroso en nuestros días, sobre la liberación» (*Evangelii nuntiandi* 27).

Vosotros sois sal de la tierra y luz del mundo. «Muy grande ha de ser la prudencia de aquellos que son responsables de la salvación de los demás, y muy grande ha de ser su virtud, para que puedan comunicarla a los otros. Si no es así, ni tan siquiera podrá bastaros a vosotros mismos (...) Por eso se exige a los discípulos aquellas virtudes que son más necesarias y útiles para el cuidado de los demás. En efecto, la mansedumbre, la moderación, la misericordia, la justicia son unas virtudes que no quedan limitadas al provecho propio del que las posee, sino que son como unas fuentes insignes que manan también en provecho de los demás. Lo mismo podemos afirmar de la pureza de corazón, del amor a la paz y a la verdad, ya que el que posee estas cualidades las hace redundar en utilidad de todos» (San Juan Crisóstomo, *Hom.*, PG 49, 263-264).

Siempre tendremos en cuenta que Dios «nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor, en quien tenemos la redención: el perdón de los pecados» (Col 1,14)

EL AMOR DE DIOS HA LLEGADO A NOSOTROS

Pero, con la fuerza del Espíritu que se nos ha dado, la luz sale del celemín y la sal recobra su eficacia, las raíces no traerán amarguras, sino esperanza, la levadura volverá a ser nueva y hasta las espinas florecerán en la Pascua, y el pan se hará eucaristía. Ha llegado un tiempo nuevo. Nueva es la creación, nuevo el testamento, nueva la Pascua, nuevo el mandamiento y nuevo el hombre resucitado con Jesucristo.

Se han cumplido, Señor, todas las promesas (Jos 21,45). Nos has elegido y hecho sacerdotes para alabar tu nombre y servir a tu pueblo. Queremos hoy

renovar esa alianza entre tu llamada y vocación y nuestra respuesta. Tú pusiste la gracia, nosotros la debilidad. Pero tu misericordia nos acompaña y defiende.

Porque nuestras promesas sacerdotales no fueron alabanza de un día y olvido después, sino alianza permanente entre el amor de Dios y nuestro deseo de servirle, entre nuestra libertad y la respuesta al Espíritu que se nos daba; entre la cruz y la esperanza; entre la oración y el favor de Dios, entre la bondad del Señor y nuestra debilidad.

Más allá de cualquier razón y circunstancia, somos hijos de Dios y miembros del cuerpo de Cristo. «Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte. Y así los puso Dios en la Iglesia, primeramente como apóstoles; en segundo lugar como profetas; en tercer lugar como maestros...» (1 Cor 12,27-28). A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común (1 Cor 12,7).

Caminemos, pues, hermanos sacerdotes, como hijos de la luz y del día, con dignidad, con el amor que Dios nos ha dado, usando responsablemente la libertad recibida, sin desvirtuar la cruz de Cristo, con oración y alegría.

Con la libertad de los hijos de Dios. El Espíritu está sobre mí para proclamar el año de gracia (Lc 4,19). A nosotros, sacerdotes, se nos ha dado esa maravillosa gracia de la libertad para el anuncio de la Buena Nueva de Jesucristo. El crisma que recibieron nuestras manos es consagración y signo de fortaleza. Ahora, como lo hizo Cristo, podremos ponernos a los pies de todos y servir sin miedo a esclavitud alguna a los poderes de este mundo. Porque el óleo es también signo de consagración. Y nuestro único Dios es el Señor. Es el Espíritu el que ha llegado a nosotros, para que en todas nuestras acciones, en la misma persona del sacerdote, se refleje el rostro de Cristo.

Teniendo buen cuidado de no desvirtuar la cruz de Cristo (1 Cor 1,17). El que quiera venir conmigo tendrá que cargar con su cruz, dijo el Señor (Mt 16,24). Es la condición para ser discípulo del crucificado. ¡Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo! (Gál 6,14).

En la cruz encontramos el ejemplo de todas las virtudes, dice santo Tomás de Villanueva, porque en la pasión de Cristo hallamos el remedio contra todos los males que nos sobrevienen a causa del pecado. La pasión de Cristo basta para servir de guía y modelo a toda nuestra vida. Si buscas un ejemplo de amor, nadie tiene más amor que el que da la vida por los amigos. Y esto es lo que hizo Cristo en la cruz. Si buscas un ejemplo de paciencia, encontrarás el mejor de ellos en la cruz. Si buscas un ejemplo de humildad, mira al crucificado. Si buscas un ejemplo de obediencia, imita al que se hizo obediente al Padre hasta la muerte

(*Conferencia 6*).

Vivir en el convencimiento de que Dios ha escuchado mi súplica (Sal 6,10). De la misericordia pasamos a la alabanza y de la debilidad a la súplica. Y si *in persona Christi* vivimos y realizamos nuestro ministerio sacerdotal, bendecimos a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha elegido, consagrado y puesto como sal y como luz en medio del mundo, pero también suplicamos que sea el mismo Cristo quien hable y suplique con nosotros y por nosotros.

En la ordenación sacerdotal se revive la novedad del bautismo. Hay como un intercambio de vestidos con Cristo, una nueva comunión existencial que hace que el sacerdote actúe *in persona Christi* en la administración de los sacramentos. El sacerdote puede decir: aquí estoy para que dispongas de mí. Cristo acepta esa disposición y hace que el sacerdote pueda entregarse por la salvación de todos. Un vestido nuevo, el de la ordenación sacerdotal, para poder administrar la gracia de Dios *in persona Christi* (cf. Benedicto XVI, *Homilía en la Misa crismal* 2007).

Cuando hacemos oración, que el Padre reconozca las palabras de su propio Hijo; el mismo que habita dentro del corazón sea el que resuene en la voz, y, puesto que lo tenemos como abogado por nuestros pecados ante el Padre, al pedir por nuestros delitos, como pecadores que somos, empleemos las mismas palabras de nuestro Defensor. Pues, si dice que hará lo que pidamos al Padre en su nombre, ¿cuánto más eficaz no será nuestra oración en nombre de Cristo, si la hacemos además con sus propias palabras? (San Cipriano, *Sobre el Padrenuestro* 1-3).

MI VIDA ES CRISTO

Abiertos al horizonte del misterio aparece Cristo con el pan en la mano. Haced esto en memoria mía. Consagra el pan para tus hermanos. El corazón de Cristo se convierte en el horno más fecundo en el que el fuego llena de la vida de Dios todas las cosas. Las manos consagradas por el aceite nuevo son las manos de Cristo que perdonan y consagran. Al mismo tiempo que se ha convertido el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre del Señor, se ha convertido el hombre en sacerdote de Jesucristo.

Se cumple esta Escritura: que habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin. Que el discípulo debe hacer las mismas obras que ha visto realizar a su Maestro. Que uno le entregará. Que un mandamiento nuevo se nos ha dado. Que cada día tenemos que tomar el pan en nuestras manos y celebrar la eucaristía en conmemoración del misterio de Cristo.

Devuélveme la alegría de la salvación, canta el hombre arrepentido (Sal 50). La misericordia de Dios ha llenado de gozo nuestra vida. Un gozo que se hace fidelidad a Dios. Cantaré, pues, la misericordia del Señor (Sal 88,21). Un continuado *Magnificat* en el que las obras de nuestro ministerio estén proclamando continuamente la bondad de Dios. Esta es la vida que anunciamos: que el Señor ha muerto y ha resucitado. Y a nosotros nos ha elegido para ser ministros de sus palabras y de su vida, sacerdotes y ministros del nuevo pueblo de Dios.

CONSERVAR LA GRACIA

El Espíritu del Señor está sobre mí (Is 61,1). Estas palabras de Isaías, que Jesús, el Hijo de Dios, lee en la sinagoga de Nazaret, son la proclamación de la gran verdad: el Espíritu de Dios nos acompaña, habita, testimonia, intercede, vive en nuestros corazones (Rom 8,11).

El Espíritu del Señor está sobre mí, en Cristo, reflejo de la gloria del Padre, *Veritatis splendor*. Brillo, forma y esplendor de la Verdad. Jesús es cimiento y piedra angular, Jesús es la verdad y el centro. Es el único maestro.

El Espíritu del Señor está sobre mí, repite el sacerdote y actualiza la profecía de Isaías y el mensaje de Jesús, pues ha recibido el Espíritu del Señor por la gracia del bautismo y por la ordenación sacerdotal. Gracia que ha de conservar, como advierte Pablo a su discípulo Timoteo (2 Tim 1,14).

CONSERVAR LA GRACIA RECIBIDA

Gozo, y muy grande, debe ser para el sacerdote esa confesión de presencia del Espíritu en él. Es proclamación de la confianza en el amor de Dios que se le ha dado. Es reconocimiento de la propia pobreza: lo que tengo lo he recibido. No es mío, sino de Aquel que me ha enviado.

¿Qué haces con el Espíritu que has recibido? ¿Lo has puesto tan debajo del celmín que no da luz ni calor? ¿Has enterrado el talento? ¿Has dejado perezosamente que se extinga la luz de la lámpara?

Conservar la gracia que se ha recibido es esfuerzo por mantener el interés por las cosas de Dios y el servicio a los demás. Procurar una formación continuada. Adentrarse cada día en la experiencia de Dios por la oración. Reavivar el deseo y el compromiso de servir.

Es gozo en mantenerse siempre como fiel testigo de la bondad y de la misericordia de Cristo, y expresar esas disposiciones en una actitud permanente que busca el bien, como piedra y tesoro, en todas las cosas, personas, instituciones, acontecimientos...

Conservar la gracia que se ha recibido es dar buen ejemplo, como servicio de caridad, para que los hombres bendigan a Dios por las obras que ven hacer por nuestras manos. Proclamar con toda la fuerza el gozo de aquello que se ama, la

palabra de Dios, que es salvación y esperanza para los hombres. Vivir en la esperanza, como seguridad de que se cumplirá todo aquello que ha dicho Dios. Que su palabra no retorna sin haber dado fruto, que todo pasa y la caridad, el amor, permanece. Hacer lealtad y consecuencia entre la palabra y la vida, entre lo que se dice y lo que se hace, entre los dichos y las obras.

Conserva la gracia que se ha recibido quien ayuda a ver la luz y la sal, porque luz del mundo y sal de la tierra ha de ser entre sus hermanos el discípulo de Jesucristo.

SE EXTINGUEN EL DON Y LA GRACIA

Deja extinguirse el don y la gracia quien no devora ni se alimenta de la palabra de Dios (Jr 15,16). Quien se deja carcomer por la anemia espiritual, que es debilidad provocada por la falta de fidelidad en los compromisos adquiridos. Quien hace de todo razonamiento y solo razón, sin dejar paso a la acción de Dios y a la presencia del Espíritu.

Deja extinguirse el don y la gracia quien engaña a los demás, valiéndose de la autoridad que le ha dado y que impone desde su propio criterio, haciendo creer y seguir una verdad falseada con intereses egoístas. El que siembra tristeza, que «seca el alma» y la hace tierra infecunda para que pueda arraigar en ella y dar fruto abundante la palabra de Dios.

Deja extinguirse el don y la gracia quien pone su confianza en los bienes y seguridades de este mundo, en tal forma y deseo que dinero, prestigio, instalación, apoyos e influencias son ansia enfermiza y como «veneno que mata la esperanza». El que denigra la verdad que predicán los labios con la falsedad del corazón, con el mal ejemplo de un comportamiento equívoco, contradictorio, entre lo que se proclama y lo que se vive.

Deja extinguirse el don y la gracia quien oscurece y oculta la verdad, el que amarga la existencia de los hombres y los lleva a blasfemar de Dios; quien mata la alegría y destruye la esperanza. Quien deja que se pudra la sal y se apague la luz.

ESCOGIDOS PARA EL EVANGELIO

Pero no temáis, vosotros sois mis amigos, dice Jesús, a los que yo he elegido. No

os dejaré solos. Llegará a vosotros el Espíritu, el que con tanta fuerza y abundancia has recibido por la oración de la Iglesia y la imposición de manos del obispo. Y ese Espíritu es de fortaleza y de gracia, de sabiduría y de consejo, de amor y de paz.

El Espíritu del Señor está sobre mí, puede decir, y con tanta verdad, la Iglesia. Ella es quien ha recibido y administra gracia y sacramentos, quien ata y perdona, quien celebra e intercede, quien elige y envía, quien garantiza y discierne la verdad.

Y parte de esa Iglesia somos nosotros, «escogidos para el evangelio de Dios», según palabras de san Pablo (Rom 1,1) y para enseñar cuanto del Señor Jesús hemos recibido como mandato: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,19-20).

Después de oír estas palabras, bien sabemos ya que nosotros somos quienes predicamos el evangelio, pero que es Dios quien abre el corazón del hombre y lo convierte. Y es la Iglesia quien acoge y alimenta con los sacramentos. Que nosotros hablamos con la palabra que hemos recibido, pero es Dios quien hace que fructifique como eficaz levadura de la gracia. Y que es la Iglesia toda la que recibe los dones y los bienes. Que la palabra que decimos no es nuestra, sino del Señor, que nos ha enviado. Y que es la Iglesia quien la conserva como depositaria de la verdad. Que nosotros somos hombres pecadores, pero que Dios nos ha colmado de su misericordia. Y la Iglesia nos recibe como ministros del perdón.

No caigamos, pues, en la tentación de encerrarnos en nosotros mismos. Si el pecado se ha hecho carne en mí, Dios se hizo carne por nosotros. Si por el hombre vino el pecado, en Cristo ha llegado la resurrección y la vida. Arranquemos, pues, las raíces del pecado, para vivir únicamente para Dios.

El sacerdote participa de las esperanzas y de los sufrimientos de los hombres, se pone junto al que defiende sus derechos y trata de hacer ver que, en todo, los caminos de Dios están marcados por el evangelio.

EL BUEN OFICIO DE SER PASTOR

El Espíritu del Señor está sobre mí. Me ha ungido para ser pastor de una comunidad. El oficio de pastor comporta ir delante del rebaño con el testimonio de la propia vida, defender al pueblo contra las amenazas de la confusión o de los

intentos de desunión, muriendo por el pueblo en el buen trabajo de cada día que es servir en la caridad, alentando al pueblo con la esperanza de Cristo resucitado,

Buen pastor es el sacerdote que sirve a la comunidad con la palabra de Dios y la administra no con propia sabiduría, sino con fidelidad al Espíritu del Señor; que santifica con la celebración de los sacramentos; que ofrece continuamente su vida en la practica de la caridad fraterna. Buen pastor por el que se alaba y bendice al Padre.

Habrá que multiplicar el talento y prepararse para dar cuenta de cuanto se ha recibido. Pecado y desobediencia distanciaron al hombre de Dios. Y la injusticia y la dureza de corazón llenaron el mundo de sufrimiento y de pecado. Pero, si todo había sido bueno al principio, cuando las manos de Dios lo guiaban todo, a Dios y a su voluntad habrán de volver todas las cosas.

DARÉ SACERDOTES A MI PUEBLO

Servidor de la palabra y de la caridad, animador de la esperanza y cuidador del pueblo de Dios. Es que el Señor ha querido dar a su Iglesia unos ministros, elegidos y consagrados, que realicen el oficio de pastor. Y que lo hagan con tal ejemplaridad y dedicación que todos puedan ver en ellos la viva imagen del Buen Pastor Jesucristo.

El sacerdote, como pastor solícito, pone su corazón y sus manos cerca de aquellos que pueden estar más heridos por la injusticia, la exclusión, la desesperanza, la falta de fe, el pecado... El pastor que cuida el rebaño de Jesucristo no solo se pone al frente y en primera línea de un compromiso evangélico, sino que intenta meterse en las mismas heridas de aquellos a los que debe servir, para poner en ellas el bálsamo de la misericordia, para que no se infecten con el odio o la desesperación. Que nunca se pueda decir del sacerdote la queja del Señor a su pueblo: me hablan con los labios, pero su corazón está lejos de mí (Is 29,13). Estar con Cristo, en el mejor lenguaje de nuestros místicos, consiste en meterse y refugiarse en las mismas llagas del Señor crucificado.

Como buen pastor, el sacerdote aprenderá a llevar la pesada cruz de la enfermedad, de la pobreza, de la soledad, de la falta de esperanza que tienen que soportar los más débiles, y recordar las palabras de Juan Pablo II al decir que la cruz es como «un toque del amor eterno de Dios sobre las heridas más dolorosas de la existencia terrena del hombre» (*Dives in misericordia* 8).

Así, lo bueno es estar junto Dios (Sal 73,27), no olvidarse nunca de que la

bondad de Dios se refleja sobre todo en su misericordia, que es la expresión más viva de un Dios que es amor. *Deus caritas est* (1 Jn 4,13). En el corazón del sacerdote se ha derramado, de la forma más generosa, la misericordia de Dios. De esa abundancia tendrá que repartir, sin medida, la entrega y la dedicación a cuantos necesiten de su ministerio. Unos lo pedirán. A todos hay que ofrecérselo. El oficio de la misericordia no sabe de actitudes interesadas, sino del bien que se puede llevar a quienes han sido redimidos gracias a la sangre de Cristo.

Vosotros sois mi pueblo, dice el Señor. También puede decir el sacerdote a la comunidad que se le ha encomendado: vosotros sois mi heredad. Tengo que cuidarlos como herencia que de Dios he recibido. Cristo me ha dado su tierra para que la cultive y la riegue con la Palabra de Dios. Me ha dado su gracia salvadora, no para que la guarde y la descuide, sino para que la ofrezca en los sacramentos, particularmente el de la reconciliación y el de la eucaristía. Dios me ha dado su mismo amor, para que hasta la vida entregue al servicio de los demás.

Si Jesucristo te ha puesto al frente del pueblo redimido con su sangre, será esa misma gracia redentora la que te acompañará siempre en el ejercicio del ministerio.

MIRAR AL QUE ATRAVESARON

Antes de la gran Pascua, la definitiva y final, el Señor reunirá a pastores y fieles y pondrá sobre la balanza obras y méritos. Aquí, dirá el Señor, y para el gozo en la vida eterna, quien estuvo cerca de los menesterosos, de los abatidos, de los pobres.

Ahora, en el tiempo, hacemos memoria de la Pascua del Señor. Somos sus amigos, como él nos ha llamado. Antes de sentarnos a la mesa, lava nuestros pies. Después nos dará el alimento, pues mesa de la palabra, del ejemplo y de la eucaristía es lo que ha preparado. Al final, el encargo y el envío: haced esto en memoria mía.

SAL DE TU CASA

El Espíritu del Señor me ha llamado y me ha ungido para cuidar de los hermanos, sobre todo de los más débiles y necesitados. Al salir al camino, en la misma puerta del cenáculo en el que te impusieron las manos y fuiste consagrado sacerdote para siempre, se encuentra un pobre muy especial, muy cercano y con gran necesidad. Ese pobre, al que debes socorrer y asistir con presteza, porque el Señor te envía a él, eres tú mismo. Tú, sacerdote, eres el más necesitado de la misión a la que el Señor te ha destinado: evangelizar a los pobres.

Tu primera obligación misionera es evangelizarte a ti mismo. No se trata de encerrarse en la propia intimidad ni de caer en un morboso y egoísta menosprecio. Es reconocerse para convertirse, para salir de uno mismo y darse cuenta de lo que Dios quiere de ti para servirle a él y a los que él pone a tu lado para que les anuncies el evangelio. Tienes que salir de esa casa en la que puedes haber encerrado la misión a la que se te ha llamado.

Hoy salimos al camino como samaritanos. El herido que encuentras en el camino eres tú mismo. Date cuenta de tus heridas, cura tus llagas, recoge y ama al herido, busca a quien abriera en tu cuerpo tal desgarradura. Y contempla a Cristo en ese hombre herido. Una herida en el hombre es siempre como la del costado abierto de Cristo, que se hace puerta para entrar en el mismo corazón del Señor y aprender lo que es amor y caridad fraterna.

Duro e insensible es el corazón que no se siente herido con el dolor y el vacío

del alma de aquel que encuentra en el camino. Nada le dice a su teórico amor: ni las heridas ni el rostro sufriente. Está muerto. No puede ver ni su propia enfermedad. Pero el Señor nos ha despertado del sueño: parte tu pan con el hambriento. El pan de la palabra, de la oración, de la reconciliación, de la caridad pastoral, de la fraternidad sacerdotal.

SUS HERIDAS NOS HAN CURADO

Y ponerse a curar las llagas. Que el amor de Dios nos está quemando el alma en deseo de ayudar y de servir. Habrá que reavivar el fuego, el carisma y el don de Dios que recibimos por la imposición de manos, pues Dios no nos ha dado un espíritu de apocamiento, sino de valentía, de sabiduría y de amor (2 Tim 1,6-7).

Esa herida en la existencia, en la vida del sacerdote, puede ser muy profunda y hasta difícil de curar. Es la herida de la indiferencia que carcome hasta el interés por los misterios más santos; es la soledad de sí mismo que le aísla de todos; es la falta de relación con Dios, que deja sin sentido la afanosa dedicación de cada día; es el olvido de la gracia y del Espíritu, que hace caer en el materialismo y reduce el ministerio a la rutina, a la burocracia, a un activismo en el que con dificultad se encuentra a Dios.

¿Qué hacer ante tan gran dificultad? ¡Dadles vosotros de comer! Toma los panes que Dios ha puesto en tus manos unguadas por el óleo santo. Usa de la misericordia, de la oración, de los sacramentos, del mandamiento nuevo, del amor de Cristo que te ha hecho sacerdote suyo. Usa de esos cinco panes y se hará el milagro de la abundancia de la gracia, del nuevo entusiasmo, del celo ardiente por la evangelización, del gozo de la fraternidad sacerdotal, del amor renovado a la Iglesia.

Así es como se curan las heridas que en la vida del sacerdote puede causar la indiferencia. Volvamos al hombre herido que somos cada uno de nosotros. Volveos al sacerdote que llevamos en nosotros. Quien acoge a uno de estos que yo he enviado, me acoge a mí, y acoge al que me ha enviado (Jn 13,20). Así lo dice el Señor. Se pueden curar las heridas en la vida del sacerdote. Pero si no pones el bálsamo de la misericordia en el corazón, puede ser que vuelva el resentimiento, el desánimo, el pecado.

No tengas miedo de quererte a ti mismo, pero has de hacerlo como Dios te quiere y te recibe y te acoge. Con un amor sin límites, aceptando en ti la presencia de su Hijo Jesucristo. Si nadie está excluido del amor misericordioso

del Padre, cuánto menos los que fueron llamados por el Hijo para ser sus discípulos y amigos. Si el pecado está siempre contra ti, a tu favor actúa la misericordia. Como buen samaritano, recoge, pues, a ese herido que eres tú mismo y no veas tanto las llagas cuanto el amor que Dios ha puesto en él.

TOMÓ SOBRE SUS HOMBROS NUESTROS PECADOS

Habrá que buscar la causa de tanto quebranto. La sinrazón que abriera tal desgarradura del pecado en el alma sacerdotal. Y cuando encontremos al culpable... Le hablaremos de Dios.

Si fue el egoísmo, le recordaremos que el Señor no vino a ser servido, sino a servir. Si fueron los afanes de este mundo, le hacemos pensar que no solo de pan vive el hombre.

Si fuera el odio y los rencores, bien estará saber que el buen discípulo pone la otra mejilla y perdona setenta veces siete. Si fuera la debilidad de la carne, habrá que poner cerca el ayuno y la mortificación y aceptar el duro y gozoso trabajo de vivir para construir todos los días el reinado de Dios entre los hombres.

¡Tus heridas, Señor, nos han curado! Antes de compadecerte de ti mismo, siente compasión de Cristo que vive en ti. Y ponte de su lado. Cristo se ha unido a ti en tal manera que te ha sellado con carácter imborrable y te ha puesto la marca con el fuego del Espíritu. Eres sacerdote para siempre. Configurado de tal manera con Cristo que en su nombre enseñas, santificas, gobiernas el rebaño que él te ha confiado.

Muerto con Cristo para resucitar con él. Tus heridas nos han curado. Es la maravillosa eficacia curativa del amor. Habiendo amado a los suyos, les quiso amar hasta el final. Y fue tal la identificación que hacemos memoria suya apropiándonos de su nombre y haciendo todos los días el milagro que él nos mandó celebrar: esto es mi cuerpo, esta es mi sangre. Quien coma de este pan vivirá para siempre. Haced esto en memoria mía.

Y, al final, venid, benditos de mi Padre, a recibir el salario prometido. Nuestro jornal no es otro que el amor de Jesucristo. Y ningún premio o recompensa puede ser mejor. Vosotros sois mis amigos. Yo os he elegido. Consagrad y repartid. Perdonad los pecados. Id a todos los hombres y habladles de Dios. Evangelizad a los pobres. Yo estaré siempre con vosotros, dice el Señor.

REVESTÍOS DEL SEÑOR JESUCRISTO

La tentación de instalarse en el mundo y olvidar el sentido de peregrinación que tiene nuestra vida cristiana, la secularización del ministerio, la ambigüedad de una consagración sin entusiasmo, provocan la crisis vocacional a unos hombres que no se han resuelto decididamente a seguir a Cristo. Y llega la apostasía.

Existe una apostasía de la vocación que es clamorosa, evidente. Se hace con notoriedad, con escándalo, incluso con presunción provocativa. Hay otra apostasía velada, oculta, tímida. Para apreciar la primera no hace falta mucho entendimiento. Para ver la apostasía oculta hay que recurrir a unos síntomas inequívocos: la tristeza de tener que vivir en un estado con el que uno no se siente identificado, la desilusión en el trabajo pastoral, el desamor a la Iglesia, la falta de comunión sacerdotal, el distanciamiento de la comunidad...

Solo hay un sacerdote: Jesucristo. Todos los demás participamos de este único sacerdocio. Cada cual en la gracia que haya recibido. Unos, como bautizados, y otros, además, con el ministerio que se les ha dado por la imposición de manos del obispo y la oración de la comunidad. Pues bien, no podemos pretender, ni pedir un sacerdote a la medida de nuestro capricho, con las funciones que nos gusten, con la dedicación exclusiva a los oficios que subjetivamente nos agradan.

El sacerdote tiene que responder, con su vocación, a la llamada que ha recibido de Dios y al envío que le hace la Iglesia. No puede haber, por tanto, más que un modelo de sacerdote: el del evangelizador. El del hombre que recuerda y urge la fidelidad a los compromisos bautismales, que señala caminos de reconciliación, que trata de edificar la comunidad cristiana con la respuesta fiel a la palabra de Dios, en la celebración de los sacramentos, con la práctica del amor fraterno en un compromiso de justicia y en solidaridad, sobre todo, con los más débiles y con los pobres.

Una figura y un estilo de sacerdote que han quedado bien señalados en el Concilio Vaticano II. Un modelo de sacerdote que es el que Dios y la Iglesia necesitan y desean en este momento y para nosotros. Un sacerdote que cumple fielmente su ministerio de evangelización, de creyente entre los creyentes, que celebra los sacramentos y el culto de Dios. Que es el primero en el servicio de la caridad a los hermanos y en el compromiso audaz y lleno de esperanza por construir un mundo más justo y más solidario.

Son muchos los interrogantes que acucian al hombre y buscan una respuesta acerca de la vida y del destino, del valor de la existencia y de la muerte, del porqué del sufrir y del servicio a los demás. También llegan esos mismos

cuestionamientos al sacerdote y, en ocasiones, con más agresividad y urgencia. Nuestra respuesta es siempre la misma: Jesucristo. El sacerdote se ha revestido, se ha identificado con Cristo. Estas son las razones y las credenciales de la identidad sacerdotal: las mismas que tuvo Cristo. Esa decidida orientación de la vida según Cristo conduce a la serenidad, a la claridad de ideas, a tener criterios seguros de discernimiento.

Para muchos, la angustia era el único final posible del existencialismo. Pues, al meterse en lo profundo de la existencia, no encontraron más que vacío, la nada. Es que no llevaban ninguna lámpara encendida. Dios estaba allí, pero no lo vieron. Al llamarnos, el que se definió como luz del mundo puso una lámpara encendida en nuestras manos para que pudiéramos ver el camino y encontrarnos con los hermanos y con Dios.

Estamos redescubriendo la identidad. No porque la hubiéramos perdido, sino porque la habíamos olvidado. Queríamos cumplir la parábola, pero sin damos cuenta de que la margarita preciosa estaba en nuestro mismo campo. Y queríamos encontrarla fuera. Y se hacían tantos equilibrios entre Cristo sí e Iglesia no, del Cristo sin sacerdote al sacerdote sin Cristo... Pero la voz del Espíritu resonaba de nuevo: daos cuenta del momento en que vivís; ya es hora de espabilarse. Vestíos del Señor Jesucristo (Rom 13,11-14), pues en él está la prudencia, la sabiduría, el consejo y la ciencia (Is 11,1-3).

En el camino de la Iglesia hay que andar siempre de la mano de la fe y de la misericordia. Una lámpara, la de la fe, que es para ver a Dios. Y la lámpara de la misericordia para acercarse a los hermanos y construir con ellos una nueva familia conforme al mandamiento nuevo del Señor. Entre esos hermanos a los que debes acercarte estás tú mismo.

CRISTO, NUESTRO MODELO

Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo (Jn 13,1). Las palabras de san Juan no son un simple relato de los hechos que se van sucediendo en los últimos días de la vida de Jesús. Más que acontecimientos, lo que el evangelista va relatando son las más profundas vivencias del corazón de Cristo. No son hechos, sino misterios. No son simples acciones, sino revelación de lo escondido en los siglos y que a vosotros se os ha dado conocer (Ef 3,9).

Había elegido y amado a los suyos. Ahora quiere hacer ante ellos unos gestos que manifiesten un amor ilimitado. Y se pone a sus pies. Y les da el mandamiento nuevo. Y les manda hacer del pan y del vino su presencia y su memoria.

NOS HA HECHO SACERDOTES DE DIOS

Ha mirado la humillación de su esclava, dijo María, y por eso me ha elegido. Nuestra elección para ser sacerdotes de Jesucristo ha sido más gratuita. Nada había en mí. Todo era gracia suya. Se ha fiado no de mí, sino del amor que él mismo ha puesto en mí. Somos elegidos en su amor. Porque nos necesita para amar a los hombres.

Bien podemos decir también nosotros: el Espíritu del Señor está sobre mí: me ha llamado, se ha fiado de mí, me asocia a su misión salvadora y me envía a los hermanos para anunciar el año de gracia de salvación.

Juan Pablo II, en la carta dirigida a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo, nos lo recuerda: Cristo permanece en la Iglesia: permanece mediante el poder del Paráclito, del Espíritu Santo que «da la vida» (Jn 6,63). Es el Espíritu Santo quien «da» esta vida divina; vida que, en el misterio pascual de Cristo, se ha revelado más poderosa que la muerte; vida que ha comenzado, con la resurrección de Cristo, en la historia del hombre.

El sacerdocio está totalmente al servicio de esta vida: da testimonio de ella mediante el servicio de la Palabra, la crea, la regenera y multiplica mediante el servicio de los sacramentos. El propio sacerdote vive antes que nada de esta vida, la cual es la fuente más profunda de su madurez sacerdotal y también la garantía de fecundidad espiritual para todo su servicio. El sacramento del orden

imprime en el alma del sacerdote un carácter particular, el cual, una vez recibido, permanece en él como fuente de gracia sacramental, de todos los dones y carismas que corresponden a la vocación al servicio sacerdotal en la Iglesia.

HACED LO QUE SE HA HECHO POR VOSOTROS

Se había postrado a los pies de sus discípulos. Les lavaba los pies. Les daba, más que ejemplo, amor fraterno. Más que servir, amaba. Más que abajarse el poderoso, encumbraba al desvalido. Era la misión recibida del Padre: no me ha enviado para ser servido, sino para servir, para salvar lo que estaba perdido.

El gesto de lavar los pies a los discípulos es misión y es profecía. Misión de servicio fraterno. Profecía que anuncia una forma nueva de vivir, que desvela el amor de Dios para con los hombres.

Haced vosotros lo mismo. Ejemplo os he dado. Elegido de entre los hombres para servir a los hombres. Solidaridad admirable en la que Dios asume la realidad del hombre y el hombre queda asociado a los planes salvadores de Dios.

Primera obligación y más urgente ministerio es la unión del sacerdote con el querer de Dios. Tú eres sacerdote de Dios, ministro de Dios, profeta de Dios, enviado de Dios. Sin Dios no hay ni ministerio, ni envío, ni sacerdocio.

Unido a Jesucristo. El único y eterno sacerdote. Solo actuando *in persona Christi*, el sacerdote puede ejercer su ministerio. Solamente representando a Cristo se puede hacer memoria de sus misterios. Solamente unido a Cristo puede ser el sacerdote sarmiento de gracia para los hombres.

En comunión con la Iglesia. Tú eres Pedro. Sobre ti edificaré. A ti te doy las llaves de abrir y de atar. Estáis edificados sobre el cimiento de los apóstoles. Yo estoy con vosotros hasta el final de todo. Pueblo sacerdotal es la Iglesia. Y en ese pueblo, unos hombres especialmente elegidos y consagrados por la imposición de manos para servir a la comunidad.

Cerca de los hombres a los que debe servir con fidelidad. Lo que gratis ha recibido, en generosidad lo debe repartir con sus hermanos. Solidaridad con los hombres que es fuerte compromiso de misión y de misericordia. De misión, como anuncio de la buena noticia de salvación para todos los hombres. De misericordia, pues el sacerdote no es sino el administrador del Misericordioso. Bien podemos aquí recordar el espíritu de las palabras de san Juan de Ávila a los sacerdotes, cuando les recomienda tratar con bondad y con misericordia a todos los hombres. Acuérdate, les dice, de que los pecadores son de Dios, y que él los

envía a ti para que les perdones. Los enfermos son de Dios, y Dios los envía a ti para que les cures. Los alejados son de Dios, y Dios te los envía para que les acerques a Dios. Los necesitados son de Dios, y Dios los envía a ti para que remedies su necesidad.

Quien recibe al que yo envío me acoge a mí (Jn 13,20). Son las palabras del Señor. El sacerdote actúa en nombre de Cristo, representa a Cristo. Pero también Cristo envía al sacerdote a sus amigos, los pobres, los enfermos, los pecadores... para que reconozca en ellos la presencia del Señor. Lo que hicisteis con uno de estos, conmigo lo hicisteis.

LA FUENTE Y EL MODELO: CRISTO SACERDOTE

El sacerdote encuentra siempre, e invariablemente, la fuente de su propia identidad en Cristo Sacerdote. No es el mundo quien debe fiarle su estatuto o identidad según las necesidades y concepciones de las funciones sociales. El sacerdote está marcado con el sello del sacerdocio de Cristo, para participar en su función de único Mediador y de Redentor.

Debido a esa vinculación fundamental, se abre ante el sacerdote el inmenso campo del servicio a las almas para llevarles la salvación en Cristo y en la Iglesia. Un servicio que debe inspirarse totalmente en el amor a las almas, a ejemplo del Señor, que entrega su vida por ellas. Dios quiere que todos los hombres se salven y que ninguno de sus hijos se pierda. El sacerdote debe estar siempre dispuesto a responder a las necesidades de las almas, acostumbraba a decir el Cura de Ars. Él no es para sí mismo, sino para vosotros.

OCUPARSE DE DIOS

Por ello habrá que ocuparse de Dios dejándose acompañar de la oración. Y asidas las manos a los pies del crucifijo. El conocimiento de Cristo llenará de alegría si se sabe pasar de uno mismo a la contemplación del saber de Dios. El Maestro Ávila recuerda que la «conversación con Dios no tiene amargura». «Es buen discípulo el que ora y se le pega a las entrañas del que oye, y es sensible a los intereses de Dios y a los problemas de los hombres. Pues como Dios es amor, solo de amor se deja cazar» (*Sermón 49*).

«Mirémonos de pies a cabeza, ánima y cuerpo, y vernos hemos hechos

semejantes a la sacratísima Virgen María, que con sus palabras trujo a Dios a su vientre... Y el sacerdote le trae con la palabras de la consagración» (*Plática* 1).

Como sacerdotes, repartimos lo que celebramos. Siempre se trata del encuentro con el Señor resucitado, que nos invita a su mesa y nos envía para ser ministros de los sacramentos y de la caridad. Siempre es Cristo, en él levantamos la cabeza, como dice el Maestro Ávila.

Se han de suponer y requerir al sacerdote, para cumplir tan importante misión, las virtudes de «la fidelidad, la coherencia, la sabiduría, la acogida de todos, la afabilidad, la firmeza doctrinal en las cosas esenciales, la libertad sobre los puntos de vista subjetivos, el desprendimiento personal, la paciencia, el gusto por el esfuerzo diario, la confianza en la acción escondida de la gracia, que se manifiesta en los sencillos y en los pobres» (*Pastores dabo vobis* 70).

Hombre que ha experimentado la misericordia del Padre y ministro que la ofrece en el sacramento de la reconciliación, el sacerdote es enviado para convertir y perdonar. Perdonando y necesitado de perdón, administrando el sacramento y recibéndolo, administrando la misericordia del Padre y suplicándola constantemente para sus propios pecados.

Fuente, centro y cumbre de la vida sacerdotal es la eucaristía. Es el encuentro más íntimo y profundo con Cristo. «Lugar verdaderamente central, tanto de su ministerio como de su vida espiritual, es la eucaristía, porque en ella se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber, Cristo mismo, nuestra Pascua y pan vivo, que mediante su carne, vivificada y vivificante por el Espíritu Santo, da la vida a los hombres (*Pastores dabo vobis* 26).

Este es nuestro convencimiento: «Con Cristo estoy crucificado: y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gál 2,19-20).

Aquello que puede dar el sacerdote no es otra cosa que lo que él tiene: la vida de Cristo. Será, pues, imprescindible una identificación total y permanente con Aquel que nos llamado y nos envía. Contemplando el rostro de Cristo vivo y presente en los hermanos, particularmente en los más desfigurados y pobres. Escondiéndose en el corazón de Cristo, para aprender allí, en la escuela de una oración íntima, a vivir muriendo cada día en este servicio a los demás

Llamados a compartir plenamente el sacerdocio eterno de Cristo. Ante todo sois sacerdotes: no sois ejecutivos, directores de empresa, agentes financieros o burócratas, sino sacerdotes. Esto significa, sobre todo, que habéis sido llamados a ofrecer el sacrificio, pues esta es la esencia del sacerdocio, y el centro del sacerdocio cristiano es la ofrenda del sacrificio de Cristo. Por eso la eucaristía es la esencia misma de lo que somos como sacerdotes; por eso no podemos hacer nada

más importante que ofrecer el sacrificio eucarístico (Juan Pablo II, *A los obispos de las Antillas*, 7 de mayo de 2002).

TESTIGOS DE LA REDENCIÓN

Tú, Señor, que nos haces partícipes de la unción del Mesías, ayúdanos a ser en el mundo testigos fieles de la redención que ofrece a todos los hombres. Esta es la sincera y esperanzada oración al Señor: queremos ser en el mundo testigos fieles de la redención.

Nos confesamos pecadores y necesitados del perdón, pues bien sabemos que la ley instituye sacerdotes a hombres frágiles; pero más cierto es que no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, pues Jesús se asemejó en todo a sus hermanos para ser misericordioso y expiar los pecados del pueblo.

Por gracia y bondad suya hemos sido elegidos para este buen oficio del servicio a Dios en favor de los hombres. Elegidos de entre los hombres, pero consagrados para ser sacerdotes de Dios, pastores del pueblo que se nos ha confiado, al que debemos santificar con la gracia de Dios y darle ejemplo con nuestra propia vida.

El primero y el más importante de los ministerios del sacerdote es el de ofrecer el sacrificio del Señor, al que debemos añadir la misma vida sacerdotal entregada con generosidad a Dios; sin reservas ni limitaciones; que sea toda la vida y que sea para siempre. Que el pensar sea de Dios. Que el trabajo lleve a Dios. Que el vivir y el morir sean siempre para Dios.

Como sacerdote, «considera siempre lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor» (*Ritual de Órdenes*).

RECONCILIARLO TODO EN CRISTO

Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad. Y todo, en Cristo, habrá de recapitularse y comenzar de nuevo. Cristo es el reconciliador. El único que acerca el hombre a Dios. El que recobra lo que estaba perdido. Asumió el mundo, con sus injusticias, para luchar contra ellas. Quiso al hombre, herido y maltratado por el pecado, y lo reconcilió con Dios. Por él han encontrado el camino de reconciliación todas las cosas (Col 1,20). A los que había separado el pecado los llama a la amistad, al amor fraterno. Y como el hombre, en su realidad más

personal, había quedado dividido y traído y llevado entre el pecado y las pasiones, en el nombre de Cristo es llamado a reconciliarse con Dios (2 Cor 5,20).

Si es el mismo camino de Cristo el que se ha de seguir, si vosotros habéis sido llamados, y en verdad sois sacerdotes del Señor, las manos ungidas con el óleo santo habrán de ponerse sobre el barro de este mundo, no para claudicar en el pecado, sino para tratar de modelarlo conforme a la única imagen y figura en la que hemos puesto cada una de las intenciones y trabajos de nuestra existencia.

Trabajo permanente del sacerdote ha de ser separar la luz de las tinieblas; el buen trigo de la cizaña; el servir sinceramente a Cristo de los apaños y coartadas urdidos para olvidar el compromiso de vivir con lealtad a la vocación recibida. Habrá que separar y discernir bien lo que es verdadera liberación del hombre, que hemos de procurar con seria responsabilidad, y lo que es encadenamiento a unos extraños «evangelios» en los que nunca aparece el Dios de nuestro Señor Jesucristo. Habrá que separar las bienaventuranzas de las falsas promesas de unos idearios en los que los pobres, los misericordiosos, los que trabajan por la justicia y por la paz nunca pueden ver el rostro de Dios.

Reconciliarlo todo con Dios. Para esto hemos sido llamados: para anunciar el año de gracia del Señor. Para devolver a Dios la bondad de su creación.

Vosotros os llamaréis sacerdotes del Señor, dirán de vosotros: ministros de nuestro Dios (Is 61,6). Dios ha puesto su casa entre nosotros. Y su palabra en nuestros labios. Y su Espíritu en todas las acciones de nuestra vida. Tomó carne de nuestra carne y hemos recibido a cambio vida de su misma vida. Admirable misterio de encarnación que hace hombre al Hijo de Dios y que hace hijos de Dios a los hombres.

Este, y no otro, es el misterio que nosotros predicamos: que Cristo es Dios, que hemos sido rescatados por su sangre en la cruz. Que él ha resucitado. Que es Señor de todas las cosas y que esperamos su retorno en el último día.

Este es el evangelio que anunciamos. Y el que los hombres tienen el derecho a oír: un evangelio que habla de Dios y de nuestro Señor Jesucristo. Un evangelio en el que no se camufla la fuerza de la verdad con exquisitas sutilezas retóricas. Un evangelio en el que el verdadero kerigma no queda diluido en ambigüedad de unos reinos y promesas que no son los de Jesucristo. No podemos predicar un evangelio sin bienaventuranzas, sin hijo pródigo, sin cruz ni Calvario, sin resurrección ni Pascua. Un evangelio sin buena noticia para los pobres, libertad para los cautivos y oprimidos, vista para los ciegos, sin año de gracia del Señor (Lc 4,18).

Para ser ministros del evangelio hemos sido llamados. El sacerdote ha de

tomar el evangelio en su integridad y ponerlo, lleno de vida, en todas las realidades de este mundo y hacerlo en la seguridad de que la misma fuerza interior del evangelio será la única capaz de transformar todas las cosas.

CARIDAD PASTORAL

Tomado de entre los hombres y puesto en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios (Heb 5,1). A la palabra y al sacramento habrá siempre que unir el amor. Una caridad pastoral que, como gracia del Espíritu Santo, se nos ha dado con el sacramento del orden. Caridad pastoral que nos une a Cristo y nos lleva a vivir una peculiar espiritualidad sacerdotal «definida por aquellas virtudes y comportamientos que son los propios de Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia» (*Pastores dabo vobis* 20). Caridad pastoral que es participación en el mismo amor de Jesucristo, entrega de sí mismo al servicio de la Iglesia, que determina el modo de pensar y de actuar del sacerdote. Caridad pastoral que es *amoris officium*, donación incondicional de la vida a Cristo y a su Iglesia (*Pastores dabo vobis* 23).

Una caridad pastoral que es generosidad magnánima que olvida el egoísmo y hace el silencio de uno mismo a fin de que se pueda escuchar a Dios. Caridad pastoral que es mano extendida que se acerca al desvalido y sentir y tocar en sus heridas las llagas del Hijo de Dios. Caridad pastoral que es vacío interior para poder salir de uno mismo y poder gustar la suavidad y lo llevadero de la cruz. Caridad pastoral que hace percibir el gozo de la presencia de Dios en todas las cosas. Caridad pastoral que es tener como propios amores, y empeño sin condiciones, los sentimientos de Jesucristo y el anuncio del evangelio.

El Espíritu Santo recibido en el sacramento del orden es fuente de santidad y llamada a la santificación, no solo porque configura al sacerdote con Cristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia, y le confía la misión profética, sacerdotal y real para que la lleve a cabo personificando a Cristo, sino también porque anima y vivifica su existencia de cada día, enriqueciéndola con dones y exigencias, con virtudes y fuerzas, que se compendian en la caridad pastoral. Esta caridad es síntesis unificante de los valores y de las virtudes evangélicas y, a la vez, fuerza que sostiene su desarrollo hasta la perfección cristiana. Para todos los cristianos, sin excepciones, el radicalismo evangélico es una exigencia fundamental e irrenunciable, que brota de la llamada de Cristo a seguirlo e imitarlo, en virtud de la íntima comunión de vida con él, realizada por el Espíritu. Esta misma exigencia se presenta a los sacerdotes no solo porque están en la Iglesia, sino también porque están al frente de ella, al estar configurados con Cristo, Cabeza y Pastor, capacitados y comprometidos para el ministerio ordenado, vivificados por la caridad pastoral. Ahora bien, dentro del radicalismo evangélico y como manifestación del mismo se encuentra un rico florecimiento de múltiples virtudes y exigencias éticas, que son decisivas para la vida pastoral y espiritual del sacerdote, como, por ejemplo, la fe, la humildad ante el misterio de Dios, la misericordia, la prudencia. Expresión

privilegiada del radicalismo son los varios consejos evangélicos que Jesús propone en el sermón de la Montaña (cf. Mt 5-7), y entre ellos los consejos, íntimamente relacionados entre sí, de obediencia, castidad y pobreza: el sacerdote está llamado a vivirlos según el estilo, es más, según las finalidades y el significado original que nacen de la identidad propia del presbítero y la expresan (*Pastores dabo vobis* 27).

Se puede decir que la caridad pastoral es aquello que configura la personalidad del sacerdote, lo que da razón de su identidad y en lo que encuentra su unidad lo diverso de las acciones que se deben realizar en el ministerio pastoral.

El sacerdote se siente gozoso y se considera plenamente realizado en su existencia personal y en su vocación ministerial, haciendo el bien a los demás. Para eso ha sido llamado y en ellos se siente identificado con Cristo: el Espíritu del Señor está conmigo para anunciar las bendiciones Dios (cf. Lc 4,19). Sin reservas ni condiciones. ¿Cómo podré olvidar a los pobres, a los pecadores, a los que buscan a Dios? Igual que a Oseas, le da un vuelco el corazón y se le conmueven las entrañas (Os 11,8). El amor todo lo puede y supera. No puede olvidar que ha sido el misericordioso quien le ha llamado a la práctica de la misericordia. Para mí, dice el sacerdote, lo bueno es estar junto a Dios (Salmo 73,27). Y como Dios es amor, el sacerdote no puede por menos que ser ministro y servidor de la caridad que Dios ha derramado en su corazón sacerdotal. Es don gratuito del Señor y, al mismo tiempo, imperiosa llamada a una respuesta libre, alegre y responsable por parte del sacerdote.

Con no poca frecuencia siente el sacerdote como una especie de vértigo al tener que realizar tantas y tantas acciones diferentes. Incluso puede llegar a la sensación de que tiene como varias personalidades: la humana e individual, la social, la carismática y ministerial... La caridad pastoral hace desaparecer ese desconcierto, dando una verdadera unidad existencial y motivando todas y cada una de las acciones que se realizan. Confiere a todo un modo de ser y de actuar en coherencia con la gracia de Dios que se ha recibido y que se expresa en una forma de vivir y de hacer.

Sin una espiritualidad, vivida y profundamente sentida, la figura del sacerdote quedaría completamente desvaída y sin razón de ser. Pero la espiritualidad no es un adorno añadido, sino la misma configuración de una existencia con ineludible referencia al carisma recibido. En la espiritualidad se refleja la identidad, la práctica de la caridad pastoral.

En momento alguno puede olvidar el sacerdote su incuestionable unión con la Iglesia, como misterio que hunde sus raíces en lo insondable de la Santísima Trinidad: ha sido llamado por el Padre, identificado con el Hijo, habiendo recibido la gracia del Espíritu.

Unido a la Iglesia, que es comunión en la fe y en el bautismo, y con la comunidad concreta a la que se que pertenece y a la que se sirve. En el cuidado de esa comunidad no solo encuentra el sacerdote su razón de ser, sino que por ella acomoda su propia vida y estilo personal para poder servir mejor a esa parte del pueblo de Dios que el obispo le ha confiado. Pero ni la Iglesia ni la parroquia son suyas, el sacerdote es pastor y servidor, no dueño de doctrina y modo de vivir.

El sacerdote, como la Iglesia, existe para evangelizar, para vivir y anunciar el misterio de Cristo en el mundo. Por eso el sacerdote no puede olvidar que está metido en el mismo campo en el que debe dejar caer la semilla. El carácter de secularidad ni anega el campo ni hace sucumbir al sembrador, sino que debe ayudarle a comprender y realizar mejor su misión.

PRESIDIR EN LA CARIDAD

Hecho a imagen y figura del Buen Pastor, el sacerdote ha sido enriquecido con ese amor inagotable necesario para el servicio de la comunidad que le ha sido confiada. Esa misma identificación con Cristo en el servicio ministerial en la caridad será la más genuina y eficaz fuente de la espiritualidad sacerdotal y la que defina y dé razón de ser a su propia vocación y ministerio.

Aquella dificultad de integración de tantas y tan diferentes motivaciones y tareas en la misma personalidad del sacerdote encuentra una respuesta en la caridad pastoral. Llamado para servir en la caridad a sus hermanos, busca una formación humana, espiritual, intelectual y pastoral, para poder realizar dignamente esta misión y cometido. Vida y ministerio, espiritualidad y secularidad, persona y puesto en la sociedad han encontrado razón y unidad.

Esa formación, permanente y sistemática, es una responsabilidad de la misma caridad pastoral, respetuosa y atenta a la comunidad a la que debe servir y que, en la evolución y desarrollo de la misma existencia humana, surgen nuevas necesidades y desafíos pastorales.

La caridad pastoral, el *officium amoris*, es el principio interior y dinámico

capaz de unificar las múltiples y diversas actividades del sacerdote, es lo que «da vida» al ministerio. Es el amor tal como se vive en la Iglesia, verdadera amistad sobrenatural y signo de comunión con Dios y con el prójimo. Opción fundamental y alma del ministerio. Identificación con Cristo en sus actitudes y comportamientos. Es un don del Espíritu al sacerdote.

La caridad pastoral puede definirse siguiendo la exhortación *Pastores dabo vobis* (23) como:

– Principio interior de la vida espiritual del presbítero, en cuanto configurado con Cristo. Don gratuito del Espíritu Santo y, al mismo tiempo, deber y llamada a la respuesta libre y responsable del sacerdote.

– Donación total de sí a la Iglesia, compartiendo el don de Cristo y a su imagen. No es solo aquello que hacemos, sino la donación de nosotros mismos lo que muestra el amor de Cristo por su Iglesia.

– Carácter del ministerio sacerdotal. La caridad pastoral determina el modo de pensar y de actuar en el servicio en la caridad a la Iglesia universal y a aquella porción de Iglesia que le ha sido confiada.

– Vínculo de comunión con el obispo y con los otros hermanos en el sacerdocio, que tiene su expresión más plena en la eucaristía, centro y raíz de la vida del sacerdote.

– Criterio interior y dinámico que unifica las múltiples y diversas actividades del sacerdote. Leal y sincera coherencia ente la vida interior y las tareas y responsabilidades del ministerio.

– Participación en el amor de Cristo Pastor. La fuente de la caridad pastoral no puede ser otra que el mismo amor de Cristo. A ese manantial hay que acudir para llenarse de tan precioso regalo del Espíritu. Hemos conocido el amor que Dios nos tiene (1 Jn 4,16). Ese amor, manifestado en Cristo, es el que nos apremia (2 Cor 5,14). Es fuerza y sabiduría de Dios que le llega al sacerdote desde el mismo corazón de Cristo. El amor de Cristo me quema. Es el fuego de la caridad: ¡tu amor me quemaba hasta los huesos! «Había en mi corazón algo así como fuego ardiente, prendido en mis huesos, y aunque yo trabajaba por ahogarlo, no podía». Así lo expresa Jeremías (20,9).

– Identificación con las actitudes de Cristo. Son estas disposiciones las que definen y enmarcan la caridad pastoral del sacerdote, y las hace presente en una comunidad concreta de la Iglesia particular. Es el amor de Cristo Pastor que se manifiesta entre los hermanos. En la vida sacerdotal está siempre presente la lógica de la cruz: Jesús, Señor nuestro, quien fue entregado por nuestros pecados,

y fue resucitado para nuestra justificación (Rom 4,25).

– Incondicional unión con Aquel que se entregó. Este es nuestro convencimiento: «Con Cristo estoy crucificado: y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gál 2,19-20).

– Un amor sin medida. Actitudes de disponibilidad, desprendimiento, entrega, sacrificio, testimonio, dedicación... se desprenden de esta caridad pastoral. Mi vivir es Cristo (Gál 2,20). Mi amor, puede decir el sacerdote, es el que Cristo ha tenido por mí y yo mismo doy a mis hermanos. Por eso la extensión de la caridad pastoral no tiene límite. A todo se ha de llegar con el amor de Cristo. Es así que, como espiritualidad y forma de vivir, la caridad pastoral tiene una señal luminosa en ese «estado de amor», como ha sido llamado el celibato. El decir, una existencia completamente entregada al amor de Cristo y de la Iglesia, sin reserva alguna.

– Don gratuito de Dios. Si, como habíamos visto, la caridad pastoral tanta espiritualidad encierra que se relaciona con el mismo misterio trinitario, es obligado comprender que la caridad pastoral es un don del Padre, por Jesucristo y en el Espíritu. Por eso el sacerdote debe estar cada día más abierto para acoger el don del amor de Jesucristo Pastor, que recibió en el sacramento del orden (*Pastores dabo vobis* 27). Es en la ordenación sacerdotal donde tiene fuente y sentido la caridad pastoral.

Esa caridad pastoral encuentra su expresión plena y su alimento supremo en la eucaristía, que es centro y raíz de toda la vida del presbítero. «En efecto, en la eucaristía es donde se representa, es decir, se hace de nuevo presente el sacrificio de la cruz, el don total de Cristo a su Iglesia, el don de su cuerpo entregado y de su sangre derramada, como testimonio supremo de su ser Cabeza y Pastor, Siervo y Esposo de la Iglesia. Precisamente por esto la caridad pastoral del sacerdote no solo fluye de la eucaristía, sino que encuentra su más alta realización en su celebración, así como también recibe de ella la gracia y la responsabilidad de impregnar de manera “sacrificial” toda su existencia» (*Pastores dabo vobis* 23).

La vida espiritual del sacerdote queda «caracterizada, plasmada y definida por aquellas actitudes y comportamientos que son propios de Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia, y que se compendian en su caridad pastoral» (*Pastores dabo vobis* 21).

Los caminos de la santidad son ciertamente personales, y en la vida del sacerdote tienen su propia configuración. Pero, para esta pedagogía de la

santidad es necesario que el sacerdote se distinga ante todo por el arte de la oración (cf. *Novo millennio ineunte* 31-32).

LA CRUZ DEL MINISTERIO

Que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo (Jn 17,3). Y, en ese conocimiento, los que sufren reciben la buena noticia, se vendan los corazones desgarrados, se proclama la amnistía a los cautivos, la libertad a los prisioneros, el consuelo a los afligidos. La ceniza se cambia en corona y el luto en perfume de fiesta. Será el año de gracia y el desquite de nuestro Dios. Vosotros, sacerdotes del Señor, seréis los ministros de nuestro Dios. La estirpe que bendijo el Señor (Is 61,1-9).

Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír (Lc 4,21): el proyecto del Padre se realiza en Jesucristo. Y el anuncio de Jesucristo se cumple en el sacerdote. Pues, «Aquel que nos amó, nos ha librado de nuestros pecados por su sangre, nos ha convertido en su reino y hecho sacerdotes de Dios, su Padre» (Ap 1,6).

VOCACIÓN Y MINISTERIO

«Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer» (Lc 22,15). Con encendido deseo, el Señor nos ha reunido a sus sacerdotes en esta nueva Pascua del año jubilar y nos dice: «Que os tengan los hombres por servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien, lo que se exige de los administradores es que sean fieles» (1 Cor 22,1-2).

«Gran corazón es, no hay duda –escribe el cardenal Marcelo Spínola–, el corazón del sacerdote: la mano del Altísimo ha sembrado en él excelente semilla; y cuando se cultiva esa semilla, conviértese el corazón del sacerdote en campo que mueve a bendecir a Dios (...) Jesucristo es nuestro hermano mayor; todo lo que a nosotros nos toca le toca a él, por eso hizo suyos nuestros pecados y derramó toda su sangre para ahogarlos en ella» (C. Montoto, *Marcelo Spínola. Su espiritualidad*, p. 362).

El Señor me ha elegido para predicar, para liberar, para servir, para consolar, para cambiar la ceniza en corona, el abatimiento en cánticos (Is 61,1-8). Buen oficio es al que se nos llama, pero duro el trabajo que nos espera. Que la bondad del ministerio y la ayuda de quien nos lo ha confiado supere la fatiga y el cansancio de tener que realizarlo cada día.

Cambiar las cenizas en corona, esto es lo que se nos pide. Es decir, de lo destruido y quemado hacer que surja la esperanza. Profetizar sobre un montón de huesos, como Ezequiel. Decir: el espíritu entrará en vosotros y viviréis (Ez 37,1-7). El sacerdote, en medio de una sociedad tan secularizada, tiene que ser ese incansable profeta de la esperanza. Hacer de las cenizas corona y del abatimiento cántico.

Para realizar tan duro y buen trabajo habrá que ir bien dispuestos y pertrechados. Estas son las armas y los arneses que se nos piden: ni pan, ni alforja, ni dinero, ni dos túnicas... (Mc 6,8-9).

La fuerza y la eficacia está en la palabra del Señor. La palabra viva que es Cristo, el que fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación (Rom 4,24-25). El sacerdote no es el dueño, sino el servidor de la palabra y del misterio de Cristo.

El Maestro Ávila es

ejemplo realizado de un sacerdote santo que ha encontrado la fuente de su espiritualidad en el ejercicio de su ministerio, configurado con Cristo Sacerdote y Pastor, pobre y desprendido, casto, obediente y servidor; un sacerdote con vida de oración y honda experiencia de Dios, enamorado de la eucaristía, fiel devoto de la Virgen, bien preparado en ciencias humanas y teológicas, conocedor de la cultura de su tiempo, estudioso y en formación permanente integral, acogedor, viviendo en comunión la amistad, la fraternidad sacerdotal y el trabajo apostólico; un apóstol infatigable entregado a la misión, predicador del misterio cristiano y de la conversión, padre y maestro en el sacramento de la penitencia, guía y consejero de espíritus, discernidor de carismas, animador de vocaciones sacerdotales, religiosas y laicales, innovador de métodos pastorales, preocupado por la educación de los niños y jóvenes. San Juan de Ávila es, en fin, la caridad pastoral viviente. Los presbíteros, y los seminaristas que se preparan para serlo, encontrarán en san Juan de Ávila un modelo de lo que es un verdadero apóstol, un ejemplo vivo de la caridad pastoral, como clave de la espiritualidad sacerdotal, vivida diariamente en el ejercicio del ministerio (Conferencia Episcopal Española, *San Juan de Ávila. Maestro de evangelizadores* 8).

Ante un tiempo nuevo, el sacerdote tiene que ser apóstol y servidor de la esperanza. También, con el ejemplo de san Juan de Ávila, el sacerdote, para llevar esa esperanza, para hablar de Dios, necesita conocer la verdad, acercarse a la palabra de Dios, hacer que, por la oración, palabra y verdad se metan dentro de uno. Y, sobre todo, no dejar nunca de mirar a Cristo.

Nuestro secreto está en ahondar cada vez más en el conocimiento y el amor del Señor, para que nada pueda separarnos de un amor tan grande como el manifestado por Dios en Cristo (Rom 8,39). «Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, para que, arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede todo conocimiento, para que os vayáis llenando hasta la total plenitud de Dios» (Ef 3,17-19).

Será necesario hacer un completo vaciamiento de uno mismo para que Cristo habite en nosotros en toda su riqueza y plenitud, ya que ninguno de nosotros vive para sí mismo, sino que vivimos para el Señor (Rom 1,7). Con Cristo estoy crucificado, diría san Pablo, y ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí (Gál 2,20).

Como sacerdotes tenemos una tarea ineludible que realizar: reconciliarnos con nuestra propia vocación y ministerio. No podemos andar traídos y llevados por la veleidad, el capricho, las alternativas de la moda o los criterios meramente humanos. Reconciliarse con la propia vocación y ministerio es asumir la gracia que se nos ha dado por la imposición de las manos de nuestro obispo, y hacerla fructificar. ¿Qué haces con una riqueza tan grande como la que has recibido? ¿Qué haces con la palabra de Dios, con la eucaristía, con el mandamiento nuevo, con el envío misionero?

Reconciliación con la propia vocación y ministerio es entregarse sin descanso al servicio de la comunidad que se te ha confiado. Alimentarla con la palabra de Dios, santificarla con los sacramentos, servirla en la caridad. Reconciliarse con la propia vocación y ministerio es asumir la cruz de la soledad personal, de la austeridad en la vida, de la comunión fiel a la Iglesia.

SE NOS HA CONFIADO EL REBAÑO

Se nos diera la viña y dejamos que se secan las cepas. Se nos dio el campo, y faltó el cuidado y la vigilancia, y la tierra se llenó de cizaña y de hierbas amargas. Se nos diera el rebaño, y ni fuimos a buscar a la oveja perdida, ni atendimos a las noventa y nueve que quedaban. Se nos diera el pan del amor fraterno, y dejamos que se convirtiera en las piedras de los rencores y de las desavenencias. Se nos diera el templo, y lo llenamos de traficantes y mercaderes, de ideologías, de materialismo y de vacío de Dios. Se nos diera la cruz y no vimos en ella la fuerza y la sabiduría de Dios, sin escándalo y locura (1 Cor 1,23-24).

Nos llamaron para servir, pero nos quedamos en el aprovechamiento del fruto del trabajo que otros habían realizado. Vinimos a la Iglesia para ofrecer lo poco que teníamos, pero el maligno nos sedujo y, con nuestros pecados, le robamos a la Iglesia el honor de sus hijos, el pan de los pobres, la gracia de los fieles, el testimonio y la ejemplaridad de sus sacerdotes. La corrupción hizo del servicio afán de poderío y del ministerio oficio de funcionario.

Pero, si tienes entrañas de pastor, no deben asustar las espinas, sino confiar en Dios (san Agustín). Señor, tú me conoces; sabes cuándo me siento y cuándo me levanto, conoces mi pensamiento. No está aún en mi lengua y tú ya lo conoces. ¡Señor: sal fiador por mí! (Salmo 139).

Igual que a Pedro, también el Señor nos pregunta: ¿me amas? Y ante la respuesta afirmativa y emocionada por nuestra parte, la gran confianza de Jesús: apacienta mi rebaño (Jn 21,15-17). Esta es la señal del amor de Cristo a sus sacerdotes: les confía lo más querido, aquello que es el fruto de su sacrificio, de su sangre redentora.

Si Cristo se hizo pan vivo bajado del cielo (Jn 6,51), el sacerdote, por amor a Cristo, al decir de san Juan de Ávila, tiene que hacerse pan que él comiere, vestido que él vistiere, casa donde él, Cristo, morase...

Haced esto en memoria mía. Y la fe hace que la memoria supere al simple recuerdo de unas acciones realizadas en el tiempo, para dar valor de presencia actualizada e inmediata. La experiencia de Dios, y el trato continuo con él en la oración, ayudan a superar el formalismo y la rutina para vivir plenamente el sentido sacramental de los signos que se realizan.

Cuando se acerquen a ti, sacerdote, y te pidan parte de tu lote y heredad, les dirás: el único pan que puedo daros es aquel del que yo mismo me alimento (san Agustín). Nuestro alimento es el pan de la palabra, el pan de la caridad y el pan de la eucaristía.

Nos hizo depositarios de su Palabra y, al enviarnos a predicar el evangelio, puso en nuestro corazón y en nuestros labios la mejor sabiduría: la gracia de anunciar la inescrutable riqueza del misterio de Cristo (Ef 3,8). Gente somos, pues, de su confianza. No solo nos ha llamado sus amigos, sino que nos ha dado a conocer el «misterio escondido desde siglos en Dios» (Ef 3,9).

Por su gracia, que llegó por la oración de la Iglesia y la imposición de manos de los apóstoles, Cristo vive en nosotros. Y, arraigados y cincelados en el amor, hemos comprendido la anchura y la profundidad del conocimiento de Cristo (Ef 3,18). Tal intimidad con Dios solamente puede tener como final vivir únicamente para él.

Al querer responder a esta pregunta vienen al recuerdo tantos momentos de tu vida. Al final de esa memoria, el silencio. Pudieron ser muchos los motivos, las inclinaciones, las sugerencias que nos hicieron. Pero fuiste tú, Señor, quien me elegiste y llamaste. Las otras explicaciones ayudan a comprender. Tu amor y elección es lo único que da garantía de autenticidad a mi existencia sacerdotal.

Te escogí. Te consagré. Te hice profeta. Mi origen y raíz es Cristo. También

mi vida y mi final. Os he destinado para que deis fruto (Jn 15,10). La semilla es el evangelio. Solamente poniendo sobre la masa de este mundo la levadura de la buena noticia se puede esperar que el fruto sea abundante. El que nos llamó nos ha destinado a ser sembradores. Pero ninguno puede dejar la semilla en el surco del reino de Dios si antes no se ha comprometido en el amor con la persona de Cristo. Que nunca el sembrador será buen maestro si antes no ha sabido ser buen testigo.

Cada uno de nosotros, que mediante la ordenación sacramental participa del sacerdocio de Cristo, debe tener siempre presente este signo de la misión redentora de Cristo. Pues nosotros – cada uno de nosotros– también hemos sido constituidos en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios. El Concilio afirma justamente que los laicos... tienen el derecho a recibir con abundancia de los sagrados pastores los auxilios de los bienes espirituales de la Iglesia, en particular la palabra de Dios y los sacramentos (LG 37) (Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 1989).

POR LA GRACIA DE DIOS SOY LO QUE SOY

Las incomprendiones escuecen. Y la soledad es dura carga. Y la comunidad no es dócil rebaño. Ni la palabra cae en tierra buena. Ni se ve el ciento por uno. ¿Has tomado la cruz y subido a Jerusalén? ¿Te has puesto junto a los pobres, los misericordiosos, los que trabajan por la justicia, los que construyen la paz? ¿Has dado buen empleo a los talentos y puesto la luz en lo alto de la casa? Si no te reconoces como discípulo, ¿cómo vas a comprender las lecciones de tu maestro? El siervo no es más que su Señor (Jn 15,18).

Al sentarnos con él a la mesa, en la víspera de su pasión, oímos aquellas palabras: que os améis unos a otros (Jn 15,17). El desamor nos llevó al olvido y a la traición. Si, como Pedro, lo negamos una y otra vez, que como Pedro tengamos la valentía de decir, desde lo más auténtico de nuestro corazón sacerdotal: Señor, tú lo sabes todo. Y sabes que te quiero (Jn 21,17).

Cristo, mi Señor, es en el que creo, el que tiene derecho a mi fe. El que tiene palabras de vida eterna. Cristo, al que sigo, escuchando su voz de maestro en lo escondido de la conciencia y en la fuerte resonancia del evangelio. Cristo, al que celebro en la eucaristía, en los sacramentos, en la fidelidad del mandamiento nuevo, en el envío misionero. Cristo, en quien espero como el único Salvador. Pues tanto amó Dios al mundo que envió a su Hijo para que todos se salven (Jn 3,16).

¿Ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte... Para que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva? (Rom 6,3-4). No es, pues, mejor sacerdote el que más presume de lo que tiene, sino el que sabe reconocer que por gracia de Dios le ha llegado. No es mejor sacerdote el que se engríe con el puesto que ocupa, sino el que sirve en la caridad a sus hermanos. No es mejor sacerdote el que presume de los talentos, sino el que los emplea en virtud de humildad en servicio a los que menos tienen.

El reconocimiento del pecado es camino para la súplica de misericordia. Por el contrario, buscar disculpas y coartadas para disimular la culpa hacen más grave la falta y más difícil el arrepentimiento.

Coartada y disculpa de querer cambiar lo exterior y la apariencia sin conversión interior del corazón. De opción personal y olvidar la misión de la Iglesia. De la perfección para justificar la intolerancia del que piensa de otra manera o sigue otros estilo de vida. Coartada y disculpa del secularismo, creyendo ganar así en eficacia y llegar mejor a las gentes. Del subjetivismo, para justificar la falta de comunión eclesial y seguir la conciencia individualista como criterio absoluto. De conseguir lo inmediato olvidando la vida eterna. De la nostalgia, para desamar el presente recurriendo al recuerdo de viejos tiempos mejores. Coartada y disculpa de la intrascendencia, para justificar el descuido de la práctica religiosa y sacramental. De la soledad, para olvidar el acompañamiento de Cristo, de la gracia del Espíritu, de la providencia del Padre, de la comunión en la Iglesia, de la fraternidad sacerdotal, de la caridad y el amor de nuestros hermanos.

Lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dará (Jn 15,17). No nos vamos a contentar con poco. Queremos, como gracia y favor de Dios, que se nos dé el conocimiento y amor de nuestro Señor Jesucristo. Él transformará nuestra vida y seremos sacerdotes según el corazón del mismo Cristo.

Renovaremos nuestras promesas de fidelidad y seguiremos el camino al que se nos ha llamado: servir como buenos operarios invitados a trabajar en la viña del reino de Dios. No llevaremos alforja –que la vida del sacerdote lo es de austeridad–, ni dos túnicas –porque ha sido revestido de Cristo–, ni sandalias –pues descalzo habrá que caminar en una tierra donde el trigo crece junto a la cizaña–, ni bastón –porque el único apoyo es el Señor–. Y como buenos obreros mereceremos el salario. Nuestro premio y recompensa no será otro que el amor de Cristo. Un pan amasado con tu gracia y con no pocas de nuestras fatigas y debilidades. Pero del pan tú hiciste eucaristía y de los sacerdotes, tus amigos y

enviados. ¡Haced esto en memoria mía! Y dad de comer a vuestros hermanos.
Esta es nuestra Pascua: la de Cristo y la de la Iglesia.

LLEVADO POR EL ESPÍRITU SANTO

Llevado por el Espíritu, Jesús vino al desierto y fue tentado, realiza signos y anuncia una forma nueva de vivir, subió a la cruz, sufrió la muerte y resucitó a la vida. Llevados por el Espíritu nos hemos puesto junto a Cristo y hemos oído de nuevo las palabras del Maestro y Señor: vosotros sois mis amigos, haced esto en memoria mía. También hemos subido al Cenáculo para que, de nuevo, descienda el Espíritu prometido. En el Cenáculo celebraremos la Pascua y en el Cenáculo revivimos el día de Pentecostés. Este Cenáculo es testigo del amor inmenso de Cristo a los suyos –ardientemente he deseado celebrar con vosotros esta Pascua (Lc 22,15)– y el Cenáculo será testigo de la acción transformadora del Espíritu –quedaron todos llenos del Espíritu Santo (Hch 2,4)–.

Hemos llegado hasta aquí movidos por el Espíritu. Hemos venido con nuestra vocación primera, con la que fuimos llamados por Jesús. Hemos venido con nuestra ordenación sacerdotal, con nuestro ministerio y envío a bautizar y servir en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu. Si un día nos pusimos ante la Iglesia y pedimos la gracia del sacerdocio, fue porque el Espíritu mismo quiso que abriéramos las manos ante el obispo para que fueran ungidas con el óleo santo.

EL ESPÍRITU ESTÁ SOBRE MÍ

Nos lo había recordado san Pablo: en él vivimos, nos movemos y existimos (Hch 17,28). Dios en nosotros. El Espíritu de verdad, de sabiduría y de fortaleza. Toda nuestra vida sacerdotal enriquecida de gracia y marcada por el sello del Espíritu Santo. Gracia es el bautismo y la vocación. Sello indeleble es el del sacramento del orden, que nos hace sacerdotes para siempre. Lo había anunciado la profecía de Isaías: «Vosotros os llamaréis sacerdotes del Señor. Dirán de vosotros: ministros de nuestro Dios. Les daré su salario fielmente y haré con ellos un pacto perpetuo» (Is 61,6).

El Espíritu del Señor está sobre mí. El sacerdote es hombre del Espíritu Santo. Pondré mi Espíritu sobre él, dice el Señor (Mt 12,18). Puede llegar el momento de la duda y sentirnos como perdidos en medio de la confusión. Pero recordaremos las palabras del Señor: el Espíritu Santo os enseñará lo que conviene decir (Lc 12,12), os guiará hasta la verdad completa (Jn 16,13).

Son muy conocidas las palabras del obispo Hazim:

Sin el Espíritu Santo, Dios queda lejos; Cristo pertenece al pasado; el evangelio es letra muerta; la Iglesia, una mera organización; la autoridad, un dominio; la misión, una propaganda; el culto, una evocación; el obrar cristiano, una moral de esclavos. Pero con él, el cosmos se eleva y gime en el alumbramiento del Reino; Cristo resucitado se hace presente; el evangelio es potencia de vida; la Iglesia, comunión trinitaria; la autoridad, servicio liberador; la misión, un Pentecostés; el culto, memorial y anticipación; el obrar humano queda deificado (Mons. Hazim, *Declaración en la Asamblea de Upsala*, 1968).

Sin el Espíritu Santo, la vida sacerdotal no sería más que un signo sin contenido. El celibato, vacío de todo y renuncia para tener en el corazón nada más que aislamiento y soledad. La obediencia, fría respuesta a unos mandatos que no compartimos. La fraternidad sacerdotal, equipo de trabajo no siempre cómodo. Las acciones apostólicas, trabajo y más trabajo por unos ideales meramente humanos. La atención a los demás, tarea de funcionario. La celebración, rutina de una práctica repetida. El presbiterio, grupo estructural con el que uno no se siente identificado. El sacerdocio, concepto social de grupo marginado. El ministerio, acción social de gestión. La oración, rutina olvidada. El anuncio, campana que retiene. Sin el Espíritu, la catequesis es instrucción cultural; la caridad, filantropía; el predicador, maestro de su propia doctrina; los pobres, pedigüeños incómodos; los signos no salvan; el ministerio, una agencia de servicios.

Pero, con el Espíritu Santo, la vida sacerdotal es dedicación generosa e incondicional a la voluntad de Dios. La vocación es gozo inefable de tener a Jesucristo como el valor supremo de la propia vida. El celibato, amor sacrificado y universal que lleva a dar la vida sin condiciones en favor de todos, particularmente de los más pobres y de los más humildes. La obediencia, reconciliación admirable con los mandatos del Señor, expresados en reconocimiento a quienes nos sirven y presiden. La acción apostólica, evangelización gozosa para vivir y anunciar a Jesucristo con el testimonio de la misma vida sacerdotal y de las obras de bien que se realizan. La oración, experiencia y encuentro con Dios que llena la vida de esperanza. Con el Espíritu del Señor, la catequesis es pedagogía de la fe; la caridad, amar con el amor de Cristo; el que predica, servidor de la palabra de Dios; los pobres, presencia de

Cristo; los signos se convierten en sacramentos y el ministerio en caridad pastoral.

El día de tu ordenación sacerdotal, con la imposición de manos del obispo y con el ofrecimiento y la unción de las tuyas, pudiste oír en lo más profundo de tu vida sacerdotal: ¡el Espíritu del Señor está sobre mí! Y tengo conmigo los frutos del Espíritu: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí... (Gál 5,22-23).

Nos parecen ya tiempos pasados aquellos en los que repetíamos y repetíamos discursos sobre la identidad y razón de ser del sacerdote. Buenas pudieron ser aquellas reflexiones, y mejores las orientaciones que salieron del magisterio de la Iglesia sobre nuestra consagración y vida ministerial.

Si antes se discutía sobre la identidad sacerdotal, ahora vivimos preocupados por la coherencia y el ser fieles a esa identidad. Pues son muchas y «muy presentes las causas de “desierto espiritual” que afligen a la humanidad de nuestro tiempo y, consiguientemente, minan también a la Iglesia que vive en esta humanidad. ¿Cómo no temer que puedan acechar también la vida de los sacerdotes? Por tanto, es indispensable volver siempre de nuevo a la raíz de nuestro sacerdocio. Como bien sabemos, esta raíz es una sola: Jesucristo, nuestro Señor» (Benedicto XVI, *A los presbíteros y diáconos de Roma*, 13 de mayo de 2005).

San Juan Crisóstomo recordaba unas virtudes especialmente necesarias en el sacerdote: la mansedumbre, la moderación, la misericordia, la justicia, la pureza de corazón, el amor a la paz y a la verdad. No os extrañéis de la necesidad de tanta virtud, pues vosotros sois la sal de la tierra. «Si los otros han perdido el sabor, pueden recuperarlo por vuestro ministerio; pero si sois vosotros los que os tornáis insípidos, arrastraréis también a los demás con vuestra perdición (...) Lo que hay que temer no es el mal que digan contra vosotros, sino la simulación de vuestra parte; entonces sí que perderíais vuestro sabor y seríais pisoteados» (PG 57, 231).

Pero no temas, mi pequeño y querido rebaño, como nos dijo Jesús, porque él mismo, con su Espíritu, nos acompañará.

RECIBÍAN EL ESPÍRITU SANTO

¿Cómo sabremos si tenemos el buen Espíritu? El Espíritu está sobre mí porque doy la buena noticia a los pobres, libertad a los cautivos, vista a los ciegos,

libertad a los oprimidos, anuncio el año de gracia del Señor... Luego tengo el Espíritu del Señor. Al contrario, no anuncio, no curo, no libero. ¿Dónde está el Espíritu que se me ha dado?

San Pablo nos recuerda que las obras del Espíritu son amor, alegría, paz, tolerancia, agrado, generosidad, lealtad, sencillez, dominio de sí. Y las obras de la carne, lujuria, inmoralidad, libertinaje, idolatría, magia, enemistad, discordia, rivalidad, arrebatos de ira, egoísmos, partidismos, sectarismos, envidias, borracheras, orgías (Gál 5,19-22). No descuides nunca la gracia que hay en ti y que recibiste por la imposición de las manos, se le recuerda al discípulo (1 Tim 4,14).

Tener la gracia y el Espíritu es ver a Dios en todas las cosas, acoger la palabra de Dios, sentirse discípulo de Cristo, conciencia de ser enviado, hacer presente a Jesús, anunciar la llegada del Reino, comprender con amor y acoger a los pecadores, sentirse necesitado de conversión, vivir la alegría de la diaconía y el ministerio, hacer fecundo el sufrimiento, aceptar el ser signo de contradicción, encadenarse al evangelio para poder hablar de libertad, reconciliar, defender la esperanza, animar a la santidad...

Olvido de la gracia y del Espíritu es guiarse por consideraciones meramente humanas, anunciarse a sí mismo como salvador, estar convencido de la autosuficiencia, vivir en la angustia y el desasosiego interior, imposición, desamor, incompreensión, no sentirse necesitado de conversión, fariseísmo, protagonismo, negarse a servir o hacerlo con tristeza, desanimar, evasión, desencarnación, intolerancia, denunciar sin anunciar ni construir, desunir, cizañar, despreciar la santidad...

Si el sacerdote no está lleno del Espíritu Santo, tendrá otro espíritu, otros intereses, otros motivos para su vida que no serán los que recibió el día de la ordenación sacerdotal.

Con el pensamiento de san Juan Bautista de la Salle diremos que se puede enseñar a los demás a leer, pero si no les enseñamos a querer continuarán siendo unos ignorantes. Podemos encender una lámpara, pero si en ella no ponemos vida, la vida nueva de Cristo nunca iluminará plenamente el camino de los hombres. Podemos decir una palabra de aliento, pero si no es la palabra de Dios no convierte ni ama. Podemos dar pan, pero si no se convierte en eucaristía, muy pronto vuelve a endurecerse y no alimenta. Podemos llenar el templo, pero si no realizamos una verdadera acción misionera no cumpliríamos el encargo que se nos ha dado de llegar a todos y hablarles de Dios.

EN TUS MANOS, MI ESPÍRITU

Al final de su vida, las últimas palabras en la cruz son como una ofrenda y devolución al Padre de lo más esencial de la vida: a tus manos entrego el Espíritu. Y Dios Padre recoge ese Espíritu de Cristo y se lo regala a los que habían sido rescatados con la sangre de su Hijo.

La hora de Jesús, el momento supremo establecido por el Padre para la salvación del mundo y que representa asimismo el momento de su glorificación, es la de su muerte-resurrección. En aquella hora, según el evangelio de san Juan, Jesús, muriendo, transmitió el Espíritu (Jn 19,30), expresión que históricamente significa devolver al Padre, mediante la muerte, aquel soplo vital que de él había recibido, pero que teológicamente indica también el don del Espíritu a los creyentes. En el cuarto evangelio, el último soplo vital de Jesús no quiere significar simplemente la muerte biológica, sino el Soplo del Espíritu que da la vida, anima la creación y a todo ser viviente, también a la Iglesia representada por María y el discípulo predilecto (Comité para el Jubileo del año 2000, *El Espíritu del Señor* 65).

Se lo habíamos oído decir: conviene que yo me vaya; porque, si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré (Jn 16,7). Cristo ha cumplido su promesa. El Espíritu como regalo del Padre ha llegado a nosotros. De una manera especialmente generosa a quienes hemos recibido el sacramento del orden.

«Al camino han de salir los más necesitados e, igual que a los profetas, nos dirán: dame parte del Espíritu que has recibido. Porque si eres cristiano como ellos, también eres sacerdote para servirlos a todos. En tus manos pongo mi Espíritu, el que Cristo me ha dado a mí. Recuerda lo que se te preguntó y ten presente lo que respondiste. (...) Tus palabras están conservadas en el libro de los vivos. (...) Considera qué es lo que se te ha dado, úsalo adecuadamente y reconoce su valor» (San Ambrosio, *Sobre los ministerios* 17). Con la gracia de Dios nos mantendremos en la alianza (1 Mac 2,20). Y llevaremos en la palabra, en los sacramentos, en la caridad y en la misión evangelizadora la luz y la fuerza del Espíritu que hemos recibido.

«El Espíritu Santo os lo enseñará todo» (Jn 14,26). Nuestro tiempo aparece desorientado y confundido; incluso a veces parece que ya no reconoce el límite entre el bien y el mal; aparentemente Dios ha sido rechazado, porque se desconoce o se conoce mal. En esta situación es importante ir con la mente al Cenáculo para revivir el misterio de Pentecostés (Hch 2,1-11) y dejarse amaestrar por el Espíritu de Dios, aprendiendo de él con docilidad y humildad esa sabiduría del corazón que sostiene y alimenta nuestra vida.

Creer es aceptar ver las cosas como las ve Dios. Participar de la visión que Dios tiene del mundo y del hombre, según la palabra del salmo: en tu luz veremos la luz. Esta luz de la fe en nosotros es un rayo de la luz del Espíritu Santo. En la secuencia de Pentecostés oramos así: entra hasta el fondo del alma, divina luz, y enriquecéenos...

Después de la resurrección, la presencia del Maestro hace arder el corazón de los discípulos: ¿no estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros? (Lc 24,32), dicen los peregrinos por el camino de Emaús. Su palabra los ilumina: nunca habían dicho con tanta fuerza y convicción: Señor mío y Dios mío (Jn 20,28). Les cura de la duda, de la tristeza, de la falta de ánimo, del miedo, del pecado; una nueva fraternidad les ha sido dada, una comunión sorprendente con el Señor y con los hermanos sustituye al aislamiento y a la soledad: ve donde mis hermanos (Jn 20,17) (Juan Pablo II, *Mensaje para la XIII Jornada Mundial de la Juventud*, 1998).

TU LUZ NOS HACE VER LA LUZ

Pastor en la comunidad eclesial, como Cristo. Él es nuestro Pastor. No tememos los tiempos de «cañadas oscuras». «Aunque pase por un valle tenebroso, ningún mal temeré: porque tú estás conmigo; tu vara y tu cayado me dan seguridad» (Salmo 23,4).

Son muchas las preocupaciones que llegan al sacerdote: envejecimiento, escasez de vocaciones, poca consideración y hasta desconfianza del ministerio, crisis religiosa, no pocos interrogantes sobre el sentido de su identidad y de su futuro, la mediocridad en la vida espiritual, el aburguesamiento progresivo y la mentalidad consumista, la complejidad de la acción pastoral, la tentación del eficientismo y del activismo... Todo ello con «el riesgo de ofuscar la originalidad evangélica y de debilitar las motivaciones espirituales. Cuando los proyectos personales prevalecen sobre los comunitarios, pueden menoscabar profundamente la comunión de la fraternidad» (Congregación para la Vida Consagrada, *Caminar desde Cristo* 12).

No son pocos, pues, los interrogantes que se le presentan al sacerdote. Y se le exige que dé una respuesta a todos ellos. ¿Cómo responderá el sacerdote? ¿Por qué das oro o plata cuando te piden a Cristo? ¿Por qué ofreces nada más que remedios humanos cuando lo que necesitan es la palabra de Dios? Lo que tengo te lo doy, dijo Pedro: en nombre de Jesucristo, el Nazareno, levántate (Hch 3,6).

Lo suyo es la identificación con Cristo. Y en la luz de Cristo es como se puede ver la luz que se necesita. La única respuesta del sacerdote no puede ser otra que el mismo Cristo.

Pecado grande sería, pues casi sabor tiene de apostasía interior considerar la gracia recibida en el sacerdocio como una carga insoportable de la que hay que desprenderse. Más bien habría que sentirse rebotante de gozo, pues en nuestra debilidad resplandece aún más la misericordia de Cristo, «fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la locura divina es más sabia que los hombres, y la debilidad divina más fuerte que los hombres» (1 Cor 1,24-25).

Recordad a san Pablo: «De él os viene que estéis en Cristo Jesús, al cual hizo Dios para nosotros sabiduría de origen divino, justicia, santificación y redención» (1 Cor 1,30). Si hay que presentarse ante el mundo, que no sea con «el prestigio de la palabra o de la sabiduría a anunciaros el misterio de Dios, pues no quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y este crucificado. Y me presenté ante vosotros débil, tímido y tembloroso. Y mi palabra y mi predicación no tuvieron nada de los persuasivos discursos de la sabiduría, sino que fueron una demostración del Espíritu y del poder, para que vuestra fe se fundase no en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios» (1 Cor 2,1-5). Así nos lo ha dicho san Pablo.

En fin, que el sacerdote tendrá que decir continuamente, y con profunda y sentida modestia: «Me he hecho débil con los débiles para ganar a los débiles. Me he hecho todo a todos para salvar a toda costa a algunos. Y todo esto lo hago por el evangelio, para ser partícipe del mismo» (1Cor 9,23).

LAS OBRAS DEL ESPÍRITU

Ni de carne ni de sangre hemos nacido, sino del Espíritu de Dios. ¿Quién te ha constituido sacerdote? ¿Quién te ha llamado y cuáles han sido tus méritos para ser elegido? El que nos amó nos ha hecho sacerdotes de Dios. Y por eso, y ahora, podemos decir: el Espíritu del Señor está conmigo y me ha llamado y elegido para anunciar el año de gracia, la buena noticia, la liberación y la paz que llega como don precioso a una vida justa.

El Espíritu del Señor está sobre mí, dice Jesús en la sinagoga de Nazaret. También nosotros, antes de renovar las promesas sacerdotales, tomamos el libro de la palabra de Dios, que es también libro para el discernimiento, y nos preguntamos: ¿en verdad está sobre mí el Espíritu del Señor? Nos llegó la gracia por el bautismo en la confirmación, en la penitencia y la eucaristía, por la imposición de manos en el día de la ordenación sacerdotal. Pero sería un espíritu muerto el que habría en nosotros si no aparecieran los frutos del buen Espíritu. Si das la buena noticia a los pobres y libertad a los cautivos, si llevas luz a los ciegos y libertad a los oprimidos, si anuncias años de gracia... El Espíritu está cerca de ti. Pero, ¿dónde está el Espíritu si no curas, ni liberas, ni eres anuncio de buena noticia?

EL BUEN ESPÍRITU

Tiene buen Espíritu el que busca sinceramente a Dios y acoge su palabra, el que se hace discípulo de Dios, habla de Dios, anuncia a Dios, depende de Dios. Es hacer presente a Jesucristo y anunciar la llegada de su Reino. Es contemplar la verdad y convertirse sinceramente a ella. Es ir desapareciendo para que sea Cristo el que se abra camino entre los hombres. Es pobreza y alegría. Fortaleza para corregir y animar. Sufrir por el pecado y fecundar la penitencia con el dolor libremente asumido. Es admitir, en serenidad, ser signo de contradicción. Es vivir con realismo los problemas de los hombres de hoy y comprometerse con ellos en la búsqueda de soluciones dignas. Es capacidad de escuchar y discernir. Es arrancar para sembrar, destruir para edificar, anunciar y denunciar. Es encadenarse al evangelio para poder hablar con libertad. Es comunión y servicio fraterno. Es anuncio de esperanza, de resurrección con Cristo.

Mal espíritu sería verse nada más que a sí mismo, olvidando a los que se tiene al lado o a los que están lejos; discernir únicamente desde unos criterios humanos; anunciar un reino que no es el de Dios; refugiarse en una contemplación evasiva que desprestigia la oración; vivir en el desasosiego y el desamor; vestir de publicano y ser fariseo; urgir conversiones que a Dios no conducen; llevar el ministerio de servir con amarga tristeza; desanimar; herir sin curar; imponer y no ayudar a llevar la carga; intolerante y pretencioso monopolio de la verdad; manipular el evangelio en propio provecho o en humillación de los no queridos; cizañar y desunir; olvidarse de Dios pensando que así se acerca más a Jesucristo...

PROFETA DEL ESPÍRITU

Pero el Señor me ha enviado. Me conoce. Y me quiere. Por eso me ha ungido. Y me envía como profeta. Como buen profeta que está siempre dispuesto a dar razón de la esperanza que hay en él. Como hombre de Dios y a quien Dios le ha confiado una misión salvadora en su pueblo. Como fiel creyente que busca a Dios en la oración y le adora y contempla. Como profeta que camina en pobreza y con la libertad de los hijos de Dios. Su anuncio no es de fatalidad, sino de la buena noticia y del año del Señor. El fruto de su semilla no es la duda y el desencanto, sino el convencimiento de que la verdadera seguridad está en Dios. Sacerdote, en fin, que trabaja incansablemente por la llegada del reinado de Dios y que realiza su buen trabajo con los admirables instrumentos que Dios ha puesto en sus manos: la justicia, el amor, la misericordia, la oración, los sacramentos, la caridad fraterna, la esperanza en el Señor resucitado.

Cristo me ha llamado para dar la buena noticia a los hombres. Para predicar un nuevo éxodo que, saliendo de cualquier opresión, llegue a la tierra prometida de la justicia y en la que la misericordia impida que nada pueda transformarse en resentimiento y mal deseo. Pero la Iglesia se traicionaría a sí misma si no denunciara las opresiones y, por otra parte, si no manifestara un amor preferencial por los pobres, que no ha de ser ni discriminatorio ni sectario, sino realizado eficazmente desde la perspectiva de las bienaventuranzas y el ejemplo de Cristo. No se puede reducir la redención a efectos temporales, pero tampoco es posible promover la «civilización del amor» sin remover situaciones de injusticia y de miseria. Queremos, sí, con la Iglesia, escuchar el clamor por la justicia apoyándonos en la verdad y la dignidad del hombre y buscar su total

liberación en Cristo.

Nos ha hecho sacerdotes de Dios. Hacemos de su palabra anuncio de salvación para un hombre nuevo. Obedecemos su mandado tomando el pan en nuestras pobres manos y consagrándolo en el Cuerpo de nuestro Dios y Señor. Reunimos a los llamados y con ellos celebramos la mesa del Señor. Y queremos que haya un solo corazón, una sola vida: la de Cristo. En oración esperamos el retorno del que es misericordioso y será juez de misericordia. Y, mientras tanto, vamos recorriendo el mundo anunciando el año de gracia, la liberación de los oprimidos y la buena noticia de salvación para todos.

La gracia y la misericordia de Dios han llegado a nosotros. Bendigamos al Señor, que nos ha llamado, y cantemos sin cesar su misericordia. Lo haremos, sí, con los labios, pero sobre todo con el testimonio de nuestra vida sacerdotal, escondida en Cristo, pero visible ante los hombres con la fuerza del testimonio comprometido del discípulo fiel. Amaste la justicia, por eso te ungió Dios con óleo perfumado, canta la Escritura (Sal 45).

HOMBRE DE ORACIÓN

Orar en todo tiempo y no desfallecer. La oración es en cierta manera la primera y última condición de la conversión, del progreso espiritual y de la santidad. Tal vez en los últimos años –por lo menos en determinados ambientes– se ha discutido demasiado sobre el sacerdocio, sobre la identidad del sacerdote, sobre el valor de su presencia en el mundo contemporáneo, etc., y, por el contrario, se haorado demasiado poco. No ha habido bastante valor para realizar el mismo sacerdocio a través de la oración, para hacer eficaz su auténtico dinamismo evangélico, para confirmar la identidad sacerdotal. Es la oración la que señala el estilo esencial del sacerdocio; sin ella, el estilo se desfigura. La oración nos ayuda a encontrar siempre la luz que nos ha conducido desde el comienzo de nuestra vocación sacerdotal, y que sin cesar nos dirige, aunque alguna vez da la impresión de perderse en la oscuridad. La oración nos permite convertirnos cotidianamente, permanecer en el estado de constante tensión hacia Dios, que es indispensable si queremos conducir a los demás a él. La oración nos ayuda a creer, a esperar y amar, incluso cuando nos lo dificulta nuestra debilidad humana.

La oración nos consiente, además, descubrir continuamente las dimensiones de aquel Reino por cuya venida rezamos cada día repitiendo las palabras que Cristo nos ha enseñado. En este caso advertimos cuál es nuestro lugar en la realización de esta petición: venga tu Reino, y vemos cómo somos necesarios para que ella se realice. Y tal vez, cuando rezamos, percibiremos con más facilidad aquellos campos que ya están blanquecinos para la siega, y comprenderemos el significado que tienen las palabras que Cristo pronunció a la vista de los mismos: rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies (Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 1979).

El sacerdocio es una participación especial en el sacerdocio de Cristo. No existe sin él y fuera de él. Sin mí no podéis hacer nada, vigilad y orad, dijo Jesús. La oración había de ser para los apóstoles el modo concreto y eficaz de participar

en la hora de Jesús. Sin la oración se puede sucumbir al escándalo de la cruz. Es que la oración pertenece a nuestra existencia sacerdotal.

Somos testigos de la oración del mismo Jesús, que precede inmediatamente al cumplimiento supremo de su sacerdocio por medio del sacrificio de sí mismo en la cruz. Participes del sacerdocio de Cristo, que está unido indisolublemente a su sacrificio, también nosotros debemos poner la piedra angular de la oración como base de nuestra existencia sacerdotal. Nos permitirá sintonizar nuestra existencia con el servicio sacerdotal, conservando intacta la identidad y la autenticidad de esta vocación, que se ha convertido en nuestra herencia especial en la Iglesia, como comunidad del pueblo de Dios. La oración da al sacerdote una especial sensibilidad para acercarse a sus hermanos más necesitados (Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 1987).

EL ESPÍRITU VIENE EN AYUDA NUESTRA

Cuando el Jueves Santo, instituyendo la eucaristía y el sacerdocio, dejabas a aquellos que habías amado hasta el fin, les prometiste el nuevo Abogado. Haz que este Abogado –el Espíritu de verdad– esté en nosotros con sus santos dones. Que estén en nosotros la sabiduría e inteligencia, la ciencia y el consejo, la fortaleza, la piedad y el santo temor de Dios, para que sepamos discernir siempre lo que procede de Ti, y distinguir lo que procede del espíritu del mundo o, incluso, del príncipe de este mundo (Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 1982).

Podemos entristecer al Espíritu con el secularismo, con querer conformarnos a este siglo, con la falta de caridad, con todo aquello que lleva en sí tristeza interior y estorbos para el alma, con lo que nos separa de los otros, con lo que hace de nosotros un terreno preparado para toda tentación, con el deseo de esconder el propio sacerdocio ante los hombres y evitar toda señal externa, con la tentación de la huida bajo el pretexto del derecho a la libertad... (*Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 1982). El Espíritu Santo es quien da la vida divina. El sacerdote está al servicio de esta vida y da testimonio de ella con la propia vida sacerdotal.

Nuestra primera credencial es Jesucristo. En él se ha manifestado la mayor bondad. No tenemos ni oro ni plata, pero llevamos la marca de nuestro Señor Jesucristo. Y en la vida y en la muerte se manifestará la grandeza de Cristo (Flp 1,20).

Y como el Señor nos ha concedido también la gracia de tener hermanos, elegirnos la bienaventuranza del celibato por el Reino, para que el amor sea más universal y más generoso. No hemos sido llamados, ciertamente, como justos, sino como pecadores (Mc 2,17), pero él, Cristo, no se avergüenza de llamarnos hermanos (Heb 2,11) y amigos (Jn 15,15). El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza... Y sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman (Rom 8,26-28). Así pues, que lo nuestro, como hijos de Dios, hermanos

redimidos por Cristo y unidos en el Espíritu, no es la tristeza, sino el gozo; no es la desilusión, sino la esperanza; no son las tinieblas, sino el bien.

El reinado de Dios –universal, verdad, santidad, vida, gracia, justicia, amor y paz– ha comenzado. Tendrá su plenitud y coronamiento más allá del último día. Por eso somos conscientes de que nuestras esperanzas –no como admirables e inasequibles utopías ahora, y que se realizarán en un tiempo mejor, sino como convencimientos que ya vivimos en anticipo– son como potencialidades, como una margarita preciosa escondida que se debe pulir; como un tesoro que desenterrar. Pero la joya y la riqueza están al alcance de nuestra mano, con nosotros; igual que el caminante anónimo de Emaús. Pero para verlo hay que abrir bien los ojos y tener dócil el corazón.

¡Aquí estoy, Señor, porque me has llamado! ¡Tú has sido quien ha elegido! Cristo ha tenido sus razones para llamarte. Lo importante no es conocer los motivos que el Señor tuvo para la elección, sino ser fiel a la convocatoria. Antes de que nacieras te había elegido y antes de que nacieras te tenía consagrado (Is 1,4ss). Y tú que creías que habían sido unas circunstancias completamente humanas las que te habían empujado a seguir una vocación. Dios ha salido a tu camino para seducirte y para ir dirigiendo la historia de tu propia vocación y darte la gracia a la medida de Cristo (Ef 4,7).

Del encuentro entre tus manos llenas y la indigencia de quienes te rodean surge, inmediatamente, a poca que sea la sensibilidad de tu alma, el imperativo de repartir, de comunicar lo que has recibido.

DAR CON GOZO LO QUE DE DIOS SE HA RECIBIDO

No basta una aceptación resignada de la carga y del yugo. Hace falta el contento de servir con lealtad. Si no hubiera gozo, la razón llevaría a la desconfianza, pues la angustia nunca fue buen criterio para discernir lo verdadero. Si estamos contentos no ha sido porque el trabajo fuera duro y nuestras fuerzas grandes para llevarlo a cabo, sino porque hemos visto de cerca la bondad de Dios: el Señor ha sido bueno con nosotros, y estamos contentos,

La bondad de Dios se ha manifestado entre nosotros con una gracia de elección. Yo he sido quien os ha elegido, repite el Señor. Quien os ha enviado a bautizar y a perdonar. Quien os ha dejado el mandamiento del amor y ministerio de celebrar la eucaristía.

El segundo mandato, pues, del Espíritu es el del contento. Dios ha sido bueno con nosotros, y estamos felices por ello. Pero los hermanos tienen que ver ese contento, reflejándose en nuestras buenas obras. La tristeza, la amargura, el desencanto, pueden tener sabor de apostasía: no tienen a Dios, y por eso el contento se fue de su vida.

SEGÚN EL MANDAMIENTO DEL SEÑOR

La fraternidad no llega de repente. Es un don. Un don de Dios. Pero no un golpe de magia que cambia súbitamente el calor de las relaciones interpersonales. La fraternidad es un don de Dios que produce el deseo de ser más hermano de los hermanos. Que llena de fortaleza para vencer las barreras de las discrepancias personales, de la incompatibilidad de caracteres, de las ideas opuestas, de los proyectos pastorales diferentes, de los contrastes de mentalidades hechas en tiempos, en edades y sufrimientos distintos...

Y, a pesar de muchos pesares, ahí está tu hermano. Con las mismas manos ungidas y con los mismos hombres a quienes salvar. Con el mismo Espíritu que se metió en su alma, y con igual trabajo para llevar la cruz. En esto conocerá el mundo que sois mis discípulos: por el amor y la unión que haya entre vosotros. En esto conocemos que Dios está cerca, en que somos capaces de amar a nuestros

hermanos.

El anticlericalismo, que hiere o desprecia, es muy genérico, y como nos alcanza a todos, nos hace menos daño. El afecto al sacerdote, en cambio, se personaliza más. Y produce contento. Junto al sacerdote siempre hay unas personas, frecuentemente más de las que uno piensa, que quieren a su sacerdote, que se sienten orgullosos de su bondad. Hasta que presumen de las buenas cualidades de su párroco.

Es verdad que el afecto y la gratitud de los fieles al sacerdote casi solo se manifiesta en momentos importantes o extraordinarios. Pero que no se exprese no indica que no exista. Puedes hacer una lista recorriendo los nombres de las personas que componen tu parroquia, tu comunidad cristiana. Si no encuentras a nadie que te quiera, piensa que tal vez pueda ser porque tú no quieres a ninguno, solo a ti mismo.

Eres signo de contradicción, ciertamente, y por eso no pueden faltar los que te sigan y aprecien. Si no, serías simplemente un impedimento para la verdad.

LA SATISFACCIÓN Y EL GOZO

No podemos por menos que gritar de alegría, sabiendo que Cristo es la roca de nuestra salvación. Él llega para decirnos: entra en el gozo de tu Señor, pues construir sobre roca significa construir sobre Cristo y con Cristo. Esta y no otra es la causa de nuestra alegría y de nuestra esperanza.

Siguiendo el magisterio de Benedicto XVI, especialmente el de la homilía en la misa crismal del pasado año, vamos a acercarnos a las razones de los gozos y las esperanzas del sacerdote. Felicidad y contento que tienen muy sólidos y asentados fundamentos:

– Cristo ha puesto sus manos sobre el sacerdote. Ante la promesa del sacerdote de estar dispuesto a seguir incondicionalmente a Cristo, el obispo toma las manos del presbítero y las unge con el óleo santo. Es que necesitamos, queridos sacerdotes, tener las manos limpias y unguadas, porque solamente así podremos tomar las redes de la Palabra de Dios y dejarlas llegar al mar de este mundo para que los hombres crean; tendremos que poner sobre nuestros hombros a la oveja débil y servirla con la caridad de Cristo; tomaremos el pan de eucaristía y lo ofreceremos a Dios por los vivos y por los difuntos; dejaremos caer palabras y bálsamos de misericordia sobre los pecados y las heridas de la humanidad, sobre todo en las de los más dolientes y excluidos.

De este modo, nuestras manos serán signo de credibilidad, los hombres verán nuestras obras y creerán en Dios. Cristo nos ha llenado las manos de su gracia para que podamos dar y servir a los demás.

– Las manos de Cristo han tomado posesión de nuestra vida. Así podremos ejercer el ministerio sacerdotal en la Iglesia. Jesucristo quiere ejercer su sacerdocio por medio de nosotros. Con el gesto de la imposición de las manos, Jesucristo tomó posesión de nosotros diciéndonos: tú me perteneces. «Tú estás bajo la protección de mis manos. Tú estás bajo la protección de mi corazón. Tú quedas custodiado en el hueco de mis manos y precisamente así te encuentras dentro de la inmensidad de mi amor. Permanece en el hueco de mis manos y dame las tuyas» (Benedicto XVI, *Misa crismal*, 13 de abril de 2006).

«El ministro ordenado –nos dice Benedicto XVI– actúa también en nombre de toda la Iglesia y sobre todo cuando ofrece el sacrificio eucarístico (...) Todo intento de ponerse a sí mismos como protagonistas de la acción litúrgica contradice la identidad sacerdotal (*Sacramentum caritatis* 23).

– Sentirse discípulo y amigo de Cristo. Ya no os llamo siervos, sino amigos. Esto es lo más grande que ha podido ocurrir en nuestra vida sacerdotal: llegar a ser amigo de Jesucristo. Aunque ello exigirá, por nuestra parte, comunión de pensamiento y de voluntad, escucharle y vivir a su lado, tomar la cruz y caminar siguiendo fielmente sus pasos.

El sacerdote ya puede decir con san Pablo: no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí (Gál 2,20). Vivir de esta manera significa proclamar que la vida sacerdotal es memoria y actualidad del existir y el actuar de Cristo, estar en comunión íntima con él, hacer de Jesús el centro de la vida y la fuente de donde procede el motivo de todo nuestro trabajo y ministerio.

Dios manifiesta su gozo a los humildes. Por Cristo recibirán el Espíritu. La tristeza se cambiará en alegría. El sacerdote acoge con gozo esta tarea de ser signo y ministro de la reconciliación, sabiendo que también para él mismo será una constante llamada a la conversión personal a la fidelidad y a un encendido amor al Señor.

Hemos de vivir, por tanto, en el convencimiento de que

nuestro ministerio no puede ser producto de nuestra capacidad personal (...). No hemos sido enviados a anunciarnos a nosotros mismos o nuestras opiniones personales, sino el misterio de Cristo (...). Nuestra misión no consiste en decir muchas palabras, sino en hacernos eco y ser portavoces de una sola Palabra, que es el Verbo de Dios hecho carne por nuestra salvación (...). Al

tener su raíz en Cristo, el sacerdocio es, por su misma naturaleza, en la Iglesia y para la Iglesia. En efecto, la fe cristiana no es algo puramente espiritual e interior, y nuestra relación con Cristo no es solo subjetiva y privada. Al contrario, es una relación totalmente concreta y eclesial. A su vez, el sacerdocio ministerial tiene una relación constitutiva con el cuerpo de Cristo, en su doble e inseparable dimensión de eucaristía e Iglesia, de cuerpo eucarístico y cuerpo eclesial. Por eso, nuestro ministerio es *amoris officium*, es el oficio del buen pastor, que da su vida por las ovejas (Benedicto XVI, *A los presbíteros y diáconos de Roma*, 13 de mayo de 2005).

– Llevar la cruz de Cristo. Nuestra alegría está condicionada a la medida en que se participa de los sufrimientos de Cristo (1 Pe 4,13). Aceptar el gozo de verse despojado, perseguido, de sufrir por los fieles y por la Iglesia.

Pero, ante tan santo deseo de seguir fielmente a Cristo llevando su misma cruz, surgen algunas amenazas, como pueden ser la sensación de impotencia, la desesperanza ante la indiferencia religiosa, el laicismo que cierra las puertas a cualquier trascendencia... Pero la verdadera amenaza para el sacerdote es querer vivir como si Dios no existiera.

El sacerdote –dice Benedicto XVI– puede ser la oveja perdida de la alegoría del buen pastor. Es la oveja descarriada en el desierto que ya no puede encontrar la senda (...). Hay muchas formas de desierto: el desierto de la pobreza, el desierto del hambre y de la sed, el desierto del abandono, de la soledad, del amor quebrantado. Existe también el desierto de la oscuridad de Dios, del vacío de las almas que ya no tienen conciencia de la dignidad y del rumbo del hombre. Los desiertos exteriores se multiplican en el mundo, porque se han extendido los desiertos interiores (...). Cristo nos lleva a todos nosotros. Pero, al mismo tiempo, nos invita a llevarnos unos a otros (*Homilía en el inicio del pontificado*, 24 de abril de 2005).

– Unido al misterio pascual. Como «habéis muerto, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios» (Col 3,3), la vida del sacerdote está especialmente unida al misterio pascual. Este es el día del Señor. El gozo de Dios es nuestra fuerza (Neh 8,10).

El encuentro pascual con el sacerdote se realiza, de una forma particular, en la misa diaria, celebrada siempre con una profunda participación interior. Si la celebramos como verdaderos hombres de oración, si unimos nuestras palabras y nuestras acciones a la Palabra que nos precede y al rito de la celebración eucarística, si en la comunión de verdad nos dejamos abrazar por él y lo acogemos, entonces estamos con Él (Benedicto XVI, *Santa Ana*, 11 de septiembre de 2006).

Entre nuestras prioridades pastorales no olvides que el tiempo para estar en presencia de Dios en la oración es la primera. «No es algo añadido al trabajo pastoral; estar en presencia del Señor es una prioridad pastoral: en definitiva, la más importante» (Benedicto XVI, *A los presbíteros y diáconos de Roma*, 13 de mayo de 2005).

Como dice Benedicto XVI, «la experiencia confirma que cuando los sacerdotes, debido a sus múltiples deberes, dedican cada vez menos tiempo para estar con el Señor, a pesar de su actividad, tal vez heroica, acaban por perder la fuerza interior que los sostiene. Su actividad se convierte en un activismo vacío» (*Santa Ana*, 11 de septiembre de 2006).

PORTADOR DE ESPERANZA

Quien ha recibido misericordia, testigo ha de ser del Misericordioso y hacerse señal de esperanza para el mundo. Ante misión tan importante, el sacerdote quiere ser sinceramente consciente de sus limitaciones: soy un muchacho, no sé hablar (Jr 1,6). Le invade una sensación de inseguridad. No se considera preparado para superar las dudas, para moverse entre opiniones diferentes. Padece el síndrome de un cansancio motivado por tener que realizar un trabajo del que no aprecia unos resultados eficaces: toda la noche trabajando y nada hemos conseguido (Lc 5,5). Le duelen las promesas incumplidas, igual que los discípulos de Emaús pensaban en el fracaso de la resurrección, y el Resucitado estaba a su lado. En fin, falta de confianza en la acción del Espíritu: el Espíritu del Señor ya no está sobre mí...

La esperanza es siempre una llamada a la fidelidad y a saber permanecer perseverante en los más hondos convencimientos, más allá de los vientos contrarios que zarandean las mismas existencias. Ahora que nos aburre por demás el reiterado discurso de los malos tiempos, de las inclemencias que debemos padecer, de la intemperie e indefensión en la que nos encontramos ante el acoso de leyes, políticas y ambientes nada proclives a la vida auténticamente cristiana, el sacerdote tiene que ser ese imprescindible portador de la esperanza que tanto se necesita.

Sin querer restarle nada de la importancia y gravedad que pueda tener el momento, es preciso no solo que no perdamos la compostura, que es el estilo evangélico de pensar y de vivir, sino que sepamos mantenernos en dignidad. Como dice san Pedro: dispuestos a dar razón de lo que somos, pero con bondad y respeto. Y con una conciencia recta. Y si hay que padecer algo por hacer el bien... (cf. 1 Pe 3,15-17).

No se trata de sobrevivir en una sociedad secularizada, sino de ofrecer lo que se tiene y valora como buena noticia para la salvación del hombre. Nuevas situaciones reclaman respuestas nuevas. Presentar el evangelio de forma

personal, comprensible y entusiasmante. Como algo vivo que lo llena todo. Que es punto de referencia para todo. Es la memoria evangélica que se aduce como respuesta permanente. No es evangelismo de palabras en los labios y lejanía en el corazón, sino consecuencia: hablo porque creo (cf. 2 Cor 4,13). Sería inadmisibles la utilización del evangelio como arma presuntuosa que se usara únicamente para dejar en evidencia el comportamiento ajeno. Al contrario: es oferta de salvación, de esperanza, de gozo en la posibilidad de alcanzar los más nobles deseos.

El bien siempre tiene futuro. Y tendríamos que añadir: con tal de que se sepa construir acertadamente el presente. Que la evangelización sea una tarea ardua, muchas veces imperceptible y vulnerable, y con una desproporción, al menos aparente, entre medios y resultados, hay pocos que puedan dudarlo. Solo el valor de la persona justifica el esfuerzo.

También el evangelizador ha de ser consciente de que trabaja para una sociedad cambiante, que evoluciona, que progresa. ¿Hasta cuándo durará esta situación de cambio? Indefinidamente. El hombre y el dinamismo de la sociedad en la que vive no pueden detenerse. Perderían lo mejor que poseen: capacidad de ser mañana más felices, mejores, más justos...

Y caminar con el hombre, ayudándole a redimirse de los señuelos de falsas esperanzas. El esfuerzo personal y colectivo, la solidaridad, el trabajo por el bien común, la consciente y seria formación humana y profesional, la consolidación de la familia y de las instituciones fundamentales para la convivencia y el desarrollo, la lealtad a unos valores bien asumidos, el empeño por la justicia, la coherencia entre la fe y la conducta, son buenos avales para que la esperanza tenga garantía de autenticidad.

Dios ha sido grande con nosotros, decimos con el salmo. Y si la tentación de la nostalgia pudiere llegar en algún momento, tengamos bien cerca el libro de la Escritura y recordemos las palabras que, al hombre de fe, dice tan buena sabiduría: «Tu pasado parecerá insignificante al lado de tu espléndido futuro» (Job 8,7).

GOZARÉ HACIENDO EL BIEN

El sacerdote preside y sirve a sus hermanos. Pero también ha de ser levadura y fermento que estimule y fortalezca la vida cristiana de la comunidad. Entre las obras de caridad, una que nunca puede descuidar es la de animar al gozo de sentir el amor de Dios y la alegría de la esperanza. Sobre todo en unos momentos

proclives al desaliento y al cansancio ante el poco fruto que aparentemente produce la acción pastoral. El sacerdote tendrá que recordar con frecuencia las palabras del salmo: Dios ha hecho todas las cosas con sabiduría (Sal 104,24). Y él sabe que cada una cumple con su función a su tiempo (Eclo 39,16). Nuestros días también son tiempo de Dios.

Esa seguridad en Dios es la que lleva al sacerdote a buscar a su hermano y servirle en unos momentos en los que tanto aliento espiritual necesita. El corazón tiene que dar un vuelco y conmoverse las entrañas, según palabras del profeta Oseas (Os 11,8), al contemplar tanto vacío de Dios y, al mismo tiempo, no pocas ganas de acercarse al Señor. El fuego de la caridad sacerdotal, la obligación de evangelizar, ha de llevarle al ejercicio de ese oficio tan sacerdotal de reconciliador entre Dios y el hombre

¡Tu gracia vale más que la vida! (Sal 62,2). Y sin esa presencia de Dios, la misma existencia carece de sentido y horizonte. Como lo ha dicho Benedicto XVI: solo el anuncio radical de Cristo puede responder a los grandes problemas de la humanidad (*A los sacerdotes*, Aosta, 25 de julio de 2005).

Si nuestro Señor es un Dios compasivo y misericordioso, oirá los gemidos de su pueblo y enviará profetas y evangelizadores que hagan conocer la bondad y providencia del Señor. Por tanto, el sacerdote debe vivir en el convencimiento de que Dios le necesita y por eso le ha buscado y dado la gracia del ministerio sacramental.

Que las dificultades son muchas, que se busca otra luz que no es precisamente la de la palabra de Dios, que la doctrina de la Iglesia provoca rechazo o indiferencia, ciertamente. Pero, en Cafarnaún, Cristo anuncia el gran misterio de su amor: el pan vivo bajado del cielo. Unos y otros le abandonaron. Cristo siguió predicando el evangelio: el que coma de este pan vivirá para siempre (Jn 6,50).

Gozaos, pues, en el Señor, porque hoy es un día de alegría (2 Re 7,9). Los que estaban en Jerusalén celebraban la fiesta con gran alegría (2 Cr 30,17-27). En este día de la nueva Pascua llegamos hasta el altar de Dios, al Dios de nuestra alegría (Sal 43,4).

Nuestra alegría y nuestro gozo no tiene otra motivación y otra razón de ser que aquello que cantamos en los salmos: «Dios ha hecho obras grandes por nosotros, y estamos alegres» (Sal 126,3). Pero motivo también de alegría es la *communio sacerdotalis*, esa especial vinculación con Cristo, con los apóstoles, con nuestros hermanos sacerdotes. «Así pues, ya no sois extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo la piedra angular, Cristo mismo, en quien toda

edificación bien trabada se eleva hasta formar un templo santo en el Señor, en quien también vosotros estáis siendo juntamente edificados, hasta ser morada de Dios en el Espíritu» (Ef 2,19-22).

Y gran consuelo y buena alegría es la que recibimos al escuchar, una vez más, las palabras que el mismo Cristo nos dirige: «Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. No os llamo ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer. No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca; de modo que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo conceda» (Jn 15,14-16).

Esta alegría debe acompañarnos cuando estamos sentados con Cristo en la mesa de la Pascua, pero también en el momento del huerto de Getsemaní y en la misma cruz, porque, como dice san Juan Crisóstomo: «Si no estáis dispuestos a tales cosas, en vano habéis sido elegidos. Lo que hay que temer no es el mal que digan contra vosotros, sino la simulación de vuestra parte; entonces sí que perderíais vuestro sabor y seríais pisoteados. Pero, si no cejáis en presentar el mensaje con toda su austeridad, si después oís hablar mal de vosotros, alegraos» (*Hom. in Matth. 5,13*, PG 52).

Que al ver esa vida y ministerio y la alegre esperanza con la que lo desempeñáis, todos reconozcan las palabras de la profecía: estos son los hombres a los que bendijo el Señor (Is 61,9).

FRATERNIDAD SACERDOTAL

Un solo presbiterio y una sola Iglesia, pero con gran variedad de carismas, de ministerios y de funciones. Si uno tiene la fe débil, hacedle buena acogida; el que sea fuerte, que no desprecie al débil; que ninguno viva para sí mismo, sino para el Señor; más que juzgarnos unos a otros, esmerémonos en lo que favorece la fe y conduce a la unidad (Rom 6).

No pretendamos en este mundo la utopía de la uniformidad total, porque aunque la fe es siempre la misma en su punto de partida, la respuesta humana es recibida y asumida por inteligencias muy diversas. Que nuestra unión no se basa en la conveniencia de ser más fuertes y como alcázar de autodefensa ante situaciones difíciles, sino en la confesión de que Jesucristo es el Señor de todos. Una proclamación, individual y comunitaria, del reinado universal de Jesucristo.

Permaneced unidos en la acción de gracias. Pues la continua acción de gracias es señal inequívoca de que en todo reconocemos la presencia de un don de Dios. Y aunque no todos tengamos los mismos dones, sí es necesario que aprendamos a contemplar en todo lo recibido un don de Dios.

Por encima de lo particular que nos separa está la gracia de Cristo y su Espíritu, que nos une. Y más allá de nuestros criterios personales está la palabra de Dios, que es común para todos los creyentes.

Así pues, demos gracias a Dios, que nos ha unido en la confesión de una misma fe y en el servicio a un solo ministerio: el de Cristo. Y mientras hacemos proclamación de nuestro deseo de unidad, recordemos la enseñanza del Maestro sobre el amor y la caridad, pues como bien rezamos: donde reina la caridad y el amor, allí está Dios. El amor de Cristo nos ha congregado y unido. Alegrémonos y regocijémonos en él. Temamos y amemos al Dios vivo, y animémonos con sincero corazón unos a otros. Reunidos, pues, formando un solo cuerpo, guardémonos de dividirnos. Cesen las querellas maliciosas, acaben los litigios y esté en medio de nosotros Cristo, el Señor.

ENTRE DIFICULTADES Y RIESGOS

El sacerdote ha salido de entre los hombres y a ellos se dirige la misión que se le encomienda. Tendrá, pues, que aceptar sus propias flaquezas humanas y ser

comprensivo con los ignorantes y los extraviados. Como ha sido elegido por Dios y puesto a su servicio, ofrecerá sacrificios por los pecados propios y ajenos.

No son pocas las dificultades y riesgos que debe afrontar el sacerdote precisamente por esa condición de flaqueza humana y de estar continuamente buscando ser fiel al Señor, que le ha elegido y que le envía al servicio del pueblo de Dios.

El primer riesgo puede ser el de perder la propia identidad, el no reconocerse a sí mismo en su debilidad y en la gracia que Dios ha puesto en la gracia de la ordenación sacerdotal. Riesgo de la apostasía, pues, al sentir el peso del ministerio, puede caer en la indiferencia y el olvido de su misión. Es entonces cuando la existencia sacerdotal se considera como algo vacío, sin sentido. Parece como si toda ilusión se hubiera desvanecido. No se está dispuesto a poner en marcha actividad alguna para terminar con ese estado. Disminuida la capacidad de actuación. Cansancio antes de haber realizado el esfuerzo. Incapacidad para pasar de la intención a la acción. Falta de proyectos futuros. Relaciones humanas escasas. Falta de incentivos. Postura escéptica ante la vida. Desinterés por uno mismo, por los demás y por lo que ocurre alrededor. Olvida a Dios y la presencia del Espíritu. Lo trascendente no cuenta.

Riesgo no pequeño es el de un sentimiento de indefensión. Es como el bloqueo de la propia vida por falta de comunicación. Llega el aislamiento y la soledad, la frustración. El individualismo se adueña de la persona y se olvida la eclesialidad y la fraternidad. Se vive para uno mismo, olvidando que el sacerdote es deudor del pueblo de Dios.

CARIDAD SACERDOTAL

Las palabras de la primera carta de san Juan sirven, de una manera particular, para la caridad sacerdotal: «Y nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él. Dios es Amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4,16).

No siempre es fácil encontrar la unidad entre la vida interior y las diversas tareas y responsabilidades del ministerio sacerdotal. La caridad es el principio interior y dinámico capaz de unificar las múltiples y diversas actividades del sacerdote, es la garantía de la unidad interior.

Caridad sacerdotal que es verdadera amistad sobrenatural y signo de comunión con Dios y con el prójimo. Alma del ministerio sacerdotal, principio

interior, la virtud que anima y guía la vida espiritual del presbítero. Es la actitud y el comportamiento del sacerdote que quiere seguir muy de cerca la vida y el ejemplo de Jesucristo.

La caridad pastoral se manifiesta en la vida diaria del pastor bueno con todos, que siente compasión por las gentes, que guía, conoce, busca y alimenta con el ministerio de la palabra y de la eucaristía. Es el ejercicio del ministerio como *amoris officium*. La dedicación a los hombres y a la Iglesia. El amor pastoral a los hermanos.

Esa caridad sacerdotal viene de Dios como don gratuito del Espíritu Santo que se ofrece mediante la unción sacramental del orden. Maravilloso talento que se nos ha dado que exige un amor especial a la propia Iglesia y una santificación personal. «Porque el amor de Cristo nos apremia al pensar que, si uno murió por todos, todos por tanto murieron. Y murió por todos, para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Cor 5,14-15).

El sacerdocio requiere una peculiar integridad de vida y de servicio, y precisamente esta integridad conviene profundamente a nuestra identidad sacerdotal. En ella se expresa, al mismo tiempo, la grandeza de nuestra dignidad y la disponibilidad adecuada a la misma: se trata de humilde prontitud para aceptar los dones del Espíritu Santo y para dar generosamente a los demás los frutos del amor y de la paz, para darles la certeza de la fe, de la que derivan la comprensión profunda del sentido de la existencia humana y la capacidad de introducir el orden moral en la vida de los individuos y en los ambientes humanos (Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 1979).

EL PADRE NOS HA LLAMADO Y REUNIDO

Tomado de entre los hombres para formar una íntima fraternidad sacramental y un solo ministerio sacerdotal en favor de los hombres. Tenemos necesidad de sentir esa unidad. El ministerio tiene una forma comunitaria y puede ser solamente ejercido como una tarea colectiva. Un solo rebaño y un solo pastor. «Ya que el sacerdocio nos es dado para servir incesantemente a los demás, como hacía Jesucristo, no se puede renunciar al mismo a causa de las dificultades que encontramos y de los sacrificios que se nos exigen. Igual que los apóstoles, nosotros lo hemos dejado todo y hemos seguido a Cristo», que siempre inspira confianza y a todos acogía. A él se le podían confiar los secretos más íntimos, los deseos más grandes. El sacerdote acoge, escucha y sirve (*Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 1979).

Nuestra vida y nuestro ministerio llegarán a ser, por sí mismos, elocuente catequesis para toda la comunidad que se nos ha encomendado si están arraigados en la Verdad que es Cristo. Entonces, nuestro testimonio no será aislado, sino unánime, dado por personas unidas en la misma fe y que participan del mismo cáliz. A este contagio vital es al que debemos mirar juntos, en comunión efectiva y afectiva, para realizar la nueva evangelización, que es cada vez más urgente (Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 1993).

La fraternidad sacerdotal no aparta al sacerdote del resto de sus hermanos, sino que le ayuda a acercarse más a ellos y ofrecerles la riqueza del don que ha recibido. «Nuestro sacerdocio sacramental, pues, es sacerdocio jerárquico y al mismo tiempo ministerial. Constituye un ministerio particular, es decir, es servicio respecto a la comunidad de los creyentes. Sin embargo, no tiene su origen en esta comunidad, como si fuera ella la que llama o delega. Este es, en efecto, don para la comunidad y procede de Cristo mismo, de la plenitud de su sacerdocio. Tal plenitud encuentra su expresión en el hecho de que Cristo, haciéndonos a todos idóneos para ofrecer el sacrificio espiritual, llama a algunos y los capacita para ser ministros de su mismo sacrificio, la eucaristía, a cuya oblación concurren todos los fieles y en la que se insertan los sacrificios espirituales del pueblo de Dios» (Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 1979).

El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico están ordenados el uno al otro; ambos, en efecto, participan, cada uno a su manera, del único sacerdocio de Cristo. Su diferencia, sin embargo, es esencial y no solo de grado. En efecto, el sacerdocio ministerial, por el poder sagrado de que goza, configura y dirige al pueblo sacerdotal, realiza como representante de Cristo el sacrificio eucarístico y lo ofrece a Dios en nombre de todo el pueblo. Los fieles, en cambio, participan en la celebración de la eucaristía en virtud de su sacerdocio real, y lo ejercen al recibir los sacramentos, en la oración y en la acción de gracias, con el testimonio de una vida santa, con la renuncia y el amor que se traduce en obras.

El sacerdocio ministerial está al servicio del sacerdocio común de los fieles. En efecto, el sacerdote, cuando celebra la eucaristía y administra los sacramentos, hace conscientes a los fieles de su peculiar participación en el sacerdocio de Cristo (Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 1996).

En el ejercicio de este sacerdocio ministerial, la fraternidad se hace universal. A todos ha de llegar, a todos se les ha de servir. Pero el sacerdote necesita, a su vez, aceptar a esa comunidad, grande y variada, en la que cada uno ha recibido distintos dones del Señor.

La formación permanente se vincula al dinamismo del sacramento del orden. Se trata de reavivar el carisma y vivir la novedad permanente del don de Dios. Desde el punto de vista humano hay una exigencia de realización personal progresiva, una necesidad de formación continua. El servicio a los demás exige una constante actualización. La opción fundamental de la vocación sacerdotal

debe renovarse y reafirmarse continuamente. El don del Espíritu no excluye, sino que estimula la libertad para que el sacerdote asuma su formación. Acto de amor al pueblo de Dios, al que se sirve. Acto de justicia al pueblo de Dios, que tiene el derecho de recibir el ministerio del sacerdote.

En la exhortación *Pastores dabo vobis* –particularmente en el capítulo 6– hay una amplia referencia a la formación permanente. Se trata de ayudar al sacerdote a ser y a desempeñar adecuadamente su función y ministerio.

EL CUIDADO DE LA IGLESIA

La Iglesia es en Cristo como un sacramento de la unión íntima con Dios y de la unidad de los hombres, comunidad de fe, esperanza y caridad, va peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios, anunciando la cruz del Señor hasta que venga (*Lumen gentium* 1,8).

Es un trabajo que debemos realizar todos los días: construir la comunidad cristiana. Son piedras vivas con las que contamos para la edificación. Hay, por tanto, un modo particular de tratarlas y unir las. Que no por estar juntas en el mismo lugar ya está hecho el edificio. Será necesario reconciliar y predicar con amor el intento que pretendemos. El arquitecto se hace ministro de reconciliación y servidor de la palabra. La reconciliación como acercamiento y abrazo entre Dios y el hombre. Dios ofrece el perdón, y el hombre el arrepentimiento que como gracia ha recibido. Es buen oficio el de reconciliador, pues mete a Dios en el corazón de los hombres.

Tenían un solo corazón y un solo espíritu. Eran fieles a la enseñanza de los apóstoles y celebraban la eucaristía (Hch 2,46-47). Y aunque era el mismo Espíritu quien llamaba, distintos los hombres que acudían. Pero el Señor, el Espíritu y el evangelio es uno solo. Y nosotros los ministros de ese único Señor, de ese único Espíritu, de ese único evangelio.

Ministros y testigos. Pues no todo el que dice «¡Señor!» entra en el Reino, sino el que pone por obra el designio del Padre (Mt 7,21). El Espíritu de Dios nos envía y manda a convocar, reconciliar y poner en camino de salvación a los elegidos de Dios.

A uno se le han dado palabras acertadas, a otro sabiduría, a otro fe, a otro dones especiales. Todo viene del mismo Espíritu y para edificación de la misma Iglesia. Y cada miembro tiene su lugar en ese cuerpo (1 Cor 12). El tuyo, como sacerdote, es el de ayudar a que esa acción fecunda y multiforme del Espíritu se realice plenamente. Es el trabajo, admirable y difícil, de construir la comunidad cristiana. Edificada sobre los apóstoles, vivificada por el Espíritu, unida en la caridad y celebrando los misterios del Señor.

Tarea difícil la de plantar y regar, pero Dios es quien hace crecer (1 Cor 3,7). Muchas veces el fruto no se ve, ni lo recoge el mismo que lo ha cultivado. Pero lo nuestro es sembrar, predicar, evangelizar. Que en ello mismo ya está parte de la recompensa: la de preparar a Dios la venida de su reinado.

HIJOS Y SERVIDORES DE LA IGLESIA

Estar con la Iglesia no puede consistir simplemente en pertenecer a una peculiar organización. La Iglesia es algo más, mucho más. No es una comunidad meramente humana, la Iglesia está guiada por el Espíritu Santo, aunque necesita de las mediaciones humanas para actuar en la historia (Benedicto XVI, *Regina coeli*, 15 de mayo de 2005), y vive en la seguridad de que el Señor no la abandonará en el momento de la prueba.

En palabras de Benedicto XVI, la Iglesia, ni esta encerrada en sí misma, ni vive para sí misma, ni está envejecida, ni permanece inmóvil (*Pentecostés*, 15 de mayo de 2005). Juan Pablo II nos ha dejado «una Iglesia más valiente, más libre, más joven. Una Iglesia que mira con serenidad al pasado y no tiene miedo del futuro» (*A los cardenales*, 20 de abril de 2005).

Hemos de comprender que la Iglesia no puede estar obsesionada por adaptarse al mundo, claudicando de sus convencimientos más profundos. La Iglesia está en el mundo para evangelizar. Pues la Iglesia, ni se pertenece a sí misma, ni existe para ella misma, sino que es de Cristo y tiene que hablar del evangelio de Cristo.

La Iglesia tiene que presentarse ante la humanidad como es. Con su originalidad evangélica. Sin complejos ni arrogancias. Pero sin olvidar que su obligación es la de hacer presente a Jesucristo en obras y en palabras.

En el momento actual, no son pocos los motivos de preocupación sobre la vida cristiana en nuestra diócesis. Esas dificultades, muy lejos de ser motivo de desilusión y agobio, deben ser acicate para un mayor empeño evangelizador, para la confianza en el Señor, para sentirnos más unidos y para una constante y entusiasmada labor pastoral. Entre otras actividades señalamos las siguientes:

- El mantenimiento de la fe. Muchas personas pretenden vivir como si Dios no existiera. Organizan su vida al margen de la ley de Dios. El resultado es la desorientación, la indiferencia, el no encontrar sentido a una existencia de la que hay que disfrutar sin pensar en más. Solamente la fe en Dios puede hacernos llenar el vacío que deja el pecado en el corazón del hombre.

- La transmisión de la fe. Es uno de los temas más importantes y urgentes. En la familia es donde tradicionalmente se ha recibido la primera y más inolvidable catequesis, donde se ha aprendido a rezar, donde se ha ido formando la conciencia cristiana. Hoy parece que esa cadena de transmisión se ha roto.

Muchos padres ya no comunican la fe a sus hijos. Simplemente porque no la tienen o porque, en el mejor de los casos, delegan este cometido al colegio o a la parroquia. En la transmisión de la fe, los padres, la familia, son siempre insustituibles.

– Una catequesis para todos. Se necesita oír hablar de Dios, de Cristo, del evangelio, de los deberes y de las esperanzas del cristiano. En esto consiste la catequesis: en dejar caer la palabra de Dios sobre la propia vida. Esta pastoral no puede limitarse a una etapa de la existencia, como puede ser la infancia y la juventud, sino que tiene que extenderse a lo largo de la vida, aunque los métodos y las formas sean distintos y adecuados según la situación de cada uno.

– Acción caritativa y social. La caridad siempre ha de figurar en la primera línea de nuestros convencimientos cristianos. Si no tenemos caridad, si no vivimos el amor fraterno, muy poco somos y de nada servimos. Gracias a Dios se puede decir que nuestra diócesis tiene una gran sensibilidad en este tema de la caridad, pero todavía nos queda mucho camino por recorrer.

– Las vocaciones sacerdotales y religiosas. Uno de los temas de mayor preocupación. Aunque, por gracia del Señor, tenemos en nuestro Seminario un numeroso grupo de jóvenes que se preparan para recibir el sacerdocio, todavía es insuficiente para las necesidades ministeriales de la diócesis. Por otra parte, las vocaciones, tanto sacerdotales como para la vida religiosa, son una señal, un síntoma de la vitalidad cristiana de las parroquias, de las comunidades cristianas, que deben pedir insistentemente a Dios esta gracia de las vocaciones, pero también comprometerse en una adecuada y constante pastoral vocacional.

– El diálogo con el mundo. Si vivimos en medio de la realidad de este mundo, allí donde nos encontremos hemos de llevar y ofrecer lo que se nos ha dado como gracia de Dios: nuestra fe cristiana. No se trata de echar discursos a nadie, sino de vivir en coherencia con nuestros convencimientos, y así ofrecérselo a quien nos pida las razones de nuestra esperanza.

En todos estos capítulos tiene una función y un protagonismo especial el sacerdote. Pero no solo de una manera individual, sino como miembro de esa fraternidad, viva y operante en la Iglesia local, que es el presbiterio. Al reafirmar nuestra pertenencia a una diócesis, a una Iglesia particular, no solamente no nos olvidamos de la incólume unidad en la Iglesia universal, sino que reafirmamos la comunión y la solidaridad fraterna con todas las Iglesias que forman el nuevo pueblo de Dios, guiado y servido en la caridad por el Papa.

Es importante que recordemos estas palabras:

Esta dimensión eclesial reviste modalidades, finalidades y significados particulares en la vida espiritual del presbítero, en razón de su relación especial con la Iglesia, basándose siempre en su configuración con Cristo, Cabeza y Pastor, en su ministerio ordenado, en su caridad pastoral. En esta perspectiva es necesario considerar como valor espiritual del presbítero su pertenencia y su dedicación a la Iglesia particular, lo cual no está motivado solamente por razones organizativas y disciplinarias; al contrario, la relación con el obispo en el único presbiterio, la coparticipación en su preocupación eclesial, la dedicación al cuidado evangélico del pueblo de Dios en las condiciones concretas históricas y ambientales de la Iglesia particular, son elementos de los que no se puede prescindir al dibujar la configuración propia del sacerdote y de su vida espiritual (*Pastores dabo vobis* 31).

EN LA UNIDAD DE LA IGLESIA

En el ámbito de la Iglesia universal y local, el Señor ha suscitado la existencia de ámbitos más pequeños y personalizados en los que, unidos los fieles seculares con los sacerdotes y religiosos, puedan alcanzarse mejor los fines pastorales de la Iglesia: espiritualidad, culto, apostolado, caridad.

En nuestros días experimentamos que, junto a la permanencia de grupos de larga tradición, el mismo Señor ha inspirado el nacimiento de otro tipo de ámbitos pastorales, preocupados por responder de manera existencial a las necesidades e interrogantes profundos del mundo de nuestro tiempo. Contamos con abundancia de este tipo de comunidades, no solo por su número, sino por la variedad de sus motivaciones, métodos y objetivos.

La Iglesia vela con solicitud por el desarrollo de la vida de estos grupos, asociaciones o comunidades. Todos ellos en verdad forman parte de la Iglesia en tanto conserven con fidelidad la única confesión de su fe, enseñen el evangelio en comunión con el Magisterio, realicen el culto litúrgico adecuado y se sientan vinculados a los pastores genuinos de la Iglesia. Pero, precisamente por ello, la Iglesia enseña vivamente a todos que nadie ni ningún grupo puede monopolizar para sí lo que a la Iglesia misma corresponde. También estas comunidades, asociaciones y grupos, sean antiguos o modernos, necesitan recibir el magisterio oficial de la Iglesia, el discernimiento de los obispos y la adecuación de sus actuaciones a la disciplina general de la Iglesia.

No solamente desea la Iglesia la vinculación de las pequeñas comunidades y las asociaciones o movimientos de la Iglesia, sino que desea vivamente que, respetadas sus legítimas peculiaridades, vivan insertadas en la parroquia, de manera que esta verdaderamente sea comunidad de comunidades.

No tiene, pues, sentido que ningún grupo se considere desvinculado de la única Iglesia de Jesucristo, bajo pretexto de las deficiencias que algunos atribuyen a la que llaman Iglesia institucional. Toda la Iglesia y todo grupo de

creyentes tienden continuamente a la perfección misma de Cristo, que es Cabeza del cuerpo de la Iglesia. Pero mientras peregrinamos hasta obtener esa perfección, todos somos sujetos de pecado y todos estamos necesitados de penitencia y reconciliación.

Esta reconciliación entre los diversos grupos intraeclesiales ha de concretarse en disponibilidad. Grupos y personas dispuestos a abordar, en plenitud de esfuerzo y de manera concorde, los grandes retos planteados a nuestra Iglesia: evangelización, que nos llama a predicar al único Jesús, el mismo evangelio, la misma Iglesia. Catequesis, que pide la concertación de contenidos y de métodos, de distribución de medios personales y materiales.

Caridad fraterna, que está exigiéndonos urgentemente mayor atención, dedicación y donación a los hermanos que sufren en medio de nosotros. Apostolado, que desde distintos campos hace sentir la necesidad de una revitalización de la dimensión misionera de nuestros movimientos, asociaciones, grupos y comunidades. Infancia, juventud, familia, estudiantes, tercera edad, marginados, alejados de la fe esperan que alguien les parta el pan que el Señor nos ha encomendado. Es un deber para la Iglesia de mañana que nuestros grupos eclesiales sepan salir de sí mismos y unirse en lo necesario, para atender las tareas demandadas por estos campos de apostolado.

En este trabajo para construir la comunidad, respetando carismas y diferencias, el sacerdote tiene que desempeñar una función primordial de unidad. Descubrir vocaciones para los distintos ministerios seculares, acompañarles en su formación y desarrollo, armonizar funciones y cometidos. Todo ha de contribuir a la unidad en el mismo Señor. Las discrepancias, lejos de llamarnos al desánimo, han de ser acicate para buscar más comunicación; tienen que ser estímulo que impulse el conocimiento y la comprensión de los demás. Pero que nunca sea el equipo el que venza, sino la comunión con Cristo; que la solución no llegue simplemente por la mitad más uno, sino por descubrir entre todos la voluntad de Dios.

LAS PALABRAS DAN VIDA

La palabra de Dios es como una espada de doble filo. Hierde a quien la dice y al que la escucha. Y la herida es como el cauterio de santa Teresa, que cuanto más hierde más gusta. Solo tus palabras dan vida, le dice Pedro a Jesús en Cafarnaún. El predicador, el mensajero de la palabra hace revivir a los hombres con la buena

noticia que anuncia. Abre caminos de esperanza, de justicia, de caridad. Une lo distante, endereza lo torcido, resucita lo que se creía muerto.

El sacerdote es el servidor, el que administra a sus hermanos la palabra de Dios, el que anuncia la salvación. ¿Es que la buena noticia, la salvación, se puede anunciar con tristeza, con pesadumbre, con amargura, como si se tuviera pesar y enfado porque Dios es bueno con los hombres? Si esto sucediera, piensa que, más que predicar la ciencia de Dios, estás hablando de tu propia sabiduría o de ti mismo, en lugar de hablar de Dios.

¿Quién eres tú? ¿A qué has venido? Estas eran las preguntas que hacían a Jesús. Y Cristo responde: yo soy el buen pastor, la valla y la puerta, verdad y luz, el pan, la vida, el agua y el camino... ¡Yo soy la resurrección! Así, con estas palabras, se ha definido Cristo. En estos signos, con alegorías y entre parábolas, ha manifestado cuál era su misión, el cometido y el porqué de su presencia en el mundo y entre los hombres. El sacerdote, lleno del misterio de Cristo, vive también entre los hombres y en el mundo para representar a su Señor. Está en la Iglesia con el poder de actuar en la persona de Cristo; admitido a participar en el oficio de mediación y de pastor para edificar, guiar y servir al pueblo de Dios.

En Cristo, y solo en Cristo, con sus funciones de profeta, sacerdote y pastor, encuentra el sacerdote la plena y gozosa justificación de su puesto en la comunidad cristiana. El sacerdote anuncia la paz, desea la paz a todos, comunica la acción del Espíritu por medio de la palabra y de los sacramentos. Pero el sacerdote tendrá que llevar, en la paz y en el sacramento que celebra, las señales de la pasión.

La finalidad de cualquier servicio en la Iglesia, bien sea apostólico, pastoral, sacerdotal o episcopal, es la de mantener este vínculo dinámico del misterio de la redención con todo hombre (*Redemptor hominis* 22). El buen pastor busca y proclama con entusiasmo profético, aceptando el riesgo de un futuro abierto en el que no ha de esperar la equívoca seguridad del privilegio o los apoyos sociológicos, sino la fuerza del evangelio, por la que, conscientemente, ha hecho una opción de vida.

El sacerdote ha tomado resueltamente el camino del reino de Dios, en el que no caben neutralidades sospechosas ni colaboracionismos concordistas. Prefiere el riesgo a la añoranza, la participación a la autocracia. Contra todo fatalismo, apatía o resignación negativa, vive seguro en la confianza de una liberación total en Cristo, porque sabe que la libertad es un don grande solo cuando sabemos usarla responsablemente para todo lo que es el verdadero bien. Cristo nos enseña que el mejor uso de la libertad es la caridad que se realiza en la donación y en el

servicio. Para tal «libertad nos ha liberado Cristo» y nos libera siempre (*Redemptor hominis* 21).

Las palabras que oís, dijo Cristo, no son mías, sino del Padre, que me ha enviado. Nadie puede hacer del evangelio o de la teología una especie de colección de los propios conceptos personales, sino que cada uno debe ser consciente de permanecer en estrecha unión con esta misión de enseñar la verdad de la que es responsable la Iglesia (*Redemptor hominis* 19).

Tenemos que estar muy atentos a la verdad, pero con sentimiento humilde, dispuestos a predicar lo que une –aunque sea en la diferencia–, lo que construye –aunque implique dejar caer viejas y queridas costumbres que ahora ya no ayudan, sino que estorban–, lo que purifica –aunque duela–, lo que es levadura, lo que acerca a Dios...

El Concilio Vaticano II, presentando el cuadro completo del pueblo de Dios, recordando qué puestos ocupan en él no solo los sacerdotes, sino también los seglares; no solo los representantes de la jerarquía, sino además los de los institutos de vida consagrada, no ha sacado esta imagen únicamente de una premisa sociológica. La Iglesia, como sociedad humana, puede sin duda ser también examinada según las categorías de las que se sirven las ciencias en sus relaciones hacia cualquier tipo de sociedad. Pero las categorías son insuficientes. Para la entera comunidad del pueblo de Dios, y para cada uno de sus miembros, no se trata solo de una específica pertenencia social, sino que es más bien esencial, para cada uno y para todos, una concreta vocación (*Redemptor hominis* 21).

Resuenan continuamente las palabras dichas por Jesús: sin mí nada podéis hacer. Sentimos la necesidad de una intensa y creciente oración de toda la Iglesia. Solamente la oración puede lograr que todos estos grandes cometidos y dificultades no se conviertan en fuente de crisis, sino en ocasión y fundamento de conquistas cada vez más maduras en el camino de servicio sacerdotal al pueblo de Dios (*Redemptor hominis* 22).

Cristo llega a Nazaret, el pueblo donde se había criado. Entra en la sinagoga. Era un sábado. Él mismo hace la lectura del profeta Isaías: «El Espíritu del Señor está sobre mí». Esta fue una homilía ejemplar. Porque Cristo, más que predicador, era testigo. Sus palabras, más que una instrucción, eran un estímulo para la fe. El sacerdote es servidor de la palabra, no dueño de la palabra para manejarla a su capricho, a sus propias y reducidas intenciones. Es ministro y profeta. Da testimonio de la luz, como el Bautista, pero el sacerdote no es, por sí mismo, ni la luz ni la verdad del mundo. Por eso el sacerdote, antes de predicar,

debe ser oyente de la palabra de Dios, escuchar y empaparse del mensaje de Dios.

Solamente así podrá sentirse solidario con la comunidad a la que predica. Sentirse hermano dentro de la comunidad. Ni predicar desde fuera, sin penetrar los sentimientos de los oyentes, ni desde arriba, con presuntuosa superioridad. Hablar, sí, con confianza, pero con humildad. Siervo de la palabra, que no se sirva de ella para manipular ideas o dirigir conductas más al propio capricho que a la voluntad salvadora de Dios.

MINISTROS DEL PERDÓN Y DE LA GRACIA

Contar y recontar las ofensas que recibiste, los desprecios y los agravios comparativos, las burlas y los desaires, te va a amargar la vida, y tu espíritu se hará cada vez más raquítico y hasta puede ser –Dios no lo quiera– que anide en ti el rencor y el deseo de venganza. Dios perdona. Setenta veces siete. Y olvida. Y aunque los pecados sean más rojos que la grana y más numerosos que los granos de arena del mar... ¿Quién se acuerda de ellos? En el cielo hay alegría. Se ha convertido el pecador.

Ayuda al cielo para que haya alegría. Busca al pecador y conviértelo a Dios. No olvides que ese pecador no está lejos de ti. Puedes ser tú mismo. En ese caso, la alegría será doble: la del cielo y la tuya.

Se dice que el poder corrompe. ¿Y el ministerio? En la parábola del buen samaritano, la falta de sensibilidad de los clérigos nos asusta, pues detrás de ella adivinamos muchas actitudes de desprecio, evasión, paternalismo, desinterés... Pero el camino anunciado y recorrido por Jesucristo es el de la conversión al hombre y el de contemplar al hombre desde Dios. Hacerse ministro del perdón, servidor, administrador de la misericordia de Dios. Mas el perdón no es solo reparar la herida, sino dar confianza al que cayera en manos del tentador. Pues la misericordia es dolerse en el corazón por la miseria del hermano, identificarse con él, permanecer leal a su dolor.

«No pretendas de tus hermanos, dice san Francisco, más de lo que el Señor te concede obtener de ellos. Y ámalos tal como son; y no pretendas que sean mejores cristianos para ti. Y quiero conocer en esto si tú amas al Señor y a mí, su servidor Y tuyo, a saber, si te conduces de esta manera: que no haya en el mundo hermano alguno que haya pecado todo cuanto puede pecar y que, después de haber visto tus ojos, jamás se aparte de ti sin tu perdón» (*Carta a un*

ministro 5-9).

Hay dos pecados especialmente dolorosos, graves y sutiles en los que puede incurrir el sacerdote: la ira y la blasfemia. Si hay pecado, el camino será la ayuda, que no el enojo. Porque el que se enoja por el pecado del otro atesora en su haber la propia culpa. Se apropia para sí el pecado. Hace suyo el mal. La ira y la indignación impiden la caridad, el amor.

El otro pecado es la blasfemia. Una especie de envidia que produce tristeza porque Dios es bueno y hace el bien con el hermano. Puso la mano sobre la llaga enferma y el hombre recobró la salud. Dice unas palabras y el muerto resucita. Pronuncia la acción de gracias y el pan se convierte en su propio Cuerpo. Eran gestos y palabras eficaces que salvaban a los hombres. Y les devolvían la esperanza. Esos gestos y aquellas palabras están ahora en tus manos y en labios. Son los sacramentos que puedes administrar a los hombres para que vean y reciban eficazmente la gracia de la salvación. Cristo lloró ante su amigo muerto. Y grande sería su alegría al verlo recobrando la vida. ¿Cómo no vamos a hacer fiesta si el hijo muerto ha resucitado, si los hambrientos tienen pan o si a los que estaban en tinieblas les ha llegado la luz?

HOMBRE EUCHARÍSTICO

Y obra admirable es la que Jesucristo ha realizado en el sacerdote al confiarle la eucaristía. «En la eucaristía, Cristo está realmente presente entre nosotros. Su presencia no es estática. Es una presencia dinámica, que nos aferra para hacernos suyos, para asimilarnos a él. Cristo nos atrae a sí, nos hace salir de nosotros mismos para hacer de todos nosotros uno con él. De este modo nos inserta también en la comunidad de los hermanos, y la comunión con el Señor siempre es también comunión con las hermanas y los hermanos. Y vemos la belleza de esta comunión que nos da la santa eucaristía» (Benedicto XVI, *Homilía*, 29 de mayo de 2005).

Jesús ha perpetuado el acto de su entrega mediante la institución de la eucaristía. Y ahora, «quien ha bebido en el manantial del amor de Dios ha de convertirse a sí mismo en un manantial». Pues «no recibimos solamente de modo pasivo al Logos encarnado, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega» (*Deus caritas est* 13,42). «El Señor instituyó el sacramento en el Cenáculo, rodeado por su nueva familia, por los doce apóstoles, prefiguración y anticipación de la Iglesia de todos los tiempos» (Benedicto XVI, *Homilía*, 26 de mayo de 2005).

¡Haced esto en memoria mía! (Lc 22,11). Y desde entonces, los discípulos, los sacerdotes, están junto a ti, Señor, para ofrecer, para comulgar, para adorar sacramento tan santo y para ser servidores de la Iglesia con la palabra, la eucaristía y la caridad.

HACED ESTO EN MEMORIA MÍA

Si, para toda la Iglesia, este venerado misterio de la eucaristía es fuente y cumbre de toda su vida, manantial de la fe y consumación y esperanza de todas las promesas, cuánto más ha de ser la razón primordial de la existencia sacerdotal, la motivación última de cualquiera de sus ministerios, la inspiración de su conducta, el fuego para su caridad pastoral, la fortaleza en la debilidad, la alegría en el servicio, la esperanza sin reservas de que el fruto de su trabajo merecerá un premio eterno.

De los sacerdotes se puede decir: «Viven en la carne, pero no según la carne.

Viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el cielo. Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes. Aman a todos, y todos los persiguen. Se les condena sin conocerlos. Se les da muerte, y con ello reciben la vida. Son pobres, y enriquecen a muchos; carecen de todo, y abundan en todo. Sufren la deshonra, y ello les sirve de gloria; sufren detrimento en su fama, y ello atestigua su justicia. Son maldecidos, y bendicen; son tratados con ignominia, y ellos, a cambio, devuelven honor. Hacen el bien, y son castigados como malhechores; y, al ser castigados a muerte, se alegran como si se les diera la vida» (*Carta a Diogneto* 5-6).

Pero la vida del sacerdote está indeleblemente marcada por el carácter de la mano de Cristo, que se puso sobre la del sacerdote para que tuviera el pan en la mesa de cada día y lo transformara en eucaristía.

El Señor, un día como el que hoy conmemoramos, dijo a los sacerdotes: vosotros sois mis amigos (Jn 15,15). Permaneced unidos a mí (Jn 15,5). Que yo estoy con vosotros hasta el fin de todo (Mt 28,20). Esta es la mejor prenda y señal: «El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día» (Jn. 6,54).

Después de tan admirable y esperada promesa, el sacerdote no puede menos que seguir fielmente el consejo del libro de la Sabiduría: pensad rectamente del Señor y buscadle con sencillez de corazón (Sab 1,1).

POR OBRA DEL ESPÍRITU

En el nombre y por la acción del Padre, del Hijo y del Espíritu, todo se ha hecho nuevo: el testamento y la ley, la humanidad liberada del pecado y de la muerte, el sacrificio y el pueblo de Dios. El mandato es nuevo y también nuevo el alimento, nueva es la evangelización y el hombre también es nuevo, pues ha nacido de la nueva Pascua de Cristo, el Señor resucitado. ¿Por qué no ha de ser completamente nueva, real y distinta su presencia en la eucaristía?

Invocamos al Espíritu de Dios para que su acción descienda sobre nosotros, que se manifieste su poder en la santificación de cuanto hacemos y vivimos, que transforme y vivifique lo que ofrecemos, y que en tal manera haga presente la obra de Cristo en nosotros que seamos una cosa con él, según el modelo de la Santísima Trinidad (Jn 17,21).

Nunca será posible realizar memoria tan santa, como es la de la eucaristía, sin la acción operante del Espíritu. Y solamente de esta manera podremos sentir la

presencia de Cristo y la unión con la Iglesia en esta maravillosa epifanía de la Santa Trinidad.

Primero hemos de pedir al Padre la santificación de los dones «con la efusión del Espíritu, de manera que sean para nosotros cuerpo y sangre de Jesucristo». Después suplicaremos que el «Espíritu Santo congregue en la unidad a cuantos participamos de tan sagrado misterio» (cf. Plegaria II). El pan se convierte en eucaristía y los hombres en el santo Cuerpo de la Iglesia de Cristo.

Ha tenido lugar la maravillosa eficacia de la gracia que pedía el sacerdote: que este pan se convierta en Cuerpo de Cristo y que cuantos comulguen formen un solo cuerpo. El sacerdote, con la gracia del Espíritu que se le ha dado, y en nombre de la Iglesia, representa y actúa *in persona Christi capitis*. Maravillosa unidad trinitaria entre el *ex opere operato, ex opere operantis et ex opere Sancti Spiritus*. No es tanto el sacerdote el que dispone de Dios Padre, sino el que se pone en manos del Espíritu para realizar la misma obra de Jesús.

El Espíritu Santo vendrá sobre ti, sacerdote, y te cubrirá con su sombra, pues te ha hecho a manera de criador de Cristo en la eucaristía (cf. san Juan de Ávila, *Plática 2*). En tus manos pongo mi Espíritu, dice el Señor al sacerdote, para que puedas ofrecer, consagrar, comulgar y adorar misterio tan santo.

Si faltare este Espíritu de Dios, la eucaristía y los sacramentos se quedarían en un rito sin sentido; la palabra de Dios, en una doctrina y una ideología más; la misión evangelizadora, simple cooperación humanitaria; la caridad no superaría los límites de la filantropía; el ministerio, un trabajo sin entusiasmo; la Iglesia, simple institución; la diócesis, una organización administrativa; el presbiterio, colectivo de compañeros; el celibato, carga y encadenamiento de legítimos afectos; la soledad, vacío insoportable; la vida, sin alegría...

Pero con la gracia del Espíritu, el sacerdote se acerca a la eucaristía y descubre, con la presencia viva y operante de Cristo, que los sacramentos son memoria y actualidad de las acciones de Cristo; que la palabra de Dios es luz y vida; que la misión evangelizadora tiene la capacidad de transformar el mundo en reino de Dios; que la caridad es la realización práctica del amor de Cristo a los hermanos; que el ministerio es fuente permanente de satisfacción espiritual; que la Iglesia es madre que acoge y comunidad en la que se vive; que la diócesis es la familia e Iglesia cercana en la que compartimos la fe y el ministerio; que el presbiterio es comunidad de hermanos y colegio de los discípulos; que el celibato es fuente de generosidad y signo de libertad del hombre entregado a los demás; que la soledad es sorprendente desierto en el que se encuentra Dios, que la vida es gozo y esperanza... Que Dios, en definitiva, ha estado grande con nosotros y

por ello vivimos en esta alegría.

EXAMÍNESE CADA CUAL

Por tanto, como nos advierte san Pablo, «cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor hasta que venga. Por tanto, quien coma el pan o beba la copa del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Examíne, pues, cada cual, y coma así el pan y beba de la copa. Pues quien come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propio castigo» (1 Cor 11,26-29).

El sacerdote tiene en la eucaristía la «fuente y la cumbre» de su vida y de su ministerio. Ha de ser santo para santificar. Pero la rutina lleva tantas veces a la indiferencia ante un manantial tan santo y necesario. «Mi cuerpo es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida» (Jn 6,56), pero ante la dificultad y la pobreza se piensa que los alimentos del poder y la eficacia temporal son más adecuados que los que hay sobre la mesa del altar. Cristo fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación (Rom 4,25). En el sacrificio de la eucaristía se actualiza y renueva tan gran misterio. Pero la cruz de cada día, la incompreensión, el peso de un ministerio que se realiza sin ilusión conduce a evadirse de responsabilidades y a querer vivir como si Cristo no se ofreciera ni permaneciera con nosotros en la eucaristía.

«Si la eucaristía es el milagro de la permanencia perpetua de Jesucristo – escribía el beato Manuel González–, el abandono de la eucaristía es la frustración práctica de ese milagro y, con ella, la de los fines misericordiosos y altísimos de su permanencia» (*El abandono de los sagrarios* I, 155).

Pero Cristo ha puesto en tus manos el pan y no puedes dejar de ofrecerlo para que sea pan de vida. Cristo te ha dado la copa llena de vino. Haz que sea bebida de salvación. Cristo se te da en comunión. No se la escatimes al pueblo. Cristo se ha quedado en la eucaristía para que llegues a él con la oración y no seas indiferente a su presencia en el sagrario.

Recordemos las conmovedoras palabras del joven sacerdote sevillano, hoy beato, Manuel González:

Fuime derecho al sagrario de la restaurada iglesia y... ¡qué sagrario, Dios mío!... Allí, de rodillas, ante aquel montón de harapos y suciedades, mi fe veía a través de aquella puertecilla apolillada a un Jesús tan callado, tan paciente, tan desairado, tan bueno, que me miraba (...). Si parecíame que después de recorrer con su vista aquel desierto de almas, posaba su mirada entre

triste y suplicante, que me decía mucho y me pedía más (...). De mí sé decir que aquella tarde, en aquel rato de sagrario, entreví para mi sacerdocio una ocupación en la que antes no había soñado (...). Ser cura de un pueblo que no quisiera a Jesucristo, para quererlo yo por todo el pueblo... (*Aunque todos..., yo no I*, 20-22).

El sacerdote es cuidador y ministro de la eucaristía. En manera alguna, el sacerdote puede considerarse poco menos que como dueño de Dios y de sus misterios. Es ministro y servidor. No es él quien dispone de Dios, sino quien se pone a disposición de Dios. Por tanto, examínese con sinceridad, pues, quien trata indignamente la eucaristía, puede caer en el sacrilegio de quien dice las palabras que consagran, pero su vida está muy lejos del misterio de fe que proclama. También, por la rutina y la indiferencia ante acciones tan santas, puede llegar el sacrilegio de la palabra. Es decir, hacer las cosas santas, pero sin creer verdaderamente en ellas.

Yo reconozco mi culpa, dice el salmista. Si yo la reconozco, dignate tú perdonarla. No tengamos en modo alguno la presunción de que vivimos rectamente y sin pecado. Lo que atestigua a favor de nuestra vida es el reconocimiento de nuestras culpas (...). Los sacrificios no te satisfacen: si te ofreciera un holocausto, no lo querrías. Por tanto, ¿es que has de prescindir del sacrificio? (...). Mi sacrificio es un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y humillado tú no lo desprecias. Dios rechaza los antiguos sacrificios, pero te enseña qué es lo que has de ofrecer (san Agustín, *Serm.* 19,2-3).

Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas, dice san Pablo, pues así es como se cumple la ley de Cristo (Gál 6,2). También podemos decir al sacerdote: ayuda a tus hermanos a vivir su fe, ofrece el sacrificio por los vivos y por los difuntos, dales a comer a tus hermanos el pan de vida.

HOMBRE EUCARÍSTICO

En la *Regla pastoral* de san Gregorio Magno se dice que el pastor «sea puro de pensamiento, sobresaliente en el actuar, discreto con su silencio, útil al hablar, cercano por la compasión con cada uno, ante todos entregado a la contemplación, compañero por su humildad de los que hacen el bien, firme por el celo de la justicia contra los vicios de los pecadores, sin que la ocupación exterior debilite su atención a lo interior, y sin que la solicitud por lo interior le haga abandonar la atención a lo exterior» (*Regla pastoral* 2,1).

San Cipriano propone como modelo a aquel que sigue la voluntad de Dios como Cristo la cumplió y enseñó:

La humildad en la conducta, la firmeza en la fe, el respeto en las palabras, la rectitud en las acciones, la misericordia en las obras, la moderación en las costumbres; el no hacer agravio a los demás y tolerar lo que nos hacen a nosotros, el conservar la paz con nuestros hermanos; el amar al Señor de todo corazón, amarlo en cuanto Padre, temerlo en cuanto Dios; el no anteponer nada a Cristo, ya que él nada antepuso a nosotros; el mantenernos inseparablemente unidos a su amor, el estar junto a su cruz con fortaleza y confianza; y, cuando está en juego su nombre y su honor, el mostrar en nuestras palabras la constancia de la fe que profesamos en los tormentos, la confianza con que luchamos y, en la muerte, la paciencia que nos obtiene la corona. Esto es querer ser coherederos de Cristo, esto es cumplir el precepto de Dios y la voluntad del Padre (*Sobre el Pentateuco* 13-15).

Al sacerdote hay que verlo siempre en la dimensión teológica de su vida y ministerio: elegido y consagrado por Dios en Jesucristo. En su significación sacramental: ungido con aceite santo, la gracia de la imposición de manos y la oración de la Iglesia. En su pertenencia eclesial: bautizado y consagrado para vivir en comunión con el pueblo santo de Dios.

Si san Ignacio de Antioquía define al cristiano como el hombre de la eucaristía, cuánto más habrá de decirse de la identidad del sacerdote: es el hombre eucarístico por excelencia. Es el ministro, el servidor de la Palabra, de la eucaristía, de la caridad, de la misericordia. La eucaristía es la fuente, el centro y la máxima aspiración de su vida, de su ministerio, de su misión, de su identidad sacerdotal.

El sacerdote es el adorador en espíritu y en verdad. «Pido ser enterrado – decía el beato Manuel González– junto a un sagrario, para que mis huesos, después de muerto, como mi lengua y mi pluma en vida, estén siempre diciendo a los que pasen: “¡Ahí está Jesús!, ¡ahí está! ¡No dejadlo abandonado!”» (beato Manuel González, *Testamento*).

La adoración del Santísimo es gustar esa permanencia de la celebración en una actitud contemplativa en la que se reconoce el misterio de la fe, se goza de la presencia de Cristo, se abre el espíritu del sacerdote al amor de Dios. En la adoración, el sacerdote vive intensamente su fe acogiendo al que es la Verdad y encontrando la última y más profunda razón de su ministerio: restaurar todas las cosas en Cristo (Ef 1,10) y sentir el aliento de Dios en todo (cf. Hch 17,25). En la adoración, el sacerdote queda plenamente inmerso en el misterio de Dios. En verdad puede decir: mi vida está escondida con Cristo en Dios (Col 3,3), y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí (Gál 2,20).

Buena recomendación es la que hace san Anselmo y que puede servir como apoyo para esa oración contemplativa del sacerdote ante la eucaristía:

Dedícate algún rato a Dios y descansa siquiera un momento en su presencia. Entra en el aposento de tu alma; excluye todo, excepto Dios y lo que pueda ayudarte para buscarle; y así, cerradas todas las puertas, ve en pos de él. Di, pues, alma mía, di a Dios: busco tu rostro; Señor, anhelo ver tu rostro.

Y ahora, Señor, mi Dios, enseña a mi corazón dónde y cómo buscarte, dónde y cómo encontrarte. Señor, si no estás aquí, ¿dónde te buscaré, estando ausente? Si estás por doquier, ¿cómo no descubro tu presencia? Cierto es que habitas en una claridad inaccesible. Pero, ¿dónde se halla esa inaccesible claridad?, ¿cómo me acercaré a ella?, ¿quién me conducirá hasta ahí para verte en ella? Y luego, ¿con qué señales, bajo qué rasgo te buscaré? Nunca jamás te vi, Señor, Dios mío; no conozco tu rostro. ¿Qué hará, Altísimo Señor, este tu desterrado tan lejos de ti? ¿Qué hará tu servidor, ansioso de tu amor y tan lejos de tu rostro? Anhela verte, y tu rostro está muy lejos de él. Desea acercarse a ti, y tu morada es inaccesible. Arde en el deseo de encontrarte, e ignora dónde vives. No suspira más que por ti, y jamás ha visto tu rostro... (*Proslogion* 1).

Para que este paso a la contemplación de Dios sea perfecto, recomienda san Buenaventura: «Hay que abandonar toda especulación de orden intelectual y concentrar en Dios la totalidad de nuestras aspiraciones. Esto es algo misterioso y secretísimo, que solo puede conocer aquel que lo recibe, y nadie lo recibe sino el que lo desea, no lo desea sino aquel a quien inflama en lo más íntimo el fuego del Espíritu Santo, que Cristo envió a la tierra. Por eso dice el Apóstol que esta sabiduría misteriosa es revelada por el Espíritu Santo. Si quieres saber cómo se realizan estas cosas, pregunta a la gracia, no al saber humano...» (*Itinerarium mentis in Deum* 7,1-6).

EL DOMINGO, DÍA DEL SACERDOTE

De una manera particular es el domingo cuando el sacerdote se siente verdaderamente «hombre eucarístico». Es el día del ministerio sacerdotal, del pastor que se siente más cerca y más unido a la comunidad a la que tiene que servir.

«El descanso de Dios no tiene tarde», dice san Agustín (*La ciudad de Dios* 11,31). Dios vive también en el descanso. El domingo es en verdad ese séptimo día en el que actúa el Señor.

El domingo tiene que estar dentro, en la mente y en el corazón, si queremos celebrarlo con dignidad y devoción. Quien de una manera particular tiene que llevar el domingo metido en lo más hondo de su propia existencia es el sacerdote.

El domingo, y con expresiones de la carta apostólica *Dies Domini*, es el día del Señor, de Cristo, del don del Espíritu, de la fe y de la Iglesia, del hombre... El domingo es el día del sacerdote, del párroco, del servidor de la comunidad.

Por encima de cualquier otra significación, el domingo es el día del Señor. El

sacerdote será el encargado de que en cada una de sus acciones, particularmente en la celebración de la eucaristía, los fieles perciban esa presencia del Señor, que vive entre ellos. El sacerdote ha de cuidar con esmero todos y cada uno de los signos que expresan la sacramentalidad del domingo: estudio de la Palabra, disposición del altar y del templo, adornos y música, preparación de los ministros... En definitiva, un cuidadoso esmero en la liturgia.

El domingo es el día más propio de la comunión con Cristo, con la Iglesia, de los hermanos entre sí, de todos los hombres y mujeres del mundo, de la «misa cósmica», como en alguna ocasión ha dicho Juan Pablo II (*Ecclesia de eucharistia* 8). El sacerdote tiene que ser el invocador suplicante del Espíritu para que todo ello se realice. Es decir, el sacerdote se hace epiclesis para que tenga lugar, por obra del Espíritu, la transformación de los dones y la realización de la unidad.

El domingo, el sacerdote ofrece un expresivo signo de unidad y de universalidad en la relación personal con sus feligreses, ante los que representa, en alguna forma, a Cristo, a la Iglesia, al Papa, a su propio obispo...

El domingo es el día de la oración sacerdotal. También el párroco puede repetir ante sus feligreses la oración de Cristo: las palabras que tú me diste se las he dado a ellos. Ruego por los que tú me has dado, porque son tuyos; santifícalos en la verdad. Y por ellos me santifico a mí mismo (cf. Jn 17,7-19). El sacerdote se hace orante y eleva las súplicas por su Iglesia local.

Si el domingo es el día de la comunidad cristiana, el sacerdote es quien da sentido de unidad con su ministerio, *in persona Christi capitis*, a ese encuentro entre hermanos con carismas y ministerios tan distintos.

Es el sacerdote quien hace memoria de la *mirabilia Dei*, que actualiza la Pascua del Señor. El domingo es, por tanto, el día de la pascua sacerdotal, en la que se realiza el mandato recibido: ¡haced esto en recuerdo mío! (Lc 22,19).

Es el día del gozo sacerdotal, donde se ven cumplidas las promesas de Cristo: vosotros sois mis amigos, a los que encomienda hacer presente el Cuerpo ofrecido y la Sangre derramada.

El domingo es el día del ministerio ordenado, donde se expresan las acciones más propias del servicio sacerdotal: reunir, reconciliar. Anunciar la palabra, celebrar la eucaristía, construir la unidad y vivir la caridad. Si el sacerdote ha de ser ministro y servidor, en momento alguno puede manifestar y ejercer su más propia identidad que en la celebración del domingo: día del Señor y día del sacerdote.

En la celebración del domingo, el sacerdote vive lo más profundo de su

vocación ministerial y de su propia dignidad como llamado, consagrado y enviado como pastor que sirve y cuida del rebaño.

Siente el sacerdote el domingo la importancia y necesidad de su ministerio. «¿Cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les predique? ¿Cómo predicarán si no son enviados?» (Rom 10,14-15). Igual podemos decir: ¿cómo se va a ofrecer, celebrar la eucaristía, si no hay sacerdote? ¿Cómo se va a reunir la comunidad y darles en comunión el pan de vida?

El domingo, día del Señor, de la Iglesia, del don del Espíritu... Y también el domingo es el día de la cruz para el sacerdote. Pues ve y siente cómo los invitados no acuden a la fiesta, o cómo el sacerdote no puede llegar a todos los sitios y reunir a la comunidad. Aunque, donde no llega su presencia física, sí puede estar la misteriosa eficacia de un sacrificio que se ofrece para la salvación de todos.

Después de estas reflexiones surge enseguida una pregunta imprescindible: ¿quién nos puede dar misterio tan santo y ayuda tan necesaria? Solamente el sacerdote. Es verdad que los seglares participan activa y eficazmente en la vida y ministerio de la Iglesia, pero son esos mismos laicos quienes más piden y necesitan la ayuda del sacerdote, ministro de la eucaristía, para poder realizar su obra de apóstoles seglares con la Iglesia y en el mundo.

El domingo, por tanto, es el día del Señor y del sacerdote. Para el sacerdote, el domingo es su mejor y más santo día. El día de su trabajo más propio: el de ser sacerdote y servidor de la comunidad. Al tratar de la celebración del domingo, no solo no podemos prescindir del sacerdote, sino que el sacerdote tiene que ser el mejor agente en la pastoral del domingo.

MARÍA, MADRE DEL SACERDOTE

En la primera alocución que el nuevo Papa dirigió a los cardenales, en la misma capilla Sixtina, Benedicto XVI dijo que él solo quería servir a Jesucristo, dedicándose totalmente al servicio de su Iglesia. Para ello invocaba la materna intercesión de María santísima, en cuyas manos quería poner el presente y el futuro de su persona y de la Iglesia.

El sacerdote, con María, la madre de Jesús. Como hija predilecta del Padre, María, en la que obras tan admirables realizó el Todopoderoso, es modelo de entrega y de seguimiento de Jesucristo. Ella es ejemplo perfecto de amor, tanto a Dios como al prójimo. Grandes cosas ha hecho en ella el Todopoderoso. El Padre ha elegido a María para una misión única: ser madre del mismo Salvador. La Virgen respondió a la llamada de Dios con una disponibilidad plena (*Tertio millennio adveniente* 54).

Con María, el sacerdote canta al Señor: «Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios, mi salvador, porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso, Santo es su nombre y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen» (Lc 1,46-50).

HACED LO QUE ÉL OS DIGA

De María hemos escuchado las palabras: haced lo que él os diga. Y Jesús nos ha mandado: haced esto en memoria mía. Tomamos el pan y el vino y se lo ofrecemos al Señor. Él multiplicará la gracia y el alimento. Con María, Madre de la Iglesia, entonamos, pues, el *magnificat* de la gratitud y de la alabanza y reiteramos nuestro deseo de seguir con fidelidad al Señor.

María concibió por obra y gracia del Espíritu Santo. Y siempre se mantuvo como fidelísima esposa del Señor. Ella, Madre de la Iglesia, nos conforma, alienta y hace perseverar en nosotros la gracia del Espíritu, que se nos ha dado por la oración de la Iglesia y la imposición de las manos del obispo. Miramos a María, la que engendró a Cristo, concebido por el Espíritu y nacido de la Virgen, para que también, por nuestro ministerio sacerdotal, en la Iglesia nazca y crezca la fe en el Hijo de Dios en los corazones de todos los hombres (*Redemptoris missio* 28).

Según el pensamiento de san Juan de Ávila, la eucaristía es «un gran fuego en nuestro seno», y «hay semejanza entre la santa encarnación y este sacro misterio; que allí se abaja Dios a ser hombre, y aquí Dios humanado se baja a estar entre nosotros los hombres; allí en el vientre virginal, aquí debajo de la hostia; allí en los brazos de la Virgen, aquí en las manos del sacerdote» (*Sermón* 55, 255).

Existe, como no podía ser de otra manera, una profunda relación de María con el sacramento de la eucaristía. María, Madre de la Iglesia y, en alguna forma, «Madre eucarística» por su relación con la Iglesia, porque expresa todo el bien espiritual de la Iglesia, significa el valor sacrificial por su unión con el cuerpo «entregado» y la sangre «derramada» para la salvación del mundo en el único sacrificio de la cruz. Si la eucaristía edifica la Iglesia, María es la Madre de la Iglesia.

En Caná, María nos había recomendado: haced lo que él os diga. Cristo nos dice después de la Cena: haced esto en memoria mía. Antes habíamos escuchado las palabras del milagro: esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Y, casi al final, las palabras del gran consuelo: esta es tu madre. María, la fidelísima esposa del Espíritu Santo, recibe la maternidad espiritual de los redimidos por la sangre de Cristo. Madre de Cristo sacerdote.

De la misma manera que el Jueves Santo recibimos el amor y el poder de Cristo para celebrar la eucaristía, el Viernes se nos daba como madre y señora a la bienaventurada Virgen María. En alguna forma, como dice Juan pablo II, somos los primeros en tener el derecho a ver en ella a nuestra madre. Madre del sacerdocio que hemos recibido de Cristo (*Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 1979). Por eso hemos de tener permanentemente puesta la mirada en el Cenáculo, en Getsemaní y en el Calvario. Allí encontraremos, junto a María, lecciones inolvidables para nuestra existencia sacerdotal.

CON LA MADRE DE JESÚS

Poner en las manos de María nuestro sacerdocio: el amor de Cristo, que se nos entrega para la redención de todos, la dedicación de la propia vida a ser testigo de Cristo-sacerdote, la misión de ir por el mundo predicando el evangelio. Como los apóstoles, siempre con la madre de Jesús, para recibir el don del Espíritu.

Hablando desde lo alto de la cruz en el Gólgota, Cristo dijo al discípulo: «He ahí a tu madre». Y el discípulo la recibió en su casa como Madre. Introduzcamos también nosotros a María como

Madre en la casa interior de nuestro sacerdocio. En efecto, también nosotros pertenecemos a los fieles, a cuya generación y educación la Madre de Dios coopera con amor materno. Sí, nosotros tenemos, en cierto modo, un derecho especial a este amor en virtud del misterio del Cenáculo. Cristo decía: «No os llamo ya siervos... os he llamado amigos» (Jn 15,15). Sin esta amistad sería difícil pensar que él nos haya confiado, después de los apóstoles, el sacramento de su Cuerpo y Sangre, el sacramento de su muerte redentora y de su resurrección, para que celebrásemos este inefable sacramento en su nombre, más aún, *in persona Christi*. Sin esta amistad especial sería difícil pensar también en la tarde de Pascua, cuando el Resucitado se presentó en medio de los apóstoles diciéndoles: «Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Jn 20,22-23) (Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 1988).

María no solo tiene una relación singular con Cristo, el Hijo de Dios, que como hombre quiso convertirse en hijo suyo, sino que, al estar totalmente unida a su Señor, ella nos pertenece también totalmente a nosotros. Podemos decir que María está cerca de nosotros como ningún otro ser humano, porque Cristo es hombre para los hombres y todo su ser es un ser para nosotros (Benedicto XVI, en la Inmaculada Concepción, 8 de diciembre de 2005).

María es la Madre y el modelo, pues, como dice Benedicto XVI, ella «vivía de la palabra de Dios, hablaba con palabras de Dios, pensaba con palabras de Dios; sus pensamientos eran los pensamientos de Dios; sus palabras eran las palabras de Dios (...). Quien piensa con Dios, piensa bien; y quien habla con Dios, habla bien, tiene criterios de juicio válidos para todas las cosas del mundo, se hace sabio, prudente y, al mismo tiempo, bueno; también se hace fuerte y valiente, con la fuerza de Dios, que resiste al mal y promueve el bien en el mundo» (*Homilía de la Asunción*, 15 de agosto de 2005).

MADRE DE NUESTRA ESPERANZA

María es figura de la Iglesia, que se hace madre al acoger la palabra de Dios y engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios (*Lumen gentium* 64).

Juan, el discípulo, la recibió en su casa y, acogiendo a la Madre,

acogió al mismo tiempo todo lo que ella tenía dentro de sí en el Gólgota: el hecho de que ella sufrió profundamente en unión con su Unigénito y se asoció con espíritu materno a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la inmolación de la víctima engendrada por ella. Todo esto –toda la sobrehumana experiencia del sacrificio de nuestra redención, impresa en el corazón de la misma Madre de Cristo Redentor– fue confiado al hombre, que en el Cenáculo recibió el poder de hacer realidad este sacrificio mediante el ministerio sacerdotal de la eucaristía.

¿No posee esto un significado particular para cada uno de nosotros? Si Juan al pie de la cruz representa en cierto sentido a todos los hombres, a cada uno y a cada una, sobre los cuales se

extiende espiritualmente la maternidad de la Madre de Dios, ¿cuánto más no será válido esto para cada uno de nosotros, llamados sacramentalmente al servicio sacerdotal de la eucaristía en la Iglesia? (Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 1988).

Nada mejor que recordar aquí las palabras de san Juan de Ávila y las de san Bernardo:

Vos sois puesta para medio de nuestro remedio delante del acatamiento de Dios; en vuestras manos, Señora, ponemos nuestras heridas para que la curéis, pues sois hospital de la misericordia de Dios, donde los que llegan se curan. Y aunque tenemos gran confusión y vergüenza de presentar delante de tanta limpieza la hediondez de nuestras abominables llagas, creemos que os dotó Dios de tanta misericordia que vuestra limpieza y pureza no se desdeña ni lanza de sí a los pecadores llagados, mas, en cuanto es mayor su necesidad, tanto más vuestra misericordia os mueve a su remedio, conformándoos con vuestro Hijo bendito, que no vino a llamar a justos, sino a pecadores a penitencia (san Juan de Ávila, *Obras completas*, III, p. 20).

Muy conocido es el hermoso texto de san Bernardo:

Si se levantan los vientos de las tentaciones, si tropiezas con los escollos de la tentación, mira a la estrella, llama a María. Si se agitan las olas de la soberbia, de la ambición o de la envidia, mira a la estrella, llama a María. Si la ira, la avaricia, la impureza impelen violentamente la nave de tu alma, mira a María. Si, turbado con la memoria de tus pecados, confuso ante la frialdad de tu conciencia, temeroso ante la idea del juicio, comienzas a hundirte en la sima sin fondo de la tristeza por el abismo de la desesperación, piensa en María.

En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María. No se aparte María de tu boca, no se aparte de tu corazón; y para conseguir su ayuda intercesora no te apartes tú de los ejemplos de su virtud. No te descaminarás si la sigues, no desesperarás si la ruegas, no te perderás si en ella piensas. Si ella te tiene de su mano, no caerás; si te protege, no tendrás que temer; no te fatigarás si es tu vida; llegarás felizmente al puerto si ella te ampara (*Hom. 2, 7*).

JUNTO A CRISTO Y CON MARÍA

Al lado de Cristo Siervo no podemos olvidar a aquella que es la Sierva. Si el sacerdocio es ministerial por naturaleza, es preciso vivirlo en unión con la Madre, que es la sierva del Señor (Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 1995). María se hace disponible para siempre a la voluntad del Señor. La obediencia recorre toda la existencia y culmina al pie de la cruz. El sacerdote está llamado a confrontar constantemente su *fiat* con el de María. La

Virgen lo sostendrá en sus opciones de pobreza evangélica y lo hará disponible a la escucha humilde y sincera de los hermanos. Le hará capaz de servirlos con una clarividente discreción, para educarlos en los valores evangélicos; hará de él una persona dedicada a buscar con solicitud las cosas de arriba. Testigo convincente de la primacía de Dios. La Virgen le ayudará a acoger el don de la castidad y le conducirá por los caminos de la obediencia evangélica hacia la total adhesión a los designios de Dios.

María es figura de la Iglesia, pues Cristo hizo a la Iglesia a imagen y semejanza de María. El sacerdote es miembro y servidor de la Iglesia, pues Cristo lo hizo a su imagen y semejanza: vosotros os llamáis y sois sacerdotes del Altísimo.

El sacerdote, *alter Christus*, es en la Iglesia el ministro de las acciones salvíficas esenciales. Por su poder de ofrecer el sacrificio del Cuerpo y la Sangre del Redentor, por su potestad de anunciar con autoridad el evangelio, de vencer el mal del pecado mediante el perdón sacramental, él *–in persona Christi Capitis–* es fuente de vida y de vitalidad en la Iglesia y en su parroquia. El sacerdote no es la fuente de esta vida espiritual, sino el hombre que la distribuye a todo el pueblo de Dios. Es el siervo que, con la unción del Espíritu, accede al santuario sacramental: Cristo crucificado (cf. Jn 19,31-37) y resucitado (cf. Jn 20,20-23), del cual emana la salvación.

En María, Madre del Sumo y Eterno Sacerdote, el sacerdote toma conciencia de ser con ella «instrumento de comunicación salvífica entre Dios y los hombres», aunque de modo diferente: la Santísima Virgen mediante la encarnación, el sacerdote mediante el poder del orden. La relación del sacerdote con María no se reduce solo a la necesidad de protección y ayuda; se trata ante todo de tomar conciencia de un dato objetivo: «La cercanía de la Señora» como «presencia operante junto a la cual la Iglesia quiere vivir el misterio de Cristo» (Congregación para el clero, *El presbítero, pastor y guía de la comunidad* 8).

EL MAGNIFICAT DEL SACERDOTE

Aquí está la esclava del Señor, dice la bienaventurada Virgen María, hágase en mí según tu palabra. Que la palabra de Dios se realice en el sacerdote. Que sea su voluntad la que guíe todos nuestros pasos. Con palabras de Juan Pablo II, dirijamos nuestra súplica a María: «Madre de Cristo, que al Mesías sacerdote diste un cuerpo de carne por la unción del Espíritu Santo para salvar a los pobres y contritos de corazón: custodia en tu seno y en la Iglesia a los sacerdotes, presenta a Dios Padre, para su gloria, a los sacerdotes de tu Hijo, Madre de la Iglesia, que con los discípulos en el Cenáculo implorabas el Espíritu para el nuevo pueblo y sus pastores; alcanza para el orden de los presbíteros la plenitud de los dones, oh Reina de los apóstoles».

El sacerdote, al cantar con María el *Magnificat*, expresa lo mejor de su espiritualidad sacerdotal: alabanza a Dios, reconocimiento de tantos beneficios recibidos, alegría de haber sido elegido por Cristo. Su misericordia ha llegado hasta mí para que sea misericordioso, dice lleno de gozo el sacerdote.

Igual que en María, también el *Magnificat* es como el retrato del alma del sacerdote. Proclama la grandeza del Señor, y con ello expresa todo el programa de su vida: «No ponerse a sí misma en el centro, sino dejar espacio a Dios, a quien encuentra tanto en la oración como en el servicio al prójimo; solo entonces el mundo se hace bueno. María es grande precisamente porque quiere enaltecer a Dios en lugar de a sí misma. Ella es humilde: no quiere ser sino la sierva del Señor (cf. Lc 1,38.48). Sabe que contribuye a la salvación del mundo no con una obra suya, sino solo poniéndose plenamente a disposición de la iniciativa de Dios» (*Deus caritas est* 39).

Si hemos de contemplar «el rostro de Cristo desde la perspectiva mariana» (*Mane nobiscum, Domine* 11), cuánto más el misterio de la eucaristía. Si, en la encarnación, María pronuncia el *fiat* y recibe al Hijo de Dios, en la eucaristía se confiesa la fe y se recibe el pan de vida. María llevaba en su seno al Hijo de Dios. La eucaristía es el tabernáculo permanente de la presencia de Dios con nosotros. María proclama que Dios ha hecho con ella maravillas. En la eucaristía cantamos nuestro más agradecido *magnificat*: el Señor alimenta a los pobres con el pan del cielo. Cristo confía su madre a Juan. A nosotros nos dejó la eucaristía como la más preciada herencia: haced esto en memoria mía, dijo el Señor (Lc 22,11). Haced, pues, lo que él os diga, nos recomienda María (Jn 2,5).

María es la persona que mejor ha correspondido a la vocación de Dios. Se hizo sierva y discípula de la Palabra hasta concebir en su corazón y en su carne al Verbo hecho hombre. Fue llamada para educar al único y eterno sacerdote (*Pastores dabo vobis* 82). «Existe una relación esencial entre la madre de Jesús y el sacerdocio de los ministros del Hijo. En esa relación radica la espiritualidad mariana de todo presbítero (...) Todo presbítero sabe que María, por ser madre, es la formadora eminente de su sacerdocio, ya que ella es quien sabe modelar el corazón sacerdotal; la Virgen, pues, sabe y quiere proteger a los sacerdotes de los peligros, cansancios y desánimos: ella vela, con solicitud materna, para que el presbítero pueda crecer en sabiduría, edad y gracia delante de Dios y de los hombres» (Congregación para el clero, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros* 8, 31 de enero de 1994).

María, *sacerdotis Mater*, la madre que fue encomendada al discípulo. El apóstol que la llevó a su casa e hizo de ella modelo permanente para su vida

consagrada a Dios y ofrecida a la obra de la salvación.

SACERDOTE PARA UN TIEMPO NUEVO

Tendremos que disponer bien nuestros oídos para poder escuchar unas palabras completamente nuevas y que son mandato de amor fraterno. Dispondremos el ánimo de tal manera que sea capaz de recibir ese espíritu nuevo que se nos anuncia. Sentiremos hambre de un alimento distinto, pues también es nuevo el pan que se nos promete. Seremos en verdad ese hombre nuevo nacido en la resurrección de Jesucristo.

Nuevo es el hombre, convertido cada día a una mayor fidelidad a su Señor. Nueva es la tarea a la que se nos invita, pues la evangelización es siempre novedad y buena noticia que llega rejuvenecida con la fuerza del Espíritu, que, en cada época, impulsa a los hombres a cumplir el mandamiento misionero. Y nueva tiene que ser la espiritualidad en que se viva este tiempo nuevo que es adviento para una, también nueva, etapa de la historia.

MINISTRO Y SERVIDOR

Igual que Cristo en la sinagoga de Nazaret, también nosotros tomamos el libro santo y leemos en la profecía: el Espíritu del Señor está sobre mí. Es la gracia del bautismo, y la que se nos dio en la ordenación sacerdotal por la imposición de manos y la oración de la Iglesia. Esta profecía se ha cumplido. Después, también hemos escuchado el mandato sacerdotal: haced esto en memoria mía. Memoria que es urgencia de predicar el evangelio, de perdonar los pecados, de celebrar la eucaristía.

El Espíritu del Señor está sobre mí y me ha enviado para ser ministro y servidor de una evangelización nueva, con más entusiasmo, con mayor esperanza, con mayor fidelidad a Cristo y a la Iglesia que nos envía. Sacerdote para la nueva evangelización.

Todo parece rejuvenecido y nuevo. Nuevo es el mandamiento. Nuevo el espíritu. La memoria y el alimento también son enteramente nuevos. Nuevo es el hombre renacido. Nuevo es el tiempo y la evangelización a la que se nos llama. Ante novedad tanta, ¿quién va a poner levadura envejecida que pudra la masa? No cabe levadura vieja, ni esperanza truncada, ni el entusiasmo desvaído, ni el desánimo perezoso, ni el derrotismo que desconfía en la fuerza del mandato de

Cristo, que prometió estar siempre con la Iglesia.

«La nueva evangelización tiene necesidad de nuevos evangelizadores, y estos son los sacerdotes que se comprometen a vivir su sacerdocio como camino específico hacia la santidad. El Jueves Santo, acercándonos a los orígenes de nuestro sacerdocio, nos recuerda también el deber de aspirar a la santidad, para ser ministros de la santidad» (Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 1995).

«Los presbíteros son, en la Iglesia y para la Iglesia, una representación sacramental de Jesucristo Cabeza y Pastor, proclaman con autoridad su palabra; renuevan sus gestos de perdón y de ofrecimiento de la salvación, principalmente con el bautismo, la penitencia y la eucaristía; ejercen, hasta el don total de sí mismos, el cuidado amoroso del rebaño, al que congregan en la unidad y conducen al Padre por medio de Cristo en el Espíritu. En una palabra, los presbíteros existen y actúan para el anuncio del evangelio al mundo y para la edificación de la Iglesia, personificando a Cristo Cabeza y Pastor, y en su nombre» (*Pastores dabo vobis* 15).

Sacerdotes para la nueva evangelización. Un sacerdote que mira a Cristo, porque Cristo es su modelo. En cambio, el hombre espiritualmente envejecido es narcisista, se mira a sí mismo, se encierra en su propio egoísmo. El sacerdote del mandamiento nuevo es el verdadero servidor de todo el pueblo, que huye del elitismo, del grupo encerrado en la propia complacencia de perfección. El sacerdote del espíritu nuevo es el que está abierto a todo, y a todos escucha, y para todos celebra los misterios de Dios. Espíritu y ánimo envejecido es el que permanece encerrado en sus propias ideas, en un pretendido carisma privado y exclusivo. El sacerdote que vive en la Iglesia como pueblo de Dios es el que acepta y apoya carismas, funciones y ministerios diversos, reconociendo en ellos la riqueza de los dones que el Espíritu otorga a la Iglesia. No es impositivo de una espiritualidad y un estilo único y excluyente. El sacerdote que contempla a Cristo como enviado del Padre es un hombre profundamente religioso, lleno del Espíritu de Dios, rebotando de confianza en la seguridad de que la promesa será cumplida. El mercenario de otros amos –prestigio, poder, vanidad, ideologías– está carcomido por el secularismo, por la falta de ilusión, quemados los ideales, desfondada la esperanza. Pastor bueno es el que sirve, el que vive en comunión con la Iglesia, el que evangeliza siempre. El otro pastor, en el que no queremos reconocernos ninguno de nosotros, es el autoservidor, el que vive alejado de una efectiva comunión eclesial y fraterna, el que no anuncia, ni convierte, ni es fiel a la gracia que se le diera en la imposición de manos.

HOMBRES NUEVOS

Hoy se cumple esta profecía: el Espíritu del Señor ha llegado a nosotros. Y somos sacerdotes de Jesucristo. Sacerdotes para un tiempo nuevo, para una nueva evangelización en la que constantemente resuenan las palabras de Cristo: id y predicad el evangelio a todos los hombres. No temáis, que yo estaré con vosotros.

La Iglesia necesita hombres nuevos, con decidida voluntad evangelizadora. Ante nuevos desafíos de increencia, de secularismo, de injusticia, nuevo compromiso de fidelidad, de diálogo con el mundo, de encuentro y encarnación con las justas causas de los hombres. Ante nuevas amenazas de materialismo, de vida sin Dios, nueva espiritualidad, más actual, más viva, más gozosa y confiada. Ante nuevas angustias del dolor, sufrimiento y pobreza de los hombres, nuevo coraje, más cercanía, valiente defensa y apoyo de los débiles. Ante nuevas e inusitadas demandas de presencia del sacerdote en la vida social, en la vida religiosa del pueblo, en la predicación de la fe y el servicio de la caridad, más inquietud, más celo pastoral, mayor intrepidez apostólica.

Después de escuchar de los labios del Señor tanto anuncio de novedad – mandamiento, sacrificio, presencia y alimento, memoria– llega la noche de Getsemaní. Las noches y los días de tribulación, de decaimiento, de crisis personal, de aparente alejamiento de la comunidad a la que se sirve, de oscuridad de la fe. Ataques y aislamiento del pastor. Incomprensiones y sensación de ineficacia en el trabajo de evangelizar. La tentación del poder, de la imposición, de olvidar que se es servidor y pastor...

Ser sacerdote no sirve ya para triunfar. Sí vale para servir. El rostro de Cristo está limpio, las manchas son de quienes lo tocamos. Cogemos el pan y lo convertimos en piedras. Recibimos el perdón y el poder perdonar, y lo hacemos dureza de corazón y arrogancia. Pero siempre es Cristo el que acude en ayuda nuestra y pone, una y otra vez, el corazón y el Espíritu nuevo.

Haced esto en memoria mía. Podemos anunciar la salvación, porque hemos oído la palabra de Cristo. Podemos perdonar, pues hemos recibido el perdón. Podemos servir, porque hemos contemplado a Cristo como servidor de todos. Escuchemos, pues, la palabra de Dios. Oremos con nuestros hermanos. Celebremos la eucaristía y los misterios de Dios. Sirvamos en caridad al pueblo de Dios que se nos ha confiado. Salgamos al encuentro de todos los hombres para hablarles del Dios de nuestro Señor Jesucristo.

TESTIGO DEL SEÑOR RESUCITADO

El Señor ha resucitado, y nosotros somos testigos de ese maravilloso acontecimiento. Este es el último y el primero de los mandatos que nos ha dado el Espíritu de Dios: id y proclamad por el mundo que Cristo está vivo. Si Cristo no hubiera resucitado, seríamos los más infelices de entre los hombres (1 Cor 15,17-19), pero como Cristo ha resucitado...

He visto tu nombre en la lista de los vivos, y estoy desconcertado, pues nominalmente vives, pero estás muerto, pues tus obras son de muerte (Ap 3,1). Si Cristo ha resucitado y el evangelizador, el consagrado, es testigo de este misterio, las obras tienen que ser de vida y de resurrección. Si Cristo ha muerto y resucitado para la salvación del hombre, los hermanos deben ser objeto de confianza y de preocupación. De confianza, pues han de llegar a la altura de Cristo. Y de preocupación, pues todos los caminos de la Iglesia pasan por el hombre.

Lo más importante es el hombre. Así que nos acercaremos a él con humildad; es decir, ofreciendo la gracia que del Señor hemos recibido para ayudarle a vivir con la dignidad que le corresponde como hombre y con el gozo de sentirse hijo de Dios.

Olvidar el celemín, y que la luz se difunda. ¿De qué te sirve poseer la gracia del Espíritu si con el don recibido no llevas la salvación a tus hermanos? Habrá que salir a los caminos. Dar a conocer lo que hemos visto y oído en el encuentro con el Señor. Ofrecer la gracia que se nos ha dado. Hacerlo con paciencia; es decir, facilitando el camino del encuentro con Dios. Que el ministro no ha de ser obstáculo, sino ayuda; que no sea meta y final, sino un camino abierto para llegar hasta Dios.

Salid a los caminos y buscad a los enfermos, a los lisiados, a los pobres, a los desahuciados, a los parados, a los subnormales, a los borrachos, a los viejos... No hace falta buscar mucho: están todos los días llamando a la puerta de nuestra casa. Bien lo saben vuestros despachos parroquiales. Y está bien que lo sepan. Aunque haya momentos de cansancio y de impotencia ante situaciones que nos desbordan, debemos estar contentos. Estos son nuestros amigos. ¡Los que nos buscan! ¡Los que llaman a nuestra puerta!

¿Que vienen por el pan que les damos? ¿Que buscan, nada más, sus intereses? ¿Que no quieren oír hablar de Dios? ¿Que solamente desean la solución de su

problema? Es lo mismo: Dios sí que quiere hablar con ellos. Y te ha elegido a ti para que seas su interlocutor con el lenguaje de la bondad, de la caridad, del buen trato, de la misericordia y, si puedes, con la eficacia en la solución de su problema.

Que lo nuestro, pues, como sacerdotes elegidos y consagrados, no es la rivalidad ni el desprecio, la infidelidad o el solterismo, el orgullo, la vanidad, la amargura o la tristeza, la inmisericordia, el encumbramiento con la propia sabiduría, el rencor, el egocentrismo, la esterilidad afectiva, el mercenarismo, la ostentación o el egoísmo.

Más bien hemos sido llamados a formar parte de una fraternidad sacerdotal, a orientar la vida según Dios, a vivir en el amor de nuestros feligreses, a construir la comunidad cristiana según el Espíritu de Jesucristo, a ser instrumentos portadores de alegría y esperanza, a ser ministros de reconciliación, a proclamar la buena noticia con la palabra de Dios, a tener un corazón abierto y generoso, a dar la vida por los demás...

¿Optimismo? ¿Superficialidad? ¿Edulcoramiento de una realidad objetivamente amarga? No. Simplemente fe. Creer que Jesucristo ha resucitado y vive entre nosotros. No tenemos otras armas que las que nos da el evangelio: oración, humildad, misericordia, sacramentos, la caridad, la fidelidad a la palabra de Dios y, sobre todo, Cristo resucitado y vivo entre nosotros. En la misma forma en que lo vivía la primera comunidad cristiana: con alegría y de todo corazón (Hch 2,47), dando testimonio de la resurrección del Señor (Hch 4,33). Es decir:

– Apostando por el hombre, comprometiéndose en la transformación de cualquier realidad injusta hacia la justicia según el evangelio. No se puede pensar en la paz de Cristo sin pensar en una paz social. No podemos quedarnos indiferentes ante una sociedad injustamente estructurada. La conversión social no es algo político, extrínseco, dejado al arbitrio del cristiano, sino expresión necesaria y elemento intrínseco de la conversión personal.

– Desde la humildad, que no consiste en vacías declaraciones de inutilidad y poca valía, sino convencimiento de que, aunque vasijas de barro, tenemos la gracia que viene del Señor. Que no es humildad pensar que yo soy o no soy nada, sino salir de uno mismo y pensar en que los demás son mis señores y les debo servir. Humildad es dar con generosidad sin esperar nada a cambio. Es la sencillez de dar hasta la vida por los demás, pero sin apariencias, sin que se note... Con alegría, para que la transparencia de la buena noticia no quede

empañada con la pesadumbre que resta credibilidad al mensaje.

– No hemos sido llamados, ciertamente, como justos, sino como pecadores (Mc 2,17), pero él, Cristo, no se avergüenza de llamarnos hermanos (Heb 2,11) y amigos (Jn 15,15). El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza... Y sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman (Rom 8,26-28). Así pues, que lo nuestro, como hijos de Dios, hermanos redimidos por Cristo y unidos en el Espíritu, no es la tristeza, sino el gozo; no es la desilusión, sino la esperanza; no son las tinieblas, sino el bien. Hay un talento especialmente valioso que sería un crimen enterrar: el don de la alegría.

– La alegría es un compuesto muy rico en contenidos: paz, sosiego, paciencia, riesgo en la lucha diaria por el bien, misericordia, compartir, oración, perdonar y sentirse perdonado... De todo ello, y en gran parte, es artífice el sacerdote. Es su oficio. El resultado tiene que ser la satisfacción del deber cumplido; el gozo y la alegría como salario y recompensa del trabajo realizado.

Pero la pobreza a la que hemos sido llamados exige que ese talento de la alegría se reparta y comunique a los demás. Empobrecerse para enriquecer. Y no te preocupes, pues hay un milagro multiplicador: cuanta más alegría se reparte, más se tiene; cuanto más se da, más se recibe. Es que, en el fondo, la alegría es hacer partícipes a los demás de la resurrección de Cristo y, con ella, la esperanza de una creación enteramente nueva, de un hombre completamente nuevo.

LO QUE HEMOS VISTO Y OÍDO

Ahora bien, esos gozos necesitan el apoyo del discernimiento para convertirse de potencialidades en acciones pastorales valientes y con inequívoco compromiso de salvación.

El primer paso ha de ser el de superar la apreciación subjetiva como criterio único y general de validez; el interpretacionismo, que lleva a una lectura de la Palabra de Dios y de los signos de los tiempos con adueñamiento y apropiación monopolizadora hacia la propia y limitada causa.

El subjetivismo conduce a tener como norma la gratificación personal o el criterio egocéntrico. El magisterio de la Iglesia –o de cualquier institución– no se considera como orientación, sino como escollo que hay que eludir, con un rechazo habitual de la normativa disciplinar y una falta real de comunión doctrinal con el magisterio de la Iglesia. Se confunde personalización de la fe con subjetivismo interpretativo, olvidando el origen y la razón del anuncio que proclamamos: lo

que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis unidos con nosotros en esa unión que tenemos con el Padre y con su Hijo Jesucristo (1 Jn 1,3).

El papa Pablo VI recordaba en una alocución al clero de Roma (15 de marzo de 1976) algunas de las convicciones que deben estar muy arraigadas en el sacerdote. Sentido de Iglesia: convencimiento de que no pertenecer a una sociedad temporal cualquiera, sino al Cuerpo de Cristo. Sentido comunitario: que lleva a la solidaridad, a la caridad fraterna. Espíritu de iniciativa: buscando sin cesar el modo mejor de servir al evangelio.

A estas convicciones, el sacerdote tiene que acompañar unas virtudes. Lo primero, fidelidad a Dios, que le interpela con su palabra, a la Iglesia, de la que ha recibido el sacerdocio, y a los hombres, a los que se debe como servidor. Paciencia, otra virtud sacerdotal. Una paciencia pasiva, que es estar para escuchar, para servir. Atendiendo afablemente a los hombres no como acto magnánimo de nuestra generosidad y al que no estamos obligados, sino como lo propio, lo obligatorio y natural de nuestro oficio de ser sacerdotes: estamos para servir a los hermanos. Una atención a los demás que debe estar revestida de afabilidad, confianza, naturalidad, agrado, cortesía... ayudando a que los demás se acerquen; facilitando, no entorpeciendo el camino del encuentro con la displicencia, la tosquedad, el desprecio, la incorrección o la insensibilidad al dolor ajeno o la falta de confianza al que llega. Una paciencia activa, en fin, que es iniciativa, riesgo, trabajo, esfuerzo por servir al evangelio.

El pastor verdadero da la vida por los suyos. No se cree lo más importante de la Iglesia, sino que, lejos de la ostentación, da silenciosamente la vida por el pueblo. Con libertad interior. Pero la libertad no se regala. Se conquista. Y con mucho esfuerzo. Haciendo el vacío del prejuicio, del sentimentalismo, de la inamovible tendencia de casta o de grupo, del capricho o del orgullo. Y llenando el espíritu con la experiencia de Dios. De Dios como único valor absoluto. Viéndolo todo como Dios lo ve. Estado de libertad interior al que solamente se llega por el camino de la oración, de la contemplación, asidua y perseverante, de la palabra de Dios.

Buenos acompañantes para conseguir ese estado de libertad son la obediencia y la vida en pobreza. Pues el egoísmo esclaviza y la riqueza mata el deseo de servir. La obediencia, que es docilidad activa, llena el conocimiento de verdad. La pobreza, que es virtud del abandono, provoca la confianza en Dios.

ENVIADOS A LA GRAN CIUDAD

El profeta fue enviado a la gran ciudad. Y como el vicio corrompía el corazón y los hombres estaban endurecidos en el alma, era muy difícil hablar del reinado de Dios.

Sí hubiera cincuenta pobres de espíritu, para que de ellos fuera el reino de los cielos...; o cuarenta y cinco con hambre y sed de justicia, para que fueran saciados...; o cuarenta con el corazón limpio, para que pudieran ver a Dios...; o treinta misericordiosos, para que alcanzaran misericordia...; o veinte buscando la paz, para que pudieran llamarse hijos de Dios... ¿Y si solamente hubiera uno? Pues llegaríamos hasta él y, con alegría y sencillez de corazón, le anunciaríamos lo que hemos recibido: que el Señor Jesús murió y fue resucitado y que vive para ser camino de salvación para todos.

Te damos gracias, oh Cristo, porque nos has elegido tú mismo, asociándonos de manera especial a tu sacerdocio y marcándonos con un carácter indeleble que capacita a cada uno de nosotros para ofrecer tu mismo sacrificio, como sacrificio de todo el pueblo: sacrificio de reconciliación, en el cual tú te ofreces incesantemente al Padre y, en ti, al hombre y al mundo. Porque nos has hecho ministros de la eucaristía y de tu perdón, partícipes de tu misión evangelizadora, servidores del pueblo de la nueva alianza (*Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 1982).

Terminamos con la carta de Juan Pablo II a los sacerdotes en el día de Jueves Santo:

El Jueves Santo es el día del nacimiento de nuestro sacerdocio. En este día hemos nacido todos nosotros. Como un hijo nace del seno de la madre, así hemos nacido nosotros, ¡oh Cristo!, de tu único y eterno sacerdocio. Hemos nacido en la gracia y fuerza de la nueva y eterna Alianza; del Cuerpo y Sangre de tu sacrificio redentor; del Cuerpo que es entregado por nosotros y de la Sangre que es derramada por muchos.

Hemos nacido en la Última Cena y, a la vez, a los pies de la cruz sobre el Calvario. Donde está la fuente de la nueva vida y de todos los sacramentos de la Iglesia, allí está también el principio de nuestro sacerdocio.

Hemos nacido junto con todo el pueblo de Dios de la nueva Alianza que tú, Hijo del amor del Padre, has hecho un reino de reyes y sacerdotes de Dios.

Hemos sido llamados como servidores de este pueblo, que va a los eternos tabernáculos del Dios tres veces Santo para ofrecer sacrificios espirituales.

El sacrificio eucarístico es fuente y cumbre de toda la vida cristiana. Es un sacrificio único que abarca todo. Es el bien más grande de la Iglesia. Es su vida (*Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 1982).

ALZARÉ LA COPA DE LA SALVACIÓN

«Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas; yo, por mi

parte, dispongo un Reino para vosotros, como mi Padre lo dispuso para mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel» (Lc 22,28-30).

El pan de vida y el cáliz de salvación se han puesto en nuestras manos. Id por todo el mundo y anunciad a todos los hombres lo que habéis visto, lo que habéis oído. Sois ministros de la nueva Pascua. Anunciadores del mandamiento nuevo. Ministros del perdón y de la eucaristía. En verdad, vosotros sois ministros de Dios.

En el seno bendito de la Virgen María, el Verbo de Dios se hizo carne. Todo fue por obra y gracia del Espíritu Santo. El Verbo se hizo hombre, y la Virgen, Madre de Dios. Esta acción del Espíritu Santo es la que llega al sacerdote, y el hombre se hace ministro de Dios. Y el servidor actúa con el mismo poder que Cristo le ha dado. Con María cantaremos eternamente las misericordias del Señor. Se alegra nuestro Espíritu en Dios nuestro salvador.

Nada debe extrañar, pues, hermano sacerdote, si al salir a la calle, y después de haber recibido tantos dones de Jesucristo, se dicen también de ti las mismas palabras que resonaron en la sinagoga de Nazaret: todos tenían los ojos fijos en él. Y tú solamente podrás decir unas palabras: el Señor me envía a vosotros para proclamar el año de gracia de nuestro Dios.

Contenido

Portadilla

Citas

Prólogo

1. Cantar la misericordia del Señor
2. La deuda del amor
3. El sacerdote, hombre de Dios
4. La experiencia de Dios
5. Conversión a Dios
6. Amigos de Dios
7. Vocación
8. Aceptar lo que somos y tenemos
9. Tomado de entre los hombres
10. Con la honra de la fidelidad
11. Esperanzas y desilusiones
12. Las traiciones
13. Conservar la gracia
14. Mirar al que atravesaron
15. Cristo, nuestro modelo
16. Testigos de la redención
17. La cruz del ministerio
18. Llevado por el Espíritu Santo
19. Las obras del Espíritu
20. Dar con gozo lo que de Dios se ha recibido
21. Fraternidad sacerdotal
22. El cuidado de la Iglesia
23. Hombre eucarístico
24. María, madre del sacerdote
25. Sacerdote para un tiempo nuevo

Créditos

Diseño:
Pablo Núñez
Estudio SM

© 2007, Carlos Amigo Vallejo
© 2007, PPC, Editorial y Distribuidora, SA
© 2014, PPC, Editorial y Distribuidora, SA
© De la presente edición: PPC, Editorial y Distribuidora, SA, 2014
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppcedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.com

Coordinación técnica: Producto Digital SM
Digitalización: **ab** serveis

ISBN: 978-84-288-2656-3

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

Índice

Portadilla	2
Citas	3
Prólogo	4
1. Cantar la misericordia del Señor	5
2. La deuda del amor	11
3. El sacerdote, hombre de Dios	16
4. La experiencia de Dios	21
5. Conversión a Dios	26
6. Amigos de Dios	33
7. Vocación	38
8. Aceptar lo que somos y tenemos	45
9. Tomado de entre los hombres	52
10. Con la honra de la fidelidad	58
11. Esperanzas y desilusiones	66
12. Las traiciones	76
13. Conservar la gracia	87
14. Mirar al que atravesaron	93
15. Cristo, nuestro modelo	99
16. Testigos de la redención	105
17. La cruz del ministerio	114
18. Llevado por el Espíritu Santo	122
19. Las obras del Espíritu	130
20. Dar con gozo lo que de Dios se ha recibido	136
21. Fraternidad sacerdotal	145
22. El cuidado de la Iglesia	151
23. Hombre eucarístico	161
24. María, madre del sacerdote	171
25. Sacerdote para un tiempo nuevo	179
Contenido	189

